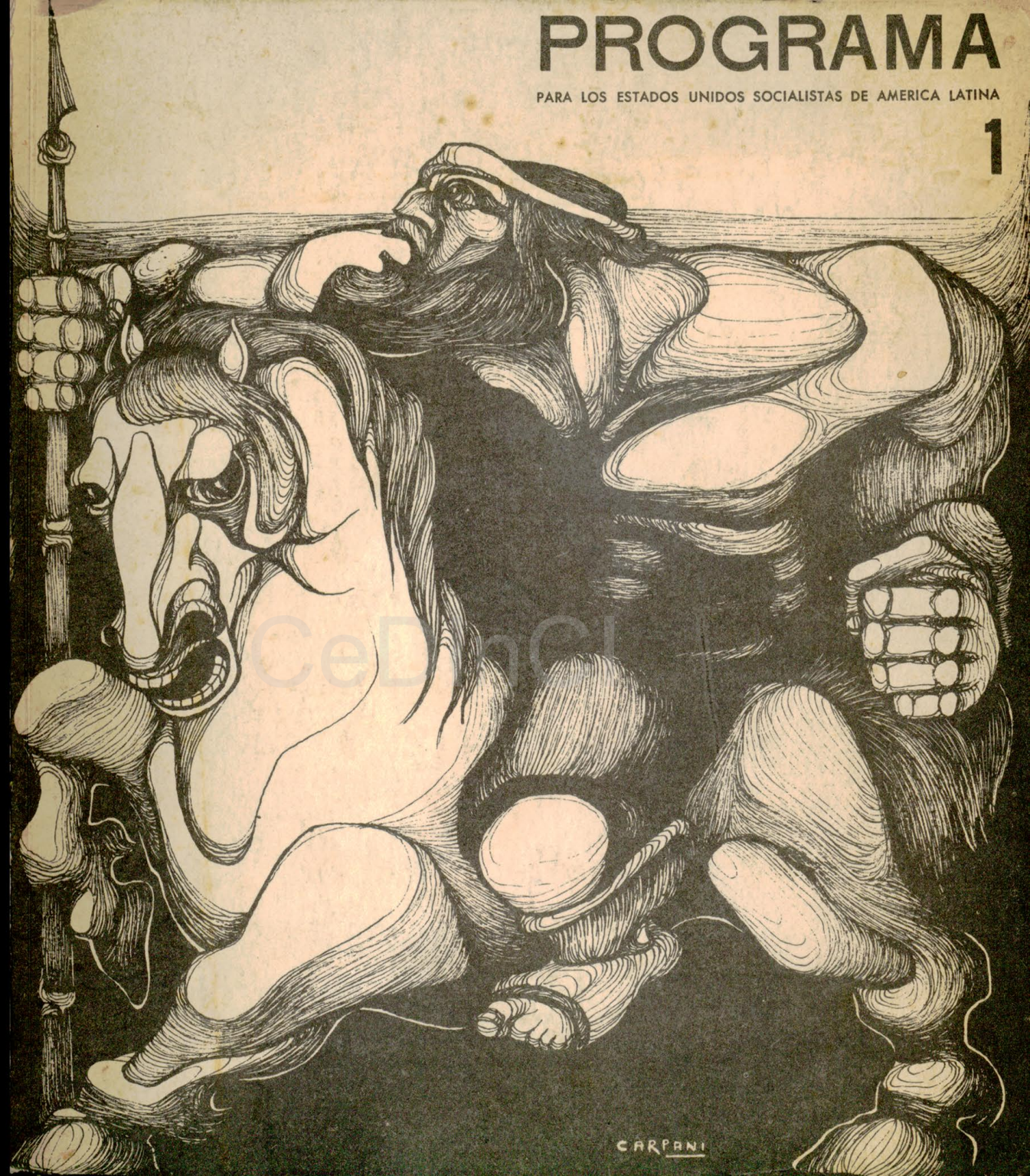


PROGRAMA

PARA LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMERICA LATINA

1



CARPANI

PROGRAMA

PARA LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMERICA LATINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual (En trámite)

Comité Editor:

ALBERTO BELLONI - RICARDO CARPANI - RUBEN BORTNIK

Director:

ALBERTO BELLONI

Correspondencia a:

RICARDO CARPANI

Casilla de Correo N° 168 - Suc. 1 B

Buenos Aires - Argentina

1 Julio
1964

Las Reivindicaciones Económicas del Plan de Lucha

La Confederación General del Trabajo ha planteado a través del Plan de Lucha un conjunto de reivindicaciones económicas cuyo manifiesto propósito es el de mejorar la situación de la clase trabajadora argentina. El pleno éxito del Plan, en lo que se refiere a la movilización obrera, revela hasta qué punto esas reivindicaciones son sentidas como propias por las masas.

¿Cuáles son, esencialmente, esas demandas? Sintetizadas, pueden reducirse a los puntos siguientes, expuestos en los carteles murales de la C.G.T.:

- 1) Salario real vital mínimo y móvil.
- 2) Contención del alza del costo de la vida, defendiendo las economías familiares, sin racionamiento ni bolsas negras.
- 3) Trabajo o subsidio para los desocupados.
- 4) Solución del problema de los jubilados.

Se trata de un verdadero *programa mínimo*, algo sobre lo cual *todos*, hasta los dirigentes del partido gobernante, pueden manifestarse plenamente de acuerdo. *Todo el mundo* —sin excluir a las clases dominantes— quiere que los trabajadores trabajen y vivan bien. Ahí están los países capitalistas avanzados —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc.— como prueba de que la burguesía no es egoísta, de que vive y, cuando puede, deja vivir.

Sin embargo, ahí terminan las coincidencias. Cuando se entran a discutir los medios y los métodos necesarios para reproducir el *pleno empleo* —en pocas palabras, la situación económica del país en la época de Perón— las divergencias se ahondan y se hacen insalvables.

Expondremos en primer término las directrices de las concepciones económico-sociales de los distintos sectores de las clases dominantes.

A) Para la oligarquía y su aliada natural, la clase media del interior ligada a sus intereses, existen dos vertientes del pensamiento económico. La primera, que llamaremos vertiente Hueyo-Pinedo, propone lisa y llanamente la vuelta a la Argentina del Centenario. Evidentemente, en su esquema sobran unos diez millones de compatriotas. ¿Qué hacer con ellos? Muy sencillo: que emigren o que vuelvan al campo. A los que no quieran volver a calzar la alpargata, a los que se empecinen en quedarse en las ciudades, hay que hacerlos entrar en razón a palos. La Humanidad está dividida en dos grandes sectores: la gente bien, y los otros. A los otros, cuando no lo saben, hay que enseñarles a mantenerse en su lugar.

A pesar que estas ideas podrían figurar honrosamente en cualquier Museo de Antigüedades, nadie se sorprenderá si decimos que para cientos de miles de personas representan algo indiscutible, *la verdad misma*. La Argentina no ha pasado, en realidad,

por las dos grandes guerras mundiales. No es de extrañar, en tales condiciones, que la mentalidad de extensos sectores de las clases dominantes sea la correspondiente a los primeros años del siglo xx.

Pero el pensamiento oligárquico se manifiesta también a través de una vertiente más moderna, que llamaremos Cucto Rúa-Aramburu. Esta vertiente, que representa a los sectores de la oligarquía y de la alta finanza que comprenden la importancia del mercado interno para la producción agropecuaria, sabe que no se puede ni conviene volver hacia atrás. Acepta la realidad industrial de la nueva Argentina, y se propone estabilizar la situación económica a través de la integración de sus intereses con los del capital financiero internacional. En cuanto a la clase trabajadora, piensa tranquilizarla combinando la mano firme de un gobierno fuerte con la corrupción sistemática de sus dirigentes sindicales.

B) Las concepciones económicas de la burguesía industrial y de su socio, el importante sector comercial distribuidor de sus productos en el mercado interno, presentan también dos vertientes. La primera, la vertiente Frigerio, ha difundido tan ampliamente sus puntos de vista "desarrollistas" que resulta innecesario extenderse al respecto. Además, ha mostrado con elocuencia, en los cuatro años del gobierno Frondizi, la teoría y la práctica de sus métodos de gobierno: carta blanca para el capital financiero, plan Conintes para los obreros.

Esta vertiente representa los intereses, las necesidades y los prejuicios del sector de la gran industria y de la alta finanza indisolublemente vinculados con la oligarquía agropecuaria, por una parte, y con el capitalismo internacional por la otra. De ahí la presencia de agentes frigeristas como

Schmukler —calificado certeramente por el doctor Sueldo como "hombre-bisagra"— en el dispositivo electoral de la candidatura Aramburu. En el fondo, mucho los une, poco los separa.

Si bien no es posible pasar por sobre las concepciones económicas de Frigerio con la misma rapidez que por las del sector oligárquico "puro", es conveniente recordar que su realización efectiva, desde el punto de vista de los sectores sociales que representa, exige la efectiva y masiva coparticipación de la finanza internacional en la capitalización del país, la efectiva ejecución del plan de la "Alianza para el Progreso", complementada por adecuadas "radicaciones" provenientes del British Commonwealth y del Mercado Común Europeo.

Desgraciadamente para ellos, el capital financiero internacional, gracias a sus poderosos medios de información y de análisis, ha llegado respecto a la Argentina a las mismas desalentadoras conclusiones que los marxistas revolucionarios: ha comprendido que el mercado interno argentino, no solamente no puede soportar nuevas inversiones de capital, sino que ni siquiera "aguanta" las existentes, como está a la vista de todos en la actualidad.

Las corrientes de capital yanqui se dirigen ahora preferentemente hacia los países capitalistas desarrollados, donde encuentran, a pesar de la tasa de beneficio más baja, las ventajas de un mercado estabilizado, con demanda firme. En cuanto a los banqueros europeos, son de una prudencia extrema en materia de inversiones, y a lo sumo reinvertirán aquí, si no les queda otro remedio, lo que se les debe.

Francamente, no nos molesta en absoluto esta coincidencia con los organismos de información y decisión del capital financiero.

Este último no vive de ilusiones. Nosotros, tampoco.

La segunda vertiente recibirá aquí —y con justicia— el nombre de Jauretche, quien expresa en forma casi químicamente puras las aspiraciones del sector nacional-burgués que no está vinculado en forma total con la finanza internacional, y cuyos intereses son en la práctica contrapuestos con los de ésta. Su programa es utópico, pero encantador: consiste en la vuelta al período Perón-Miranda. La comercialización de los productos agropecuarios *debe* estar de nuevo en manos del Estado, a través de un nuevo IAPI: he aquí la forma de capitalizar a la industria. El sistema bancario argentino *debe* estar nuevamente estatizado: he aquí la forma de canalizar el ahorro nacional hacia las actividades productivas. La C.G.T., con el apoyo del aparato estatal, *debe* mantener tranquilas a las masas: he aquí la forma de asegurar a la burguesía el pacífico disfrute de sus beneficios.

Jauretche no oculta de ninguna manera cuál es el método político que a su entender hay que emplear para lograr estos objetivos: consiste en la movilización de la clase obrera, bajo las banderas del peronismo. Los trabajadores, según él, tendrían que luchar con todo, y en todos los terrenos, para servirle a la burguesía industrial, en una buena bandeja de plata, un mercado interno recauchutado, un amplio crédito bancario, y una paz social asegurada por la alianza de las dos clases "nacionales": la burguesía y el proletariado.

Sin embargo, *algo debe fallar* en el esquema de Jauretche, pues de lo contrario no podría explicarse el aislamiento de esta figura consular de la política argentina. Jauretche ha sido siempre *el gran postergado*: único ideólogo lúcido de la revolución del

45, Perón lo reemplazó en la fórmula presidencial por Quijano; única figura nacional capaz de encabezar al peronismo en la época de Frondizi, lo suplantó por un aventurero sin principios como Damonte Taborda en la elección senatorial del 61.

Y en el fondo, esta actitud de Perón estaba presidida por una rigurosa lógica interna: la burguesía argentina necesita prácticas, y no teóricos. Mejor que decir es hacer; mejor dicho, *lo que se dice ya no se puede hacer*. A la clase obrera, desde el punto de vista nacional-burgués, se la maneja *sin un programa*; todo programa formulado *es peligroso*, pues la clase obrera, al plantearse su realización, irá forzosamente *más allá*. Eso lo sabe Perón perfectamente, y por eso se aprovechó y se rió siempre de Jauretche. Por eso, también, Perón es el conductor indiscutido, y Jauretche, en cambio, un ideólogo aislado y reducido a la impotencia.

Pero hay algo más. La conversión de Jauretche a la "filosofía" cepalista, cuyo adalid intelectual es Prebisch, revela que el creador de FORJA ha comprendido muy bien cuál es la opción real que se le presenta a nuestro país: progresar por carriles capitalistas, con la ayuda supuestamente benévola de los capitales extranjeros, o realizar nuestro destino nacional, empleando los métodos sanmartinianos, vale decir fundiendo nuestros propios cañones.

Es evidente que Jauretche ya ha elegido su camino. No se lo echamos en cara, pues es un hombre que nos merece respeto, aunque la historia de los últimos seis años ha demostrado ya de una manera *agobiante* que no hay salida general por ese lado, que no hay progreso por ahí, sino tan sólo estancamiento o retroceso.

Digámoslo claramente: nosotros también hemos elegido. Y así como San Martín tuvo que romper con la *España negra* para poder realizar su tarea, así también nosotros —sin pretender por supuesto ubicarnos en un mismo plano— hemos tenido que romper con toda la bazofia, occidental u oriental. Somos solidarios con la gran cultura occidental, hasta Marx y Engels. Somos solidarios con la gran revolución rusa del 17, hasta Lenin y Trotsky. Somos solidarios con el grandioso movimiento de revoluciones coloniales que se desarrolla en el mundo entero. Pero no aceptamos lecciones de nadie —vengan de Cuba, de China o de donde vinieren— porque las que necesitamos, las encontramos en nuestra propia historia.

* * *

Corresponde ahora ocuparse de las concepciones económicas de las clases no explotadoras: la pequeña burguesía y el proletariado.

Observemos en primer término que los de la clase media no tienen una ideología propia, sino que adoptan en general alguna variante burguesa, coloreada con abundantes dosis de moralina. Están ahora en contra de los contratos petroleros, por las jugosas “coimas” que corrieron, y que permitieron que algunos se “pararan”, como estuvieron contra Perón por los automóviles a precio de lista que ellos no recibieron. En ningún caso integran sus protestas económicas en una visión nacional de conjunto. Sólo la cruda realidad, que hace de la Argentina actual un universo sin visado para los trepadores, los impulsa, por primera vez en la historia del país, a aceptar la justicia de las reivindicaciones obreras.

En cuanto a los trabajadores, hablar de sus concepciones económicas es referirse

esencialmente a las ideas que sobre el tema tiene su dirección sindical. Ahora bien: decir que estas ideas son de corte reformista sería una forma superficial, peligrosa y falsa de liquidar el problema. El reformismo es una planta de lujo, que sólo crece con vigor en el invernadero de los grandes países capitalistas, que poseen excedentes disponibles en abundancia para alimentarlo. En países como el nuestro, la consigna “De la casa al trabajo y del trabajo a casa” sólo será formulable y aceptable si el regreso a casa se hace *desde el trabajo, y con un buen salario*, que alcance a cubrir las necesidades. Sin pan ni trabajo no hay reformismo ni fórmulas pacificadoras que valgan. Y de eso, los dirigentes sindicales son perfectamente concientes.

Sin embargo, no puede negarse que esos dirigentes, producto ellos mismos de un orden de ideas y de un sistema económico asentado en premisas burguesas —aunque sea incumplidas— *creen sinceramente* que es posible salir del atolladero mediante un conjunto de medidas enérgicas y bien intencionadas. Creen en suma que este país tan rico, al cual ni siquiera los políticos, según Clemenceau, pueden arruinar, *tiene arreglo* sin salirse de los carriles conocidos, siempre y cuando alguien haga lo que aquí hemos llamado siempre “una buena presidencia”.

Pero veamos un poco este conjunto de medidas económicas. Creemos que pueden reducirse esencialmente a cuatro: 1) el emisionismo, orientado a la reactivación industrial, a través del crédito bancario; 2) la estatización del sistema bancario; 3) el incremento de la gestión estatal en los sectores de la economía de interés nacional; 4) el control y en algunos casos el monopolio del comercio exterior, con su corolario inevitable, el control de cambios.

1) *Emisionismo*. Constituye el clamor actual de los empresarios, quienes después de despotricar durante diez años contra la inflación peronista, que no fue tal, reclaman ahora una inflación real, como tabla de salvación para sí mismos y para sus obreros, de quienes se acuerdan recién ahora.

Sin embargo, el reclamo emisionista es débil y de mala fe, pues los empresarios saben muy bien que a los bancos les sobra el dinero. ¿Qué ocurre, entonces? ¿Los bancos —no hablemos de los extranjeros, sino de los argentinos— se han vuelto de golpe antisociales y antinacionales? ¿Quieren provocar la bancarrota de la industria, que es su mejor cliente? ¿Quieren producir una *catástrofe* económica y social?

Nada de eso es creíble, y suponerlo no sería sensato. La verdad es mucho menos tortuosa, aunque no por eso sea menos áspera: la verdad es que los bancos no son instituciones de beneficencia. Prestan dinero —lo cual es su negocio— cuando *pueden y deben*. Los empresarios argentinos no están en bancarrota por falta de crédito bancario. Todo lo contrario, la falta de crédito bancario se debe a la situación de bancarrota de las empresas. La explicación de esa situación, a su vez, no se halla en el circuito financiero empresas-bancos. Se halla en el circuito económico empresas-mercado. *El mercado interno argentino*, para decirlo ya, *es total y absolutamente insuficiente, en las condiciones sociales y políticas actuales, para absorber la producción de nuestra industria nacional, trabajando a plena capacidad*.

Algunos empresarios inteligentes lo han comprendido, aunque tarde, y buscan una salida en los mercados de exportación. No pueden quejarse de una absoluta incompreensión estatal, pues el régimen de “draw-back”,

aunque sea fatigosamente, los apoya. Pero corren una carrera contra el tiempo, y con un atraso de por lo menos sesenta años respecto a los grandes países exportadores de manufacturas.

De cualquier manera, los aludidos empresarios son una minoría. Los demás no pueden *ni pensar* en exportar, y la realidad de un mercado en contracción los tritura, llevando al mismo tiempo a la superficie y develando las fallas intrínsecas de la estructura industrial argentina:

a) Producción en pequeña serie, o sea a altos costos.

b) Insuficiente racionalización y mecanización, por no haber hecho una adecuada y suficiente política de reinversión de beneficios.

c) Falta de una industria pesada de desarrollo siquiera medianamente proporcional al de la industria liviana, lo cual ha obligado a los empresarios a vivir en permanente situación de dependencia respecto a la importación de vitales materias primas y maquinarias. Esa situación, a su vez, ha permitido la expropiación parcial del beneficio industrial en provecho de la oligarquía agropecuaria, a través de las sucesivas devaluaciones del peso, que han multiplicado por 7 el costo de los productos de importación necesarios para la industria, y han valorizado en igual proporción los productos del campo. (Aclaremos que a esa cifra 7 se llega fácilmente dividiendo el dólar-Pinedo —que ubicaremos en \$ 126— por el dólar Aramburu, a \$ 18.)

Por consiguiente, cuando los industriales claman contra la iliquidez y por el emisionismo, siguen la política del tero. Además, lloran como mujeres lo que no supieron defender como hombres, en 1955, cuando su

antiobrerismo cerril los llevó a creer que la derrota de Perón era su triunfo.

Otra variante del reclamo emisionista la constituye la teoría de que uno de los factores básicos de la reactivación industrial es el consumo de las clases trabajadoras. Los industriales quieren que los bancos les presen dinero porque su elevada conciencia y su sentido de la solidaridad social los impulsa a contratar a todos los obreros que sus fábricas puedan absorber, amén de pagar con escrupulosa puntualidad y exactitud sus cargas fiscales y jubilatorias. Pagados con igual puntualidad salarios y sueldos a sus obreros y empleados, éstos acrecentarán sus compras, consumiendo más productos industriales, perecederos y duraderos, lo cual permitirá a los industriales saldar sus deudas con los bancos y engendrará la felicidad general.

¿Es concebible que una solución tan sencilla no haya sido puesta en práctica todavía por algún gobernante honesto y patriota? ¿O se trata de un mero espejismo, fundado en un total desconocimiento de las reales condiciones en que se realiza el ciclo económico en un sistema capitalista o semi-capitalista como el nuestro?

En realidad, es esto último. Desde el punto de vista de la reproducción del capital social, el consumo de la clase obrera es un *consumo improductivo*, destinado a reproducir sus condiciones de vida y su fuerza de trabajo. El único consumo productivo es el de la industria misma. El mejor cliente del capital es el capital mismo. Marx lo expresa con cristalina claridad en los términos siguientes:

“La superproducción en especial tiene como condición la ley general de producción del capital que consiste en producir en la medida de las fuerzas productivas; es

decir, con arreglo a la posibilidad de explotar la mayor cantidad posible de trabajo con una cantidad dada de capital, *sin atender para nada a la limitación del mercado ni a las necesidades solventes, susceptibles de pago, llevando a cabo la reversión constante de las rentas a capital*, mientras que, por otra parte, la masa de los productores se limita, y tiene necesariamente que limitarse, según las bases de la producción capitalista, al promedio que las necesidades marcan”. (Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía, ed. Fondo de Cultura Económica, t. II, pág. 524. Énfasis agregado.)

“La mera relación entre obrero asalariado y capitalista implica: 1º) que la mayoría de los productores (los obreros) son no consumidores (no compradores) de una parte grandísima de su producto, a saber, de los instrumentos de trabajo y de las materias primas; 2º) que la mayoría de los productores, los obreros, sólo pueden consumir un equivalente de lo que producen siempre y cuando que produzcan más de este equivalente, una plusvalía o un producto excedente. Tienen que producir siempre de más, por encima de sus propias necesidades, para poder ser consumidores o compradores dentro de los límites que sus necesidades les trazan”. (l. c., pág. 509-510).

“Todos los esfuerzos de la producción capitalista tienden a acaparar la mayor cantidad posible de trabajo excedente, es decir, a materializar la mayor cantidad posible de trabajo inmediato con un capital dado, ya sea prolongando el tiempo de trabajo, ya sea reduciendo el tiempo de trabajo necesario mediante el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo, la maquinaria, etc.; en una palabra, mediante la producción en gran escala, mediante la producción en masa. *La producción capitalista lleva, pues,*

inherente, como algo sustancial, la producción sin mirar a los límites del mercado”. (l. c., pág. 511, énfasis agregado).

Sólo las economías primitivas recorren sin etapas intermedias el ciclo producción-consumo improductivo. Sostener que este consumo improductivo es el motor de la economía es caer en la teoría del *subconsumo*, que desde distintos ángulos sostuvieron Sismondi y Rosa Luxemburgo, y que Marx ha refutado de una manera aplastante.

De lo cual se deduce que nuestros empresarios —al igual que el burgués gentilhomme de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo— son, para su propia sorpresa, luxemburguistas y sismondistas. No los inculpamos en demasía, pues su profesión es ganar dinero y no enseñar Economía Política. Pero menos disculpables son algunos políticos de izquierda que profesan la teora del subconsumo y se declaran marxistas, pero *marxistas prácticos*, vale decir no muy preocupados por la teoría. Olvidan estos “marxistas” que una práctica sin teoría es como un cuchillo sin mango.

2) *Estatización del sistema bancario*. No empleamos el término “nacionalización”, pues si bien así fue titulada la medida tomada en los últimos tiempos del gobierno de Farrell, se trató en realidad de lo primero. Naturalmente los resultados de esta medida dependen de quien la maneje. Con lo cual se abandona el terreno económico para entrar en el político.

3) *Incremento de la gestión estatal en los sectores vitales de la economía*. Es otro de los temas favoritos de la dirección sindical peronista y de algunos intelectuales de izquierda que acompañan y apoyan sus posiciones. Se trataría, en primer término, de dar marcha atrás en toda la política de “privatizaciones” que se inició a partir de la

“Libertadora”, poniendo bajo control estatal la totalidad de los yacimientos minerales, las usinas hidroeléctricas y termoeléctricas, el transporte aéreo, terrestre y marítimo, y buena parte de la industria pesada y la petroquímica.

En esta forma la importancia del sector estatal en la economía nacional se acrecentaría enormemente, y pasito a pasito, iríamos pasando del Capitalismo de Estado al socialismo, allá lejos en el tiempo. No cabe duda, somos todos socialistas. El mayor o menor énfasis en nuestros respectivos socialismos es tan sólo *una cuestión de calendario*.

La importancia de este tema es tan grande, a nuestro entender, que le dedicaremos una serie completa de artículos en sucesivas ediciones de PROGRAMA. Baste aquí, por ahora, señalar que cualquier modificación de fondo en la actual relación sector estatal-sector privado requerirá una movilización igualmente profunda de todas las clases sociales interesadas en esa modificación, lo cual provocará una reacción no menos enconada de los sectores que se le oponen. Por mucho menos han caído gobiernos en nuestro país. Por eso cabe advertir que toda lucha abierta tiene su dinámica propia, y que una vez puesto en movimiento el tren, resultará muy difícil detenerlo en cualquier estación intermedia sin que esa detención provoque el riesgo de una violenta marcha atrás, hasta volver al punto de partida, si no más lejos.

Con esto queremos dejar claramente asentada nuestra opinión de que es imposible *aislar* cualquier medida de estatización o nacionalización del contexto de un programa político y social de conjunto que contemple la solución integral de nuestros problemas. Y en ese caso surgen de inmediato los inte-

Sobre la Cuestión Nacional

rrogantes: ¿Quién dirige? ¿Con qué métodos? ¿Con qué fines?

4) *Monopolio del comercio exterior y control de cambios.* No otra es la respuesta al problema que plantearía la virtual expropiación de la renta agraria a través de esta medida. La oligarquía la resistirá hasta la última gota de sangre del último jefe, oficial, suboficial o conseripto que le siga respondiendo. Que nadie se haga ilusiones al respecto. Una modificación fundamental del régimen de tenencia de la tierra, como lo propicia Aldo Ferrer en su libro sobre economía argentina, una utilización de las divisas provenientes de la exportación de nuestros excedentes agropecuarios para promover el desarrollo de las fuerzas productivas a través de un gobierno popular, *significaría la revolución en nuestro país.* Aquí, y en cualquier parte, nadie larga nada porque sí.

* * *

Como se ve, el análisis de cualquiera de las medidas mencionadas nos reconduce por distintos caminos a los mismos puntos: ¿Cuáles son las fuerzas sociales interesadas en el progreso histórico? ¿Cuáles se le oponen? ¿Quiénes son los cómplices conscientes o inconscientes de las fuerzas reaccionarias? En suma, ¿quiénes son los que nos meten continuamente palos entre las piernas, para que nos caigamos? ¿En qué forma es posible neutralizarlos? ¿Es viable un régimen socialista en la Argentina, en el marco de la lucha por la formación de un estado nacional latinoamericano? ¿Los sufrimientos de las masas argentinas y latinoamericanas

podrán tener fin algún día? ¿Su rebeldía podrá asumir la forma de un movimiento capaz de instaurar y crear un régimen social nuevo, más justo, más humano y más libre?

Sería erróneo afirmar que los dirigentes sindicales peronistas no se han planteado la mayoría de estos interrogantes. Lo han hecho, y han tratado de darles una respuesta orgánica a través del Programa de Huerta Grande, que constituye algo así como el *programa máximo*, del cual sería expresión inicial el programa del Plan de Lucha.

Pero ocurre que todo programa, para tener alguna posibilidad de aplicación práctica, requiere una dirección que lo ejecute. Y no *cualquier dirección*, sino una dirección lúcida, conciente, revolucionaria, que no dé ni un paso más ni un paso menos de los necesarios, que sepa adónde va y con qué fuerzas ideológicas y materiales cuenta.

¿Puede pensarse que la dirección cegetista actual, con el caballo de Troya "independiente" adentro, es esa dirección? ¿Puede pensarse que la dirección de las "62 organizaciones", con otros caballos de Troya también metidos adentro, es esa dirección? ¿No se impone una amplia depuración, que lleve a primera fila a los auténticos dirigentes obreros?

Recién cuando se ponga en claro todo esto, podrá afirmarse que el Plan de Lucha, esa grandiosa movilización de la clase obrera, sin precedentes desde el 17 de octubre de 1945, y que supera en ciertos aspectos a esa gran jornada, representa un jalón positivo en la marcha del pueblo argentino hacia su liberación.

I. EL PRIMER NACIONALISMO Y EL SURGIMIENTO DE LOS ESTADOS NACIONALES MODERNOS

El nacionalismo es una de esas manifestaciones colectivas que, insufladas de enorme carga emotiva, menos se prestan a un análisis claro. Profundas son las causas de donde brota, oscurecidas por el tiempo y por obra de las respectivas burguesías que, al igual que eclipsan los reales orígenes de "valores" como la propiedad privada, la acumulación capitalista, el Estado, etc., confunden a las masas por medio de la invocación al *nacionalismo*. Así es como la expresión nacionalista sirve a interpretaciones idealistas-subjetivas, a proyecciones desajustadas de la realidad en que se manifiesta. Bajo su manto la burguesía encubre sus propios fines de clase. Pero la referencia a la cuestión nacional nos obliga a remontarnos a las fuentes de nuestra civilización moderna, cuando en el occidente europeo comienzan a gestarse las uniones de pueblos de características comunes en un único marco geográfico: la Nación.

Nacen las unidades nacionales con un poder centralizado, institucionalizado y reconocido, liquidando las fuerzas centrífugas que representaban los feudos. Sus factores determinantes fueron la floreciente actividad comercial, el auge de las ciudades y las necesidades de la nueva clase en ascenso: la

burguesía enriquecida. Mercaderes, banqueros y grandes artesanos, encarnan las nuevas formas económicas-sociales que nacen, disputando el escenario a los señores terratenientes, a la nobleza medieval.

La unidad nacional venía a ser la resultante de esas nuevas exigencias que reclaman la expansión y unificación del mercado interno por encima de las barreras feudales: única y común administración pública; un único y común sistema de medidas y pesas; un tránsito y tráfico libres, etc. Un nuevo sistema económico-social surgía, barriendo con la dispersión feudal, en cuyos dominios los señores y caballeros mantenían una vida social restringida, basada en una economía de consumo, meramente agraria. Aunque el poder central caiga en manos de una familia de nobles —la monarquía—, el común denominador de los nuevos Estados nacionales (Inglaterra, Francia, España, y más tarde, ya en el siglo XIX, Italia y Alemania) es la aparición del capitalismo y el ascenso de la burguesía.

La rigidez de la división clasista impuesta por la nobleza medieval, que se legitimaba a sí misma apelando al "derecho divino" y de "sangre", impedía el desarrollo del ideal nacional y el libre aprovechamiento de la fuerza de trabajo. La reforma agraria, el desenvolvimiento de las nuevas fuerzas productivas, el Renacimiento y la Reforma, movimientos de afirmación del individuo y

de independencia ante el Papado, respectivamente, vienen a rematar al viejo orden feudal.

El universalismo medieval va a morir por obra del liberalismo y el racionalismo. Estas manifestaciones ideológicas son producto del desenvolvimiento espiritual y mental del hombre que, desde las primeras formas del capitalismo comercial y financiero en las ciudades del norte de Italia y en los Países Bajos, afianzan un nuevo tipo de hombre. Los años del siglo XVI serán los del conflicto entre este hombre —burgués, nacionalista, liberal— y el viejo hombre dominado por el pesado espíritu religioso propio del medioevo.

Este desenvolvimiento económico y espiritual, aparece con tremenda pujanza en las revoluciones liberales de las clases medias, abriendo el período de la instauración de las democracias burguesas y también de las primeras repúblicas modernas.

Inglaterra, en el siglo XVII, emprende este camino. Francia, en el siglo XVIII. Es el ascenso de la burguesía al poder, acompañada en sus luchas contra la aristocracia, los señores feudales y la Iglesia medioeval por las clases medias urbanas.

Aparecen las instituciones de los Estados modernos. Hasta entonces los estados europeos se consideraban parte de un fragmentado mundo común cristiano. Especialmente la nobleza germana conservaba la idea de reeditar la unidad imperial. De igual modo, los príncipes de la Iglesia romana se dirigen a los demás reyes y príncipes como a súbditos “en la religión”. Pero con el ascenso de la burguesía capitalista y la aparición de los nuevos rasgos humanos del individualismo racionalista, el carácter de

nexo universal del cristianismo desaparece. Si durante siglos había sido sostenido como medio de cohesión ante los peligros de expansión del Islam (invasiones de los musulmanes árabes y turcos; las caravanas de las Cruzadas hacia Palestina, etc.), el mundo burgués capitalista va a encontrar en el dinero y la propiedad su común denominador.

Los nuevos Estados burgueses aparecen impregnados de la idea nacional. El nacionalismo actúa sobre las masas en forma semejante a como en la Edad Media había operado el cristianismo. La religión en la época moderna deja de ser un sentimiento colectivo pasando a la intimidad del ser humano. Su lugar es ocupado por la *emoción nacionalista*. Por encima de este espíritu, y fundamentado en el desarrollo del capitalismo y del mercado nacional, se levanta la estructura del Estado burgués.

El nacionalismo político, que va a conocerse desde la llamada Edad Moderna, es un fenómeno típicamente europeo y propio del desarrollo de las *revoluciones democrático-burguesas*. La revolución liberal de 1848, que se expande por toda Europa, consolida la estructuración de las nacionalidades. Si bien generalmente es una fuerza integradora, su elemento egocéntrico ha determinado la aparición, en pequeñas colectividades, de un nacionalismo cerrado, provinciano, tal como se encuentra en los grupos minoritarios de los vascos, catalanes, bretones, croatas, eslovacos, etc.

Pero la importancia del papel histórico que significa la formación de la familia de Estados nacionales es que Europa se orga- de su cultura, resumen de la antigua cultura niza y prepara para la expansión mundial greco-latina.

II. EVOLUCIÓN DEL NACIONALISMO EN LOS ESTADOS CAPITALISTAS

La combinación de la Revolución Industrial del siglo XVIII y del capitalismo financiero asegura el poder burgués-capitalista, consolidado en los gobiernos de los nuevos Estados nacionales.

Nacionalismo y democracia corren paralelos. La democracia es la forma política que canaliza las luchas revolucionarias de las clases medias (el “Tercer Estado”), y se institucionaliza con la burguesía en el poder (división de los poderes, parlamento, partidos políticos burgueses, etc.). Como expresión de una clase que encarna un sistema económico-social de expansión mundial, las formas democráticas se hacen presentes en todo país en que se desenvuelve el capitalismo. Mientras la democracia burguesa toma así un carácter universal, el nacionalismo refleja las peculiaridades y emociones de cada pueblo. Pero las distintas burguesías “nacionales” van a utilizar al “nacionalismo” como factor de cohesión de sus pueblos *en contra* de otras burguesías y pueblos. El pueblo es puesto al servicio del mecanismo del Estado, en manos de la burguesía, la cual identifica a aquél con la Nación y *con sus propios intereses*.

Pero la situación del pueblo se había modificado en la transición de la economía feudal a la economía capitalista. La condición de los trabajadores había empeorado. Los campesinos “liberados” de la servidumbre pasan a las nuevas fábricas urbanas. Esclavos por necesidad, serán explotados mediante el engañoso salario: una porción diaria del trabajo obrero, la plusvalía, queda en manos del patrón. En un polo se concentra el trabajo bajo condiciones inhumanas, en el otro se acumulan las ganancias (el capi-

tal) que brotan de ese mismo trabajo. El patrón es dueño de las fábricas, del trabajo y de la negociación de las mercancías. Propiedad y apropiación privadas, es decir, en manos únicamente de los capitalistas, son las piedras básicas del régimen.

La clase obrera comienza desde sus inicios una lucha denodada por liberarse. Generaciones sucesivas de ejércitos obreros jalonan las etapas de esta larga lucha por terminar con la explotación clasista. A la primera lucha espontánea le sucede la lucha organizada; a la violencia sin objetivos, la agitación consciente. Se estructuran los primeros sindicatos, centros de la combatividad obrera por conseguir mejoras. El obrero toma conciencia del carácter restrictivo que el capitalismo le impone a su individualidad. Teóricos e ideólogos revolucionarios le ilustran sobre su condición de clase desposeída y oprimida, a la par que sobre los fines revolucionarios que representa y que llevan a la transformación de la sociedad. Se eleva entonces la lucha al plano político independiente; es la hora de la organización partidaria propia, con decisión de tomar el poder e instaurar el socialismo. La culminación de las corrientes socialistas se produce con el *marxismo*, que va a guiar a los grandes partidos obreros de Europa. El marxismo viene a desempeñar para la clase obrera el mismo papel que el liberalismo para la burguesía, el absolutismo para la aristocracia y las monarquías; es el sistema de ideas, la ideología científica, la teoría revolucionaria que le da una visión del mundo, de la sociedad y de su situación, como también una guía para la revolución. La clase obrera de esa época se siente internacional porque tiene conciencia de que sus respectivos patrones (la burguesía inglesa, la francesa, la alemana, etc.) están unidos por

intereses comunes: riqueza, privilegios y la explotación de la clase obrera.

Cuando a fines del siglo XIX la lucha obrera en Europa realizaba avances y obtenía triunfos importantes, y el internacionalismo obrero expresaba una real acción revolucionaria, la burguesía de las grandes potencias capitalistas iba a encontrar un nuevo y vasto campo de acción para la colocación de sus manufacturas y de sus capitales.

La realidad señala que los países centrales del sistema capitalista han llegado a su alto desarrollo y dominio, gracias a tres concentraciones históricas de capital o riquezas: 1º) la originaria, que le permite superar la economía feudal y abrir la senda del capitalismo, haciendo de la burguesía la clase más dinámica de la sociedad, facilitándole el acceso al poder político; 2º) la acumulación proveniente de la explotación de los obreros, robados en sus salarios: permite a la burguesía el desarrollo industrial, de las comunicaciones y de las técnicas; 3º) la expansión de ultramar y el dominio colonial, lo que reporta a las burguesías financieras el reparto del planeta. Hasta 1917, fecha de iniciación de la revolución rusa, este proceso es ininterrumpido.

Ello es producto del advenimiento del colonialismo, a través de la caza imperialista de grandes territorios en Asia, África y América Latina. En América del Norte, con los elementos dejados por los ingleses y las formidables condiciones de un rico territorio, se había elevado un nuevo aliado del industrialismo capitalista. Más tarde se suma el Japón. El resto del mundo, rezagado en el proceso, queda atrapado por la voracidad de estas potencias.

Esta nueva situación de succión del mundo colonial le facilita a las burguesías europea y norteamericana aliviar las tensiones

en sus respectivos suelos. El acrecentamiento de su riqueza, producto de la explotación interna y externa, doméstica a capas de sus trabajadores mediante la creación de una "aristocracia" obrera, que recibe ciertas concesiones. Esta situación privilegiada modera a los cuadros directivos de los sindicatos, los cuales, dominados por estas capas superiores de mentalidad aburguesada, reniegan de la combatividad y del impulso hacia el cambio revolucionario. Por el contrario, se corrompen y burocratizan, creando un pensamiento y una acción reformistas. Se convierten en piezas del régimen, el cual los reconoce y legaliza. Con los partidos social-demócratas ocurre otro tanto. Aparecen los "revisionistas" del marxismo, que actúan como reaseguro del sistema capitalista.

Y de esta manera el "internacionalismo" socialista, prolongación del reformismo de los movimientos obreros de las potencias centrales, al ser transportado a los países coloniales, le sirve a las burguesías imperialistas para impedir en éstos la realización de su unidad nacional y la afirmación de su soberanía.

Mientras los movimientos obreros de las grandes potencias capitalistas se "nacionalizan", en la medida en que comparten con sus burguesías las riquezas provenientes de la expansión imperialista, los incipientes movimientos obreros de los países coloniales son inficionados por un vacío "internacionalismo", que los aparta de la tarea de resolver la *cuestión nacional*, irresuelta por las débiles burguesías nativas, y que viene a ligarse estrechamente con la cuestión social obrera.

El imperialismo pasa a ser el "nacionalismo" de los países fuertes, y actúa sobre los países coloniales y semicoloniales a través

de un movimiento de pinzas: por un lado fomenta, a través de la clase media cipaya, la formación de partidos como el "socialismo" de Juan B. Justo, y por otro, apoya a tendencias seudo-nacionalistas, como la de Sánchez Sorondo, destinadas a servir sus intereses e impedir la influencia de otras metrópolis competidoras. Los centros de poder imperialista —Londres, Washington, París, Roma, etc.— son hábiles en esta orquestación, haciendo entrar en sus juegos a sectores "resentidos" de las burguesías nativas. La degeneración del Estado soviético en manos de la burocracia encaramada en el gobierno produce efectos similares en las sectas comunistas.

Es tarea de los revolucionarios poner en guardia a los trabajadores contra este movimiento de pinzas, apartándolo tanto de las influencias cipayas como de las del seudo nacionalismo burgués, que en el fondo es probritánico, proyanqui, etc.

III. DESARROLLO Y SUBDESARROLLO. IMPERIALISMO Y COLONIAJE

En los más altos niveles internacionales —organismos de las Naciones Unidas, asociaciones regionales, etc.— se viene promoviendo en estos últimos tiempos una encontrada polémica sobre el espinoso tema del desigual desarrollo económico de los países. Problema profundo como pocos de nuestra época, que interesa directamente a las dos terceras partes de la humanidad. Las colonias y semicolonias, en general, han pasado por tres períodos: proveedoras de materias primas; mercados para la producción manufacturera e industrial que se realizaba en las metrópolis con esas mismas materias primas y que retornaban arrasando con los brotes de producción nativa; y, por último,

plazas para las inversiones del capital financiero internacional acumulado gracias a las etapas anteriores.

En la antigüedad los poderosos centros imperiales esclavizaban o aplastaban directamente a los pueblos sometidos. Pero en nuestros días es muy fuerte el impulso que alienta a los pueblos atrasados y aherrojados, como para que los centros modernos de poder puedan desconocer sus ansias de liberación y sus rebeldías. Asimismo, los pueblos tienen suficiente conciencia para reconocer que sus miserias, sus crisis y su subdesarrollo corren paralelos con el progreso y la opulencia de las metrópolis imperialistas.¹

Determinantes históricos, factores geográficos, conflictos sociales, son los que condicionan la evolución de los pueblos; pero su situación de oprimidos en las colonias y semicolonias es impuesta por la presencia imperialista de los países avanzados. Sin esta presencia habrían podido emprender con

¹ "...en las regiones subdesarrolladas... las mismas luchan contra la misma miseria, se debaten con los mismos gestos y dibujan con sus estómagos reducidos lo que ha podido llamarse la geografía del hambre. Mundo subdesarrollado, mundo de miseria e inhumano. Pero también mundo sin médicos, sin ingenieros, sin funcionarios. Frente a ese mundo, las naciones europeas se regodean en la opulencia más ostentosa. Esta opulencia europea es literalmente escandalosa porque ha sido construida sobre las espaldas de los esclavos, se ha alimentado de la sangre de los esclavos, viene directamente del suelo y del subsuelo de ese mundo subdesarrollado. El bienestar y el progreso de Europa han sido construidos con el sudor y los cadáveres de los negros, los árabes, los indios y los amarillos. Hemos decidido no olvidarlo." Franz Fanon, "Los condenados de la tierra", Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963, pág. 88.

Nos permitimos agregar a los Estados Unidos de Norteamérica y a nosotros, los latinoamericanos, en esta vívida pintura.

decisión el camino del progreso social y humano.

Los países rezagados en la historia, saqueados en sus riquezas, no pueden desenvolver los ciclos clásicos del desarrollo capitalista: liquidación del feudalismo, auge del gran comercio y acumulación primitiva del capital, producción manufacturera, revolución industrial y combinación con el capital financiero que va a culminar en los monopolios y su expresión imperialista, porque parten de condiciones distintas y, principalmente, porque la misma existencia del imperialismo como etapa final del capitalismo cierra el camino de los países atrasados. El capitalismo las penetra desde afuera, bajo una forma imperialista, frenando la evolución "armónica" espontánea de las fuerzas internas. "Los civilizadores cierran el camino a quienes se civilizan" (León Trotsky: "El pensamiento vivo de Marx").

Así es el mismo imperialismo, el que impide un desarrollo autónomo y, por el contrario, convierte a las economías atrasadas en complementos suyos. Las grandes potencias, autodenominadas de "economía integrada", se apoderan de la estructura de los países atrasados, convirtiéndolos en colonias o semicolonias que sólo conservan los atributos formales de su soberanía política. De aquí el carácter distorsionado o deformado que presentan estos países en todos los aspectos, tanto en el plano económico como en el del espíritu colectivo. La desfiguración nacional aparece en todos los órdenes.

El desarrollo económico está íntimamente ligado al comercio. Fue el gran comercio, principalmente marítimo, el que cimentó el poderío de las grandes potencias. Éstas van luego a aplicar medidas discriminatorias en el intercambio. Imponen el librecambio sirviéndose de los grupos nativos vinculados al

comercio exterior, mientras ellos deben su riqueza al proteccionismo que mantuvieron en el período de la libre concurrencia (competitivo). Luchan contra la nacionalización de los servicios públicos, la "estatización", el "dirigismo" ejercido por un gobierno nacional-popular que fortificaría al Estado, principal palanca de la liberación. Truncan todo germen industrialista independiente que desplace a sus monopolios. Se oponen, además, a la solución del problema agrario, que encauce la renta del suelo, ahora en manos de reducidos grupos de latifundistas, hacia la industria pesada y la tecnificación del mismo agro.

En suma, las etapas del desarrollo capitalista no pueden ser cubiertas por los países atrasados porque las mismas potencias "modelos" frenan esta posibilidad. Los restringidos canales de "desarrollo" que se realizan son producto de la penetración interesada de los monopolios: explotación de materias primas (minerales, petróleo, frutas, etc.); servicios públicos (ferrocarriles, electricidad, teléfonos, etc.), o la introducción más reciente de algunas industrias no básicas (automóviles, pavimentación, materiales sintéticos, etc.), conservando todas el carácter de *prolongaciones* de los monopolios imperialistas. Es notorio el caso de los ferrocarriles argentinos, trazados por los británicos para volcar en sus bodegas la producción agraria de la pampa. En otros casos, como la introducción de la industria automotriz, es consecuencia de pugnas intermonopólicas en mercados saturados (Káiser, en liquidación en los Estados Unidos ante la General Motors y la Ford, etc.). En otros, se presenta el dislocado caso de los altos hornos de la India y Brasil, en territorios donde se combinan con formas precapitalistas, con el hambre y las enfermedades.

En todos los casos, los monopolios aseguran previamente sus inversiones y sus jugosas ganancias, contando con el apoyo de gobiernos nativos dóciles o "ablandados" y con la baratura de la mano de obra "nativa". Paralelamente se efectúan "préstamos" directos "de gobierno a gobierno", a través de entidades semificiales o bajo diversas combinaciones, condicionadas a abultados intereses que remachan la dependencia del país "ayudado". Vitales resortes de éstos, como son los bancos, la administración, la política exterior, el trato a sus trabajadores, etcétera, quedan comprometidos y caen en mayor o menor escala bajo el control imperialista.

Por otro lado, los monopolios, que cuentan con las superestructuras de sus estados—gobierno, diplomacia, fuerzas armadas, etcétera—cuidan de que los factores fundamentales de la industria moderna no creen estructuras firmes en los países dependientes, tales como la siderurgia pesada, la energía eléctrica, los astilleros, la fabricación de máquinas-herramientas, la industria del papel, etcétera, o si se dan formas embrionarias, tratan de que no escapen a sus tentáculos.

Monoproducción y subdesarrollo; dependencia y deterioro crónico en el intercambio; desequilibrio, deformación e influencia nociva en todos los órdenes (económico, cultural, etc.), tales son los rasgos que presenta el mundo colonial y semicolonial. Para conocer al sistema capitalista-imperialista hay que conocer este mundo sumido, irrealizado...

Esta oprobiosa realidad es trabajada incesantemente por la solapada propaganda que vicerten los poderosos medios que moldean la opinión pública (prensa, radio, TV, libros), utilizando los argumentos propios del primer período de las democracias, los

principios caducos del liberalismo. A través de las agencias internacionales de noticias que dominan el mercado, la realidad y la "verdad" son filtradas y "preparadas". La venta de noticias es otro negocio que presenta la doble faz de ser creador y desnaturalizador del pensamiento. Las clases medias, vastas capas del pueblo y de la "aristocracia" obrera, son "cargadas" así de prejuicios pro imperialistas.

Con estos resortes en sus manos, el imperialismo hace servir a sus fines no sólo a los sectores directamente vinculados con sus intereses (oligarquía, intermediarios, exportadores o importadores, financieros, etc.), sino, además, a las capas influenciadas de las clases medias, trabajadas psicológicamente, narcotizadas por mimetismo.²

La dominación agresiva del imperialismo, como última fase del desarrollo capitalista, y su penetración en los países atrasados impidiendo su desenvolvimiento independien-

² "Chocaba la Revolución con ideas establecidas en nuestro país, inculcadas en nuestro país por la reacción, inculcadas por el imperialismo, divulgadas por el imperialismo, divulgadas por los enemigos del progreso. Toda una serie de ideas falsas, de ideas conservadoras, de ideas contrarrevolucionarias y que tenían la fuerza de las costumbres, tenían la fuerza de los años. En algunos casos tenían la fuerza de los decenios, y puede decirse que hasta la fuerza de los siglos. Tenían la fuerza de la superstición; tenían la fuerza que tienen las mentiras convencionales; tenían la fuerza de las consignas que daban al pueblo como verdades indiscutidas, una serie de dogmas de tipo económico, político, de dogmas de tipo social, que habían sido inculcadas a través de decenios por todos los medios de divulgación: en los libros, en las universidades, en todos los institutos, a través de los partidos políticos que respondían a las clases dominantes... Esa era la fuerza que tenían todas esas ideas, frente a las cuales se enfrentaban las ideas nuevas de la Revolución... Había muchas veces gente humilde del pueblo tan confundida por las mentiras, por la superstición, que reaccionaban contra sus propios intereses de clase" (Fidel Castro, 1962).

te, ponen al descubierto la carencia de progresividad de todo el sistema. Justamente el único desarrollo económico integral que se ha dado en los últimos 50 años ha sido por caminos opuestos al capitalismo: tras objetivos socialistas. El pregonado "liberalismo" económico de los defensores del sistema, o las nuevas formas del neo-imperialismo, tratan de ocultar que el carácter monopolista y la concentración colectiva, social, del trabajo en las fábricas, presenta condiciones maduras para la socialización de la economía. El agotamiento del sistema capitalista-imperialista reclama su remoción revolucionaria.

IV. LAS REVOLUCIONES DE LIBERACIÓN NACIONAL

Enlazando las ciudades, centros de la riqueza de la burguesía, se realizan las unidades nacionales. La burguesía de las metrópolis queda como principal beneficiaria de la realización de las mismas. Más tarde asciende al poder enarcanada sobre las revoluciones nacional-democráticas, para terminar prolongando su predominio gracias a la expansión del sistema, a través de los tentáculos monopolistas que accionan como ventosas. Es importante destacar que estas posibilidades de maniobra derivan de la tenencia del poder político, vale decir, de la concentración de los factores económicos, militares, etc. Los movimientos obreros de los países imperialistas quedan comprometidos en la explotación colonial.

El nacionalismo de las clases medias y de la burguesía en ascenso que viene a liquidar el feudalismo ha derivado en el nacionalismo reaccionario, imperialista, que estrangula a los pueblos atrasados. Es el nacionalismo de las burguesías de las grandes po-

tencias, que identifica al mismo con sus propios intereses de clase. Ya no es el espíritu revolucionario que a través de la ideología de la época, el liberalismo, alentó a los ejércitos populares de la Francia revolucionaria de los últimos años del siglo XVIII. Ahora es el "nacionalismo" de los ejércitos de financistas, empresarios monopolistas, diplomáticos y tropas de ocupación, que invade tres continentes desde las últimas décadas del siglo XIX. A sangre y fuego, las cualidades "nacionales", de "civilización" y de religión son impuestas para conquistar el resto del mundo. Sus manifestaciones "nacionalistas" son *anestésicos* para los países que aún no son nación. De aquí que éstos deban afirmar sus rasgos nacionales para serlo.

Si las burguesías imperialistas encontraron medios para limar la combatividad de sus obreros, los pueblos colonizados deben encontrar en la conjunción de sus tareas nacionales con las reivindicaciones de las masas trabajadoras el resorte de su liberación. Las tareas inconclusas o irrealizadas de la unidad nacional vienen a combinarse con las tareas propias de los trabajadores.

Así es como este proceso se viene dando entre Inglaterra y la India y Egipto; Francia e Indochina y Argelia; Holanda e Indonesia; Portugal y Angola; Estados Unidos y Puerto Rico, Venezuela, Cuba, Panamá, nosotros... y toda América Latina y Vietnam... y la mayor parte de los pueblos. El "nacionalismo" reaccionario del opresor frente al nacionalismo en lucha por la liberación.

Las guerras mundiales son otro aspecto del candente problema colonial. Son consecuencia de los conflictos entre los centros imperialistas. El fascismo y el nazismo llevaron hasta sus últimas instancias esta contradicción. Fueron manifestaciones vio-

lentas de las burguesías relegadas por sus socios mayores, que salen a la guerra para discutir un nuevo reparto colonial. Se encubren bajo un "nacionalismo" de corte terrorista que trata de envolver a toda la población detrás de la burguesía enfervorizando especialmente a las clases medias desesperadas por la crisis del sistema. Estas expresiones tienen brotes en todo el mundo imperialista como respuesta de los sectores más conservadores ante la descomposición del capitalismo. La amenaza de la revolución obrera y la liberación de los pueblos coloniales. En estos últimos también se dan focos fascistas, como reflejo o imitación, en los sectores burgueses desplazados, que pierden prestigio o responden a encontrados intereses imperialistas (alemanes contra norteamericanos; franceses contra británicos). Las luchas de liberación nacional se han acelerado desde la terminación de la segunda guerra mundial, provocando grandes modificaciones geopolíticas y sociales en el escenario mundial. El despertar del mundo colonial y subdesarrollado coincide con la agudización de las contradicciones del sistema capitalista y se inserta, a la vez, en la expansión del socialismo.³

Las huelgas generales de los trabajadores belgas oponiéndose a los planes de austeridad replantean en la metrópoli la lucha de clases con todo rigor, como consecuencia de la independencia del Congo. Por otra parte, las revoluciones de emancipación nacional, como la que vive el Egipto actual,

³ "El objetivo del F.L.N. (Frente de Liberación Nacional) del período de liberación, que se resumía en una palabra, un slogan: la independencia, era insuficiente... A la independencia hay que darle un contenido. Ese contenido, para nosotros, lleva un nombre: el socialismo" (Ahmed Ben Bella, discurso del 4 de abril de 1963).

iniciadas bajo las amplias banderas del nacionalismo, se ven obligadas a recurrir a realizaciones de tipo socialista a fin de asegurar las conquistas alcanzadas.

Ocurre que el nacionalismo sirve de aglutinante de las fuerzas interesadas en la lucha antiimperialista. Es el común denominador de los pueblos que se levantan contra sus metrópolis extranjeras. Pero las clases y sectores intervinientes de esa alianza no dejan de revelar su naturaleza de acuerdo con sus intereses, objetivos, límites y grados de conciencia. En estas coaliciones o frentes de clases, donde confluyen sectores de la burguesía nacional, el Ejército, las clases medias y los trabajadores, cada uno trata de imprimir al proceso su sello particular y según cual sea la clase o el sector social que conduzca el proceso revolucionario, el mismo tendrá mayor o menor profundidad, logrará los objetivos o se desvirtuará.

Cuando la burguesía nacional asciende al gobierno, desplazando a la oligarquía directamente comprometida con el imperialismo, recurre al apoyo de los trabajadores a fin de mantener cierta independencia ante la presión combinada del imperialismo y la oligarquía. De aquí que, a través de formas de capitalismo de Estado, el gobierno de la burguesía nacional haga concesiones a sus trabajadores, pero controlándolos mediante una burocracia que les impida ir más allá de los límites que marcan los propios intereses de la burguesía nacional. Cuando la coyuntura internacional es demasiado adversa, la burguesía nacional agota rápidamente sus posibilidades de mantenerse en el poder. Jaqueada por el imperialismo y temerosa de que los trabajadores traspongan los marcos del régimen capitalista, de la que ella es socia menor en la medida que el país está penetrado por el imperialismo, vacila y abandona

el escenario. Entre la perspectiva de seguir compartiendo, aunque sea en retaceada medida, los beneficios que le reporta el régimen capitalista y la explotación de los obreros, y la amenaza de éstos de profundizar la lucha antiimperialista hasta sus últimas consecuencias, agregando a las conquistas nacionales que engloban a todas las clases en general las conquistas sociales que implican la pérdida de los privilegios de clase que detenta, la burguesía, como es natural, opta por lo primero. Ninguna clase abandona por sí misma el escenario histórico sin agotar sus posibilidades (Marx). Los casos de las "derrotas" de 1955 en la Argentina y de 1964 en el Brasil son altamente ejemplificadores. Han sido, más bien, abandonos de la lucha.

La burguesía levanta las banderas de la revolución nacional, pero cuando la presencia de un concentrado, organizado y consciente proletariado empuja hacia una revolución más profunda, aquélla retrocede y traiciona los intereses nacionales, que son los del pueblo trabajador, para salvar el régimen que le reporta riqueza, prestigio y ciertas porciones del poder.

Así es como este proceso de las luchas por la liberación nacional, generalizado en Asia, África y América Latina, presenta gradaciones diferenciadas por los rasgos típicos de cada pueblo, por el estado de relativo desarrollo inicial, por la relación de clases interna, por la amplitud del frente nacional, por el papel que en el mismo asumen los trabajadores, etc. Los ejemplos varían: mientras en China, desobedeciendo las órdenes de Moscú, el partido comunista encabeza la lucha antijaponesa y al frente de las masas campesinas toma el poder, la burguesía hindú, luego de la conquista de la independencia respecto a Gran Bretaña, congela la re-

volución y el proceso y se detiene, retrocede.⁴

La historia ha demostrado sin lugar a dudas que las burguesías nativas han sido incapaces de cumplir las tareas nacional-democráticas que les competen. Esas tareas históricas, realizadas por la burguesía europea y norteamericana desde los siglos XVII al XIX, se encuentran sin realizar en el mundo colonial. En él se levantan fronteras artificiales que tienen el sello del imperialismo y dicen de la incapacidad de sus burguesías para resolver la cuestión nacional fundamental: la unidad en la Nación. Esta tarea, así como la de promover la industrialización y la de ampliar los alcances de la democracia hacia el pueblo, pasan entonces a manos de este último.

En esta hora en que el capitalismo no puede superar sus contradicciones, insolubles dentro del sistema; en que su expresión última, el imperialismo, es golpeado por la liberación de los pueblos coloniales, y en que el crecimiento del socialismo como realización revolucionaria del proletariado amenaza enterrar definitivamente a todo el sistema, los países que necesitan plantearse su liberación nacional se encuentran con que las tareas nacional-democráticas, indefectiblemente, de aquí en más, deben ser encaradas por las masas trabajadoras y encarriladas por vías socialistas.

El sentimiento nacionalista en los pueblos coloniales que se lanzan a alcanzar su liberación, tiene el signo positivo que les otorga el pasaje de colonias a la afirmación de sus

⁴ "El movimiento nacional de la India... no persigue un cambio del orden social sino la independencia política. Es absurdo decir que los dirigentes traicionan a las masas porque no tratan de echar por el suelo el sistema de la tierra o el sistema capitalista. Jamás pretendieron hacerlo" (Nehru: Autobiografía).

soberanías. Pero como este tránsito antiimperialista se ve comprometido si se realiza en los estrechos marcos del capitalismo, los países liberados se ven obligados a ir conjugando las tareas nacionales con las socialistas. Por otra parte, el nacionalismo expresa la manifestación común de liberarse, es el sentimiento colectivo de un pueblo bajo determinadas circunstancias históricas; pero por sí mismo no representa un sistema de ideas, no es una ideología (como lo son el liberalismo o el marxismo), ni especifica claramente objetivos. De aquí que, apenas conseguidos los primeros triunfos sobre el imperialismo, la clase trabajadora, como motor de la revolución, la impulsa hacia nuevas conquistas. Esto la lleva a entrar rápidamente en conflicto con la burguesía, que pretende paralizar la acción. Si la clase obrera carece de una vanguardia revolucionaria capaz, el destino de la revolución está sellado: pasará, exclusivamente, a manos de la burguesía nacional, que abandonada a sus propias fuerzas y a sus propias tendencias, se niega a seguir desarrollando el proceso revolucionario.

Por supuesto, que puede suceder que, en determinado período y bajo condiciones especiales, la burguesía nativa consiga desarrollar por un cierto tiempo una relativa expansión capitalista sobre la base de un semiestado de independencia. Pero el final siempre es el mismo: bajo la dirección de la burguesía el proceso de liberación se coarcta y, por último, se frustra.

En la medida en que esa expansión capitalista interna los promueve a una economía más elevada, sacándolos del primitivismo precapitalista o convirtiéndolos de rudi-

mentarios campesinos sin tierras en obreros urbanos, los trabajadores de los países acompañan y van a apoyar a sus burguesías nacionales. Para las masas, este paso significaba penetrar en la civilización industrial, escapar de los oscuros rincones en que vivían pegados a una tierra ajena. Realizaban no sólo su primera experiencia política, sino también por primera vez intervenían en el mundo social moderno, se sentían humanos. Piénsese que aún ahora millones de seres permanecen sumergidos en las inmensas tierras de Asia, África y América Latina, sin haber sentido ninguna incitación a la vida moderna.

Pero a partir de los años del 50, el imperialismo se recupera. Nuevamente ajusta sus tenazas en las colonias y semicolonias. Norteamérica detiene el peligro del avance socialista en Europa. Miles de millones de dólares, botín de la guerra y del coloniaje, son volcados en el occidente europeo para producir el "milagro económico". El proceso de liberación nacional va a ser contenido. En no pocos casos es neutralizado (parte del sudeste de Asia, Bolivia, etc.), o derrotado (Persia, Guatemala, Argentina, Brasil, etc.). En África, la enorme distancia que significa el atraso económico de siglos facilita la caída de las colonias "independizadas" bajo las garras del neocolonialismo.

Al promediar la década, el proceso de liberación sufre varios golpes. El imperialismo se muestra en todas sus fuerzas. Las burguesías nativas retroceden. El imperialismo las asusta con el fantasma del comunismo (o el socialismo), tratando de desprestigiar los movimientos de liberación nacional, especialmente ante las inseguras clases medias. Además, el imperialismo ilusiona a las burguesías nativas con planes de "ayuda",

con sueños de que alcanzará el mismo nivel que las grandes metrópolis.⁵

Las burguesías nativas buscan transar con el imperialismo. Contener el ascenso de sus trabajadores. Buscan posiciones intermedias, propias de su destino de clase entre dos polos extremos, sirviendo de dique contra la profunda revolución que exigen los trabajadores.

Las mayores aspiraciones de la burguesía no pasan de los marcos de la sociedad clasista que representa el capitalismo; vale decir, una relativa autonomía que le otorgue un mercado productivo y comercial propio, con las consecuencias que implica el orden capitalista: el burgués será siempre patrón

⁵ "Progreso" desmentido por el mismo Secretario General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Raúl Prebisch, que en su informe titulado "Hacia una nueva política comercial en pro del desarrollo", leído hace algún tiempo en Ginebra, dice: "Se impone perentoriamente iniciar la construcción de un nuevo orden de cosas para resolver los serios problemas de comercio y desarrollo que afectan al mundo y especialmente los que atañen a los países en desarrollo. Desde el punto de vista de éstos, la Conferencia tendrá que girar especialmente en torno a un fenómeno cuya existencia se discutía hasta hace poco tiempo, pero que es hoy motivo de comprensible preocupación: la tendencia persistente al desequilibrio exterior en el curso del desarrollo. El hecho es ya bien conocido. Mientras las exportaciones de productos primarios en general —salvo pocas excepciones— aumentan con relativa lentitud, la demanda de importaciones de productos manufacturados tiende a crecer con celeridad, con tanta más celeridad cuanto mayor sea el ritmo de desarrollo. El desequilibrio que así resulta constituye un gran factor de estrangulamiento exterior del desarrollo. Es, pues, indispensable corregirlo para que el desarrollo puede acelerarse en condiciones de equilibrio dinámico.

"El decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha establecido como objetivo principal alcanzar la tasa mínima de crecimiento del 5 por ciento por año en el ingreso del mundo en desarrollo hacia 1970...

y gobierno, y el obrero, permanentemente, un asalariado explotado y sin poder.

Todo el contenido de la prédica nacionalista de la burguesía termina así por convertirse en el ideal de arribar a un plano superior de desarrollo, pero capitalista.

Pero si hemos visto que el nacionalismo de las grandes potencias centrales gira en último análisis alrededor del estado burgués, y comprobamos que la tendencia nacional de las burguesías nativas en los países coloniales se muestra impotente para conquistar la plena emancipación económica y la soberanía que abra vías a un acelerado desarrollo independiente, son las masas campesinas y trabajadoras las que irrumpen violentamente buscando las soluciones que necesi-

"Casi la mitad del capital que se invierte en los países en desarrollo se emplea en atender las necesidades de esta mayor población, reduciendo así los recursos requeridos para elevar con amplitud y persistencia el nivel de vida del conjunto. Con aquella tasa de 5 por ciento, de no atenuarse el ritmo actual del crecimiento demográfico, se necesitarían unos 80 años para lograr en aquellos países el actual ingreso medio por habitante de los países de Europa Occidental, y alrededor de 40 años más para llegar al de Estados Unidos. En cuanto a los países menos avanzados, en los que vive la mitad de la población de las regiones en desarrollo, el período requerido para alcanzar ese nivel de Europa Occidental sería de unos 200 años" (páginas 3 y 5 del informe referido, publicación de las Naciones Unidas, Nueva York, 1964).

El rigor de estas aseveraciones de un técnico de las Naciones Unidas ante una conferencia mundial exime de todo comentario. Pero si señalemos, entre otras cosas, toda la repugnante propaganda sobre la "Alianza para el Progreso", mientras el imperialismo crítica con sorna los esfuerzos revolucionarios que realizan Cuba, Argelia, China, Egipto, etc., a fin de salir del secular atraso que el imperialismo les dejó como herencia. Esfuerzos que, por otra parte, son boicoteados, bloqueados, utilizando a las mismas burguesías de América Latina con respecto a Cuba. ¿Es que para permitirles cómodas negociaciones con el imperialismo los pueblos van a esperar un siglo para disfrutar de los bienes de la civilización?

tan imperiosamente. Y sus soluciones son las únicas que pueden lograr la liberación nacional y la "justicia social", pues la burguesía, por más que avance no puede ir más allá de un reformismo "humanitario", ya que nunca va a romper con las premisas de su propio régimen. Mientras que los trabajadores, como nada tienen que perder y sí todo que ganar, no tienen barreras ante sí para construir una sociedad nueva: socialista.

V. LA SITUACIÓN ARGENTINA

La zona del Río de la Plata fue tradicional presa británica, mientras el resto del continente caía bajo la influencia norteamericana. Gran Bretaña necesitaba de los productos agrarios, cereales y carnes, y no así Estados Unidos. Pero desde la década del 30 este último penetra en la región y va desplazando a los ingleses, que pierden la primacía en el ámbito imperialista, desde la segunda guerra mundial, y quedan relegados a un segundo lugar, pero conservando siempre gravitación en sectores de los frigoríficos, la electricidad, el comercio y, además, en la élite oligárquica.

El desarrollo capitalista en la Argentina se produce así bajo la penetración del capitalismo internacional, es decir, del imperialismo. Ello provoca distorsiones de todo orden en la vida nacional, que se manifiestan, sobre todo, en el freno impuesto al desarrollo económico integral independiente, como además en la falta de maduración de los atributos propios de una democracia representativa soberana.

La revolución de liberación o antiimperialista está determinada por estos antecedentes que condicionan la situación argentina y la del resto del continente latinoamericano. Argentina se encuentra en situación

de dependencia semicolonial, de la cual no escapa ni el centro ni el litoral argentino, a pesar del relativo nivel superior de desarrollo.

Esta lucha es nacional porque el carácter semicolonial de los estados latinoamericanos implica que la primera contradicción se encuentra entre el "país" y la metrópoli imperialista; porque, además, las veinte fronteras erigidas en el continente son obra del mismo imperialismo que impidió se concretara la unidad nacional latinoamericana. Las tareas de la unidad nacional y de la democratización del régimen quedaron irrealizadas en el siglo pasado. La falta de un desarrollo industrial y su correspondiente burguesía nativa fuerte; la agotadora lucha por la independencia política; la anarquía que le sucedió como consecuencia del conflicto de los intereses nacionales contra los grupos oligárquicos que van a ligarse a las grandes potencias, hicieron infructuosos los esfuerzos de los ejércitos emancipadores para conquistar la independencia en la unidad. Interfirió, además, su acción el hecho de que justamente las luchas de emancipación coincidieran con la expansión mundial de los centros capitalistas que, con Gran Bretaña a la cabeza, salían a "colonizar" países. Por otra parte, Estados Unidos ha sido una cercanía nefasta: toda América Latina —medio México arrebatado, Puerto Rico oprimido, la creación de Panamá, en fin, cada frontera es una herida abierta— presenta infinitas pruebas de su "política del garrote" o de su diplomacia corruptora.

* * *

En la larga lucha antiimperialista del pueblo argentino, 1945 marca el punto más alto alcanzado. El 17 de octubre de 1945 se hace presente el nuevo proletariado, que venía

creciendo junto al desarrollo de la industria liviana desde los años del 30, después de la gran crisis capitalista y durante el aislamiento provocado por la guerra (1939-45).

Las exigencias industrialistas (petróleo, acero, etc.) provocan una cierta clarificación ideológica en sectores del Ejército. Grupos de oficiales jóvenes se convierten en el brazo ejecutor de una política nacional-democrática que tiende a ensanchar el mercado y la producción, ocupando el puesto vacante de una política nacional-burguesa. La incipiente y débil burguesía nacional, jaqueada por la oligarquía ganadera y la burguesía comercial, los va a acompañar. La penetración imperialista y la dominación oligárquica mantiene enervada a la burguesía y a las clases medias, impidiéndoles reeditar las grandes jornadas protagonizadas por la burguesía europea en su hora de ascenso o por los caudillos de la emancipación americana. Es entonces cuando estas tareas las asume el Ejército, dando salida a las necesidades más generales que reclama el país dentro de los marcos capitalistas. De aquí el papel especial que en los países coloniales y semicoloniales ha podido desempeñar el Ejército: de brazo represivo de la alianza oligárquico-imperialista, ha tenido desprendimientos que asumen el gobierno desplegando una acción "bonapartista".

En el 45 se produce un equilibrio de fuerzas en el seno de las fuerzas armadas, y el ala oligárquico-imperialista es derrotada gracias a la movilización del proletariado proveniente en gran parte del interior provinciano, que irrumpe así a la vida nacional. La clase obrera se convierte en el corazón del proceso revolucionario que se inicia. El proceso se encamina a través de un frente de clases semejante al que muestran en esos

mismos años los alzamientos antiimperialistas de los países coloniales y semicoloniales.

El peronismo iniciaba así la primera etapa de la lucha de liberación nacional. Diversos factores determinan, ya en sus días de triunfo, la derrota que habría de sufrir diez años después.

La circunstancia especial que ofrecían las reservas monetarias acumuladas durante la guerra; la buena colocación durante varios años de la producción agraria; los abundantes alimentos provenientes de la pampa húmeda; la escasa población, cuyo aumento y demandas recién se harán sentir después del 50 con fuerte gravitación, facilitan un singular período por el que transita la revolución nacional en Argentina. Montada sobre riquezas y no miserias como en los casos típicos (Bolivia, Guatemala, Cuba, etc.).

A esto se suma que las únicas fuerzas que van a asumir el poder directa o indirectamente están cohesionadas, como la burguesía industrialista, o disciplinadas bajo organización militar como es el caso del sector nacional del Ejército. No ocurre así con la clase obrera, en su mayoría inexperta, sin organización, sin vanguardia revolucionaria.

El viejo sector proletario, al igual que los partidos socialista y comunista, se mantiene, espantado, al lado de los grupos dominantes de la vieja Argentina. Así, la nueva clase obrera, que había decidido el triunfo nacional, deja la escena y sólo es convocada para actuar como masa de presión y potencial amenaza ante la reacción. Sus representantes se convierten en transmisores de las directivas oficiales, anulando la gestión crea-

Agotadas las posibilidades que dio la prosperidad, el margen de las maniobras políticas que el peronismo desenvolvía en los días de la revolución de los obreros.

marcos de un semicapitalismo de Estado se reduce aceleradamente. La presión imperialista y oligárquica vuelve a hacerse sentir con toda aspereza, mientras la burguesía nacional se aparta del frente y del "destino nacional". Al mismo tiempo, el empeoramiento de las condiciones económicas va haciendo comprender a los trabajadores que la "justicia social" no basta; que es necesario atacar y modificar las viejas estructuras montadas por las clases dominantes y el imperialismo; que éste, a la par que los terratenientes y hacendados, los monopolios, los frigoríficos, etc., han permanecido intactos en su poder económico y en sus influencias sociales y políticas.

Pero, desgraciadamente, el golpe contrarrevolucionario de 1955 anula toda nueva posibilidad, y la clase trabajadora sufre una cruel derrota. El frente encabezado por Perón se despedaza, entrando en una crisis que aún se prolonga. Crisis cuyas causas hay que buscarlas en la ruptura del compromiso entre las clases, el Ejército y la Iglesia, que se había dado durante la década en el poder; compromiso que no se restablece porque las condiciones de aquella época han variado profundamente en la actual. Baste señalar que el imperialismo ha anudado fuertes lazos con la burguesía industrial y con las fuerzas armadas. La primera se compromete cada vez más con los monopolios extranjeros (Acindar con la órbita del dólar, Cura con el marco alemán, etc.); las fuerzas armadas, por su parte, con el Pentágono. El ejemplo de la capitulación del sector que encabezan Frondizi y Frigerio, desnuda el destino de las teorías "desarrollistas" y el papel de los empresarios industriales.

A pesar de que los sectores burgueses nacionales que han quedado integrando y dirigiendo al peronismo sigan refiriéndose al

mismo como movimiento esencialmente de los trabajadores, y éstos permanezcan al nivel de esa experiencia, lo cierto es que el movimiento no se recompone. Los trabajadores, mientras tanto, siguen sin organización, inmobilizados, y llevados a optar por sus enemigos en cada oportunidad que el régimen considera oportuno dar un desahogo electoral.

Así, toda la fuerza que los trabajadores representan es esterilizada. Y si los mismos siguen adheridos al peronismo es porque se identifican a él sintiéndolo con perspectivas aún revolucionarias; si esperan el retorno de su líder es porque confían en que se reiniciará nuevamente la lucha, repitiéndose el bienestar perdido. Y aunque no sean conscientes de que las condiciones de hoy son fundamentalmente distintas de hace 19 años, intuyen que sólo volviendo por los caminos de lucha y movilización podrán hacer retroceder al enemigo.

Los trabajadores actualmente están embretados entre una burocracia sindical de compromiso y una dirección política que ni siquiera trasciende los marcos de un populismo reformista, ni alcanza a expresar un programa nacional burgués. Una y otra han demostrado su ineficacia.

Lenin enseñaba que la seriedad de un movimiento revolucionario (o que pretenda serlo) se mide, fundamentalmente, por la actitud ante sus propios errores. Es decir, por su capacidad de autocrítica.

Los elementos más conscientes del movimiento obrero deben realizar urgentemente esta tarea. El carácter "populista" del peronismo ha originado un crecimiento alarmante del "seguidismo" y el oportunismo, y no permite retomar la senda revolucionaria del 45. Se olvida que a la masa se la ayuda en la vanguardia y no en la retaguarda. Colo-

carse al nivel de sus capas más inferiores significa diluir toda posibilidad revolucionaria. La masa, como tal, no se pasa nunca en bloque a la revolución. Son sus mejores cuadros y capas los que marcan el rumbo. Recién instaurando el poder revolucionario la clase toma conciencia del cambio y lo apoya (las experiencias así lo determinan: Rusia, Cuba, Argentina 1945).

El peronismo y sus banderas antiimperialistas son el punto de arranque, entre otros factores, por la enorme carga subjetiva que aporta al pueblo. Pero eso no impide que las tendencias revolucionarias no comprometidas con el socialismo reformista ni con el comunismo khrushhevista, deban asumir la responsabilidad de llevar a cabo las tareas previas y propias de toda revolución.

Ricardo Carpani

El Arte y la Vanguardia Obrera

La agudización del proceso de deterioro económico por que atraviesa nuestro país, y la imposibilidad de resolver tal situación sin cuestionar las bases mismas del sistema capitalista de producción, determinan la crisis general de las direcciones políticas y sindicales directa o indirectamente vinculadas a la burguesía. Tal crisis, explícita en el desprestigio de los viejos partidos políticos, en la atomización de la izquierda tradicional y en la creciente desconfianza de la clase obrera peronista hacia su actual dirección política y sindical, origina un vacío que sólo podrá llenar una nueva dirección auténticamente revolucionaria. Esta dirección o vanguardia revolucionaria de la clase obrera —que la dinámica misma de la lucha irá gestando en el seno del movimiento obrero— únicamente logrará su cometido sobre la base de la mayor claridad y firmeza ideológica, y ello supone, junto al abandono definitivo de los procedimientos burgueses (empirismo, oportunismo, etc.), una conciencia tan amplia como profunda de las necesidades del proceso revolucionario y de los medios indispensables a su aceleración. Tal actitud exige de la dirección revolucionaria el conocimiento a fondo de las armas fundamentales de que dispone en la lucha revolucionaria y su aprovechamiento. Una de esas armas es el arte y a ella —en su relación con la vanguardia obrera y la revolución— nos referiremos en este trabajo.

I

Merced a su distanciamiento actual de la comunidad, el arte no es considerado, y, por lo tanto, no es utilizado, como un factor de excepcional gravitación revolucionaria. Tal deficiencia impone la necesidad de fijar con precisión el papel que corresponde al arte en la revolución¹.

¹ Creemos indispensable establecer aquí el sentido y la extensión que atribuimos al término **revolución**.

Para nosotros la revolución constituye un **proceso** que se inicia en el momento mismo en que entra en crisis, trabado por sus propias contradicciones, el ordenamiento social vigente. El instante en que el desarrollo histórico de la comunidad se ve obstaculizado por el sistema imperante de producción y distribución de la riqueza, marca la iniciación del proceso revolucionario. Este proceso tiene un momento culminante que es el del acceso al poder de la nueva clase revolucionaria, y un período posterior en el que, junto a la consolidación de dicha clase en el poder, se establece definitivamente un nuevo ordenamiento social. **Cada revolución es, pues, un proceso que comienza mucho antes de la toma del poder y se perpetúa mucho más allá de dicha acción.**

No obstante, el término revolución se utiliza comúnmente en forma restringida al acto de la toma del poder, es decir, identificándolo con lo que constituye tan solo un instante del proceso revolucionario. En tanto ese instante es el instante culminante del proceso, dicho empleo restringido del término revolución resulta aceptable, y al estar, por razones de comodidad expositiva, generalizado su uso, en ciertos casos hasta resulta insoslayable.

Queremos por lo tanto dejar sentado que en este trabajo, aunque circunstancialmente se emplee la palabra revolución identificándola con la toma del poder, nosotros la concebimos siempre indisolublemente ligada a su más amplia y correcta acepción, esto es, la de proceso revolucionario.

¿En qué circunstancias y bajo qué condicionamientos las masas se movilizan revolucionariamente?

Tres son los factores fundamentales que, íntimamente entrelazados, determinan una situación revolucionaria. En primer lugar la *necesidad material*. En segundo lugar la *necesidad psíquica*. Y en tercer lugar la *conciencia* de ambas necesidades y del camino para satisfacerlas.

La *necesidad material* existe como un hecho objetivo y es el punto de partida indispensable de todo proceso revolucionario. No obstante, su sola presencia no alcanza para desencadenar la movilización de las masas. Sabemos muy bien que la miseria, el sufrimiento y la opresión, *por sí mismos*, no sólo no garantizan dicha movilización, sino que muchas veces —merced a su efecto desmoralizante y por el embrutecimiento en que sumen a las masas— pueden constituir un freno a ella.

Pero precisamente, al hablar de desmoralización y embrutecimiento, estamos haciendo entrar los otros dos factores indispensables a la revolución: la *necesidad psíquica* o *rebeldía emocional* y la *conciencia* de tales necesidades y del camino de su superación o *conciencia revolucionaria*.

En un proceso dialéctico, ambos factores se condicionan e impulsan; la *rebeldía emocional* estimula la investigación de las causas que la originan, es decir, estimula la toma de *conciencia*, y ésta, a su vez, da una base racional a aquélla, encauzándola. La *rebeldía emocional* impulsa la investigación racional de sus causas en el sentido de buscar soluciones, la *conciencia* se hace así *conciencia revolucionaria*, y ésta repercute sobre la *emotividad rebelde* transformándola —por

el conocimiento de esas causas y de las soluciones— en *emotividad revolucionaria*.

Este proceso se cumple merced a la acción combinada de tres tipos de individuos, sin perjuicio de que dos de ellos o incluso los tres, puedan encarnarse en una sola persona. Ellos son: el teórico, el artista y el político revolucionarios. De su calidad revolucionaria y de su capacidad depende, en parte fundamental, la profundización y aceleramiento de la revolución previos a la toma de poder, y, lo que es más importante en términos históricos, la culminación exitosa y total del proceso revolucionario después de la toma del poder. La acción de cada uno de ellos repercute dialécticamente sobre la acción de los otros, condicionándola.

Al teórico revolucionario corresponde la profundización de la *conciencia revolucionaria*. Al artista revolucionario corresponde la profundización de la *emotividad revolucionaria* de las masas. La división de tareas no es ni mucho menos absoluta, el artista no sólo comunica emociones sino también ideas, haciendo además política al agenciarse los medios para conectar su obra con el pueblo, y el teórico revolucionario carga comúnmente su análisis científico de la realidad y sus conclusiones con una alta dosis de *emotividad*, haciendo igualmente política por las mismas razones que el artista.

El político revolucionario corre con la práctica revolucionaria y, así, participa de los dos tipos anteriores. Su misión es profundizar y encauzar el proceso revolucionario, arbitrando los medios para la comunicación del pensamiento revolucionario con las masas, aumentando la *conciencia revolucionaria* de éstas, y arbitrando también los medios para la comunicación con ellas del arte revolucionario, aumentando su *emotividad revolucionaria*. En el contacto personal

del político revolucionario con las masas, éste se comunica simultáneamente por la vía racional y la vía emotiva, explica y exalta, dirigiendo el proceso de acuerdo con la teoría revolucionaria y según la situación objetiva y el grado de exaltación emotiva existente. Los medios de que se vale poseen, por lo tanto, ambas características. Por ejemplo, la efectividad de una proclama escrita o de una arenga verbal depende tanto de la claridad y verdad de las ideas expuestas, como del modo de expresarlas y las emociones que dicho modo de expresión despierte en las masas; mecanismo, éste último, absolutamente artístico.

No obstante lo expuesto, es necesario insistir en que el destacado papel del artista en la revolución resulta, en nuestra época, de difícil comprensión para la mayor parte de las personas, incluidos los teóricos, los políticos y los mismos artistas. Tal cosa deriva del distanciamiento —promovido por el peculiar desarrollo del capitalismo— entre el pueblo y los más importantes bienes culturales, entre ellos el arte. De ahí que en las principales revoluciones de los últimos siglos, el arte (el verdadero arte), salvo muy pocas excepciones, no ha gravitado mayormente en el proceso, a pesar de la nutrida lista de artistas (David, Delacroix, Courbet, Daumier, etc., por citar sólo a los pintores y en un solo país, Francia) que se vincularon estrechamente con los movimientos revolucionarios de su época. La falla estaba, por lo tanto, en la inexistencia de posibilidades concretas de efectiva conexión de esos artistas con las masas. Inexistencia que, por la escasa conciencia —propia del momento histórico— de la importancia que el arte puede asumir en la revolución y por la magnitud de las dificultades objetivas vigentes, poco y nada se hizo por solucionar.

Sin embargo el proceso revolucionario no se detuvo, las revoluciones de todos modos se realizaron y se realizan pese al mantenimiento de la desconexión entre el arte y las masas. ¿Es ésta una prueba de la innecesidad del arte y los artistas en el cumplimiento de dicho proceso? Afirmarlo sería tan absurdo como afirmar la innecesidad de los teóricos y los políticos. Veamos por qué.

El distanciamiento entre el arte y las masas no constituye un fenómeno desconectado, sino que es un aspecto del aislamiento entre éstas y la cultura en general. De modo que en la sociedad capitalista, no sólo el artista revolucionario se encuentra trabado en su acción social por el reducido nivel cultural de las masas y la falta de medios para llegar a ellas, sino también los teóricos y los políticos revolucionarios.

Si en el siglo pasado, por ejemplo, el arte de Courbet no llegaba —y no podía llegar— directamente a las grandes masas populares, tampoco llegaba ni podía llegar directamente el pensamiento revolucionario de Marx y Engels, no obstante —y por eso mismo— constituir la expresión teórica más elevada del proletariado revolucionado. A pesar de ello las revoluciones se hacían y se hacen partiendo de determinadas posiciones ideológicas, no sin ellas, ya que un cierto grado de *conciencia revolucionaria* hemos visto que resulta indispensable para la movilización de las masas. Sólo que cuando esas posiciones ideológicas no derivan de una interpretación justa, científica, del momento histórico y de las fuerzas actuantes, y los políticos con real gravitación sobre las masas arrastran las limitaciones de esas posiciones que expresan, las revoluciones terminan en fracasos directos o se desvirtúan

en sus fines². Únicamente cuando el pensamiento marxista se encarnó en políticos de talla, conectándose a través de ellos con el pueblo insurrecto, la revolución adquirió la profundidad exigida.

Las masas se movilizan revolucionariamente cuando comienzan a encontrar ciertas explicaciones a sus *necesidades materiales* y a vislumbrar ciertas soluciones. Eso constituye el relativo grado de *conciencia* necesario para la movilización; constituye la ideología revolucionaria del momento, que no tiene por qué ser la expresión teórica más elevada y justa existente. Las masas, dado su escaso nivel cultural y frente al hecho de grandes dificultades materiales para conectarse con la teoría revolucionaria más justa y elevada, se arman espontáneamente del bagaje ideológico más próximo a sus prejuicios y limitaciones culturales, siendo papel fundamental del verdadero político revolucionario llevar, mediante su acción, el

nivel ideológico de ellas al plano de la mayor lucidez posible. Tal ha sucedido en las grandes revoluciones triunfantes de este siglo.

Respecto al arte el proceso es similar. Sin un cierto grado de *emotividad revolucionaria* las masas tampoco se movilizan. El generar e impulsar esa *emotividad revolucionaria* corre por cuenta del arte. Pero si, como generalmente sucede, las manifestaciones más elevadas del arte resultan difícilmente asimilables por las masas —por su atraso cultural— o se encuentran desconectadas de ellas, éstas impulsan su emotividad con lo que tienen a mano, es decir, con todos aquellos productos del “arte popular” y de aquellas formas artísticas inferiores a las cuales están habituadas. Y la inferioridad y superficialidad de tales productos repercute en una merma, desvirtuación o estancamiento de las posibilidades de desarrollo de esa *emotividad revolucionaria*, siendo, también en este caso, papel funda-

ria debe hallarse encarnada en los dirigentes desde la misma iniciación del proceso, pero sí significa que la profundización de dicho proceso y el logro total de sus fines es completamente imposible sin la progresiva asimilación por parte de la dirección revolucionaria de posiciones ideológicas verdaderamente revolucionarias.

Al respecto el caso de Cuba resulta ilustrativo, pues presenta el ejemplo típico de una dirección liberal-pequeñoburguesa que se transforma paulatinamente en revolucionaria-socialista, siendo esta transformación lo que posibilita la profundización del proceso revolucionario y repercutiendo dialécticamente dicha profundización en un aceleramiento de aquella transformación. Es decir que la transformación revolucionaria de los dirigentes cubanos, su asunción de posiciones ideológicas correctas, constituyó un requisito indispensable a la profundización del proceso revolucionario. Y, a la inversa, de haber persistido dicha dirección en las posiciones liberales-pequeñoburguesas iniciales, la revolución inevitablemente habría terminado en un fracaso, a no ser que esa dirección hubiera sido reemplazada por otra realmente revolucionaria.

mental del verdadero político revolucionario, facilitar la conexión entre el *verdadero arte* y las masas, elevando la necesaria *emotividad revolucionaria* de éstas, cuantitativa y cualitativamente.

Prueba concluyente del paralelismo trazado entre el arte y la ideología en el proceso revolucionario, la constituye el hecho de que al aumento del nivel ideológico de las masas siempre ha correspondido un aumento de su nivel emotivo trasuntado en obras revolucionarias de calidad artística conectadas con ellas. Y el descenso de ese nivel emotivo de las masas se ha trasuntado en un descenso de la calidad de las obras artísticas revolucionarias, en una nueva desconexión del arte con aquéllas y en un simultáneo descenso de su nivel ideológico revolucionario, resultando con ello la desvirtuación parcial del proceso. Tal lo acaeció en la Unión Soviética a partir de la consolidación de la burocracia.

La revolución exige una elevada dosis de *emotividad revolucionaria*. Como motor de la movilización, como impulso a la acción, es más efectivo, en su momento, una canción, un affiche, un poema, un mural, una película o una obra de teatro, que la demostración lógica, científica, racionalmente perfecta de la necesidad de actuar. Llenar esa exigencia de emotividad con el *verdadero arte*, aumentándola, es deber ineludible de todo dirigente revolucionario, y constituye una garantía del cumplimiento de los más elevados objetivos revolucionarios por la elevación a un plano realmente *humano* de los sentimientos colectivos que el arte promueve.

II

Ahora bien, en el análisis anterior hemos partido de un supuesto que requiere, a su

vez, las pruebas que lo confirmen. Hemos partido del supuesto de que, por ser el arte un medio de comunicación social, un poderoso transmisor de sentimientos e ideas (el más complejo y profundo si consideramos la psiquis humana como un haz inescindible de motivaciones inconscientes y otras racionalmente conocidas, es decir, conscientes) en un arte revolucionario *en contacto estable con la comunidad*, tales sentimientos e ideas obrarán en el sentido de despertar impulsos revolucionarios colectivos.

Veamos. ¿Constituye tal afirmación una mera suposición teóricamente factible pero nunca realizada, o existen ejemplos probatorios surgidos de la experiencia?

El carácter revolucionario de un determinado arte emana de su contenido, condicionado a su vez por circunstancias sociales especiales. De modo que son las circunstancias sociales —variables a través de la historia— las que condicionan los contenidos artísticos preponderantes en cada momento. Ateniéndonos a esto, la pregunta anterior encontrará una formulación más general y exacta si la expresamos en los siguientes términos: ¿Ha obrado el arte alguna vez en el sentido de despertar impulsos colectivos coincidentes con el carácter de su contenido en un momento dado?

Toda la historia de la función social del arte, del papel que ha jugado en el devenir histórico de la humanidad cada vez que se dieron las condiciones de contacto más o menos estable con la sociedad, constituye la prueba afirmativa más concluyente. No nos extenderemos aquí en un análisis de dicho papel; bástenos con señalar que en todas las grandes épocas históricas, desde los albores de la civilización hasta el Renacimiento inclusive, el arte constituyó el condicionante por excelencia de la emotividad

² Aclaramos. Esto no quiere decir que las derrotas revolucionarias o la desvirtuación de los fines de la revolución dependan *exclusivamente* de la carencia de una justa posición ideológica y de un correcto enjuiciamiento del momento histórico en la dirección revolucionaria. Tal cosa significaría caer en una interpretación excesivamente subjetivista. Muchas veces el peso de las causas objetivas, inabarcables en sus complejas potencialidades, tornan imprevisible la derivación del proceso en algunos de sus sentidos posibles, frustrando los intentos revolucionarios más lúcidamente dirigidos. Tal, por ejemplo, el caso de la derrota de la Oposición de Izquierda en la Unión Soviética, de ningún modo imputable, como es obvio, a la carencia de una ideología revolucionaria, sino todo lo contrario.

Lo que sí queremos decir es que la *ausencia* de esa justa posición ideológica y de esa correcta apreciación del momento histórico, condena inevitablemente al fracaso o a la desvirtuación de sus fines al proceso revolucionario, sean cuales sean las circunstancias objetivas vigentes.

Y esto tampoco significa que la teoría revolu-

colectiva. Analizaremos más bien cómo los *medios artísticos* (es decir, los elementos básicos del lenguaje artístico) actúan en la sociedad contemporánea a través de diversas actividades, y ese análisis constituirá la demostración más palpable de las potencialidades de un arte revolucionario integrado activamente a la lucha obrera.

En nuestra época, la desconexión entre el arte (la obra de arte como totalidad, no sus simples medios) y la comunidad ha reducido al nivel de su casi inexistencia la importancia del arte como factor de gravitación social. Pero, si bien esto último es una verdad irrefutable si consideramos tan sólo a las manifestaciones artísticas más elevadas, no sucede lo mismo al examinar ciertas actividades que se ejercen permanentemente en nuestra sociedad y cuyos productos, sin merecer casi nunca el calificativo de obras de arte, se hallan, no obstante, íntimamente ligados a determinados aspectos de la creación artística.

Actividades como la publicidad comercial, el cine y la literatura de consumo masivo, la oratoria, las marchas, las manifestaciones artísticas espontáneas de las masas, etc., cuya poderosa acción psicológica sobre las multitudes nadie puede discutir, deben toda su eficacia al hecho de utilizar —la mayor parte de las veces en forma parcial y desvirtuada o en forma harto elemental— algunos de los elementos propios del arte. Tales elementos (los medios artísticos) son justamente aquellos que, en las grandes épocas, producían el primer impacto sobre la comunidad, impacto que por ser el primero era también el más superficial, tocando nada más que ciertos resortes instintivos de las masas, pero que constituía el puente de transmisión de los contenidos más complejos y profundos de todo gran

arte. En la actualidad, esos elementos propios del arte, al estar éste imposibilitado de conectarse con la sociedad, son casi siempre utilizados —en el ejercicio de dichas actividades— como medio hacia el logro de los más bajos fines, deformando la sensibilidad artística del pueblo y ahondando el abismo que lo separa del verdadero arte.

La comunidad necesita de la emoción artística, de lo contrario, el arte nunca hubiera existido, pero al no tener *acceso natural y espontáneo* a él, sacia tal necesidad en aquellos productos que de un modo natural y espontáneo se le brindan. Al no ser esos productos el medio de elevación hacia una conciencia superior de la realidad total —como en el arte—, sino la correa de transmisión de falsedades impuestas por el orden social vigente —como en la publicidad comercial—, o un modo fácil de evadirse de la cruda realidad —como en cierto tipo de cine y literatura—, el carácter bajuno de sus fines determina su propia inferioridad expresiva, remachándose por su intermedio la alienación del hombre contemporáneo y ampliándose el abismo que separa a éste del arte.

¡Qué enorme importancia tendrá el arte en el desarrollo social si utilizando en forma desvirtuada sus más elementales medios, el orden burgués posterga el ya maduro despertar de las masas sobreviviéndose históricamente!³

³ quede aclarado que no intentamos señalar a la utilización desvirtuada de los medios más elementales del arte como el *único* motivo por el cual se explica la supervivencia histórica de la burguesía. Las razones de esta supervivencia son múltiples y variadas y las encontramos en casi todos los campos de la actividad social. Nuestra intención es simplemente la de destacar el importantísimo papel que cabe a dichos medios en el condicionamiento de los impulsos, aspiraciones y modos de pensar y actuar del

El engranaje alienante que en el plano superestructural aprisiona al hombre contemporáneo, se encuentra, en su mayor parte, constituido sobre presupuestos de origen artístico, y ese carácter alienante, lejos de ser una culpa del arte en sí, es una consecuencia de su distanciamiento de la vida social.

Las formas, los colores, los sonidos, etc., en sus múltiples combinaciones, actúan sobre los individuos produciendo asociaciones y despertando emociones e impulsos. Son las herramientas básicas de que se vale el artista para comunicar su mensaje y pertenecen a la estricta esfera del arte. Pero lo que no pertenece a la esfera del arte, sino que más bien constituye su negación, es el uso que la sociedad burguesa da a las resonancias psíquicas elementales que tales herramientas artísticas provocan naturalmente en cualquier ser humano.

La mera existencia de formas, colores o sonidos, correctamente armonizados y comunicativos en cualquier medida, no bastan para configurar aquello que denominamos arte. En la determinación de éste interviene un factor de tipo cualitativo. No basta saber *cuánto* se comunica, sino *qué es* lo que se comunica. *La calidad del contenido establece la validez de una obra como arte.* La calidad entendida como *verdad y profundidad.* Así, por ejemplo, un *affiche* mural comercial, por muy correcto que sea en su resolución formal, jamás llegará a la categoría de arte, precisamente por el bajo nivel cualitativo de su contenido, determinado por la carencia de verdad y profundidad en los fines que se persiguieron al

hombre de nuestra época. Piénsese, si no en la importancia que en tal sentido asume la publicidad comercial.

ejecutarlo. Y, sin embargo, ese *affiche*, sin ser arte, es capaz de despertar impulsos en el espectador, tendientes a cumplir con las bajas finalidades perseguidas. Utiliza las herramientas del arte en pos de objetivos extraartísticos y deshumanizantes por su carácter falaz y superficial.

El arte, por su contenido, nunca miente. No puede negar ni deformar la realidad total, pues como producto de ella, tal cosa implicaría su propia negación. Decimos por su contenido —síntesis de factores emotivos e ideológicos o temáticos— que no siempre coincide con la anécdota explícita. Tal falta de coincidencia, frecuente en la historia del arte (recordemos el carácter terrenal del contenido en ciertas obras renacentistas, pese al desarrollo de anécdotas celestiales impuestas por la Iglesia), no puede darse en el pseudo-arte publicitario burgués actual, ya que su contenido está elaborado en función de un fin (crear artificialmente la necesidad de que se consuma cierto producto o se vote a determinado candidato) a cuya falsedad y superficialidad la anécdota necesariamente debe adecuarse.

Ese carácter de *veracidad respecto a la realidad total y profundización de ella*, inherente al arte, es el que lleva a la burguesía a impedir el contacto generalizado entre éste y el pueblo, reemplazándolo por productos pseudo-artísticos de consumo masivo, remachadores de la esclavitud social y distorsionadores de la sensibilidad colectiva. ¿Por qué razón, entonces, el proletariado, en cuanto factor determinante, con su acción, de la realidad actual y momentáneo portador del destino humano, necesitado, por lo tanto, de la condición de veracidad con respecto a la realidad y de la profundización y enriquecimiento del sentido de la lucha histórica del hombre —que el arte sintetiza—

no habrá de apelar a éste como un arma más, tal vez la más directa y efectiva como elemento desalienante en el plano de la superestructura y, así, instrumento principalísimo para su *liberación total*?

Resumamos: La burguesía utiliza los medios más elementales del arte a los efectos de condicionar el inconsciente colectivo en su propio provecho. Esta utilización desvirtuada de los medios artísticos genera un pseudo-arte que, por el carácter falaz y superficial de sus objetivos, no logra elevarse a la categoría de arte, pero que, por la utilización eficaz de esos medios, logra el cumplimiento de sus bajos fines. Ese pseudo-arte, generado, fomentado y difundido masivamente por el orden capitalista, envuelve la vida toda del hombre contemporáneo, satisfaciendo parcialmente la necesidad de emoción estética, siempre experimentada por el ser humano. Se convierte así en un poderoso factor alienante y, por lo tanto, en un instrumento de opresión social al servicio de aquel orden. Si tal cosa se logra merced a la utilización desvirtuada de los medios más elementales del arte, ¿puede existir alguna duda sobre la importancia que éste tiene en el desenvolvimiento del proceso social actual? ¿No es ésta una prueba concluyente de su *efectividad práctica*?

Ahora bien, la clase obrera no debe desestimar tan importante arma. Tiene la obligación de valerse en su provecho —que es el de la humanidad— de esos medios tan eficaces en manos de la burguesía. Pero como los fines de la clase obrera no son una desvirtuación de la esencia humana, como no persigue la esclavización del hombre, sino justamente su total liberación, su total desalienación, y como las condiciones históricas están dadas en la realidad actual para que tal cosa se produzca, entonces, la

clase obrera no necesita utilizar en forma desvirtuada los medios artísticos elementales, no necesita aplicarlos en función de finalidades falaces y superficiales, pues precisamente la coincidencia de sus intereses con lo que el proceso histórico reclama, su coincidencia con las necesidades de la realidad actual, le exigen el uso veraz y profundo de tales medios artísticos. Veracidad y profundidad que sólo un arte auténtico puede prodigar por constituir sus prerrequisitos indispensables.

El arte, como afirmaba Goethe, “tiene que apoyarse sobre un objeto digno”, y nada más digno *por sus fines* que la acción revolucionaria del proletariado. Si la clase obrera, en su lucha contra la burguesía y el imperialismo, quiere utilizar los medios artísticos en la misma forma falaz y superficial en que éstos los utilizan contra ella, no hará otra cosa que deformar el sentido mismo de tal lucha que tiene por meta última la liberación *total* de la humanidad.

Quiere decir entonces que la clase obrera debe utilizar los medios artísticos como un arma contra el orden capitalista, pero transformándolos en un verdadero instrumento de liberación total. Esto sólo puede lograrse a través de un arte auténtico y no mediante un pseudo-arte que, aunque opuesto en las anécdotas al de la burguesía, conserve en su contenido explícito las características de superficialidad y falta de verdad del pseudo-arte burgués.

Aclaremos: estamos hablando de pseudo-arte burgués y no de *arte burgués*. La burguesía tiene su arte que, por ser tal, reúne, aunque en forma limitada, las necesarias condiciones de verdad y profundidad. Sólo que la verdad del arte burgués corresponde al sentimiento de la burguesía como clase, a *su visión de la realidad*, visión parcial, de

un aspecto de ella, que en estos momentos y frente a la evidencia de su muerte histórica, no coincide con la realidad total. Tal es, precisamente, la limitación propia de su arte, que al no concordar con la realidad *entendida como una totalidad*, le impide concretarse en un arte de gran estilo.

Pero no es este arte burgués el que la burguesía destina al consumo de las masas. Esto de por sí sería positivo, ya que, al poseer en sus mejores realizaciones las condiciones de profundidad y calidad expresiva, elevaría la sensibilidad artística de las masas sin que el contenido desesperanzado o conformista de su verdad burguesa incidiera sobre ellas, justamente por reflejar una visión de la realidad ajena al sentimiento actual de las masas. Este arte burgués es consumido por una reducida élite y mantenido alejado del pueblo al cual sólo se le brinda, utilizándolo como medio de distorsión cultural y opresión social, el pseudo-arte al cual nos hemos referido.

Hay, sin embargo, en este mismo pseudo-arte burgués, un aspecto que, juzgado con una perspectiva histórica, lo torna relativamente positivo a pesar de su negatividad inmediata.

En efecto, el carácter competitivo del capitalismo lleva a los capitalistas, en su lucha por el mercado, a apelar a todos los recursos disponibles. Así, la agudización de la competencia y la necesidad de ampliar el mercado como medio para la reinversión de los capitales, originan en nuestra época un desarrollo masivo de la publicidad comercial en tanto recurso tendiente al aumento del consumo y a la creación de necesidades artificiales. En esta forma aparece lo que hemos denominado como pseudo-arte burgués, que valiéndose de los medios artísticos más elementales les hace cumplir

finalidades extraartísticas por su carácter falaz y superficial, incrementando la alienación de las masas por la fetichización de los productos (materiales y espirituales) que el orden burgués genera. Pero como tales finalidades sólo se cumplen eficazmente dando a este pseudo-arte publicitario una proyección multitudinaria, poniéndolo en contacto permanente e intensivo con las masas, tal hecho promueve una restitución del contacto secularmente perdido entre la comunidad y los medios expresivos más elementales del arte que, si bien utilizados en forma desvirtuadora de los verdaderos y profundos fines de éste, contribuye a la necesaria familiarización colectiva con los elementos básicos del lenguaje artístico. Y de esta manera se van estableciendo los prerrequisitos indispensables al surgimiento de un nuevo arte colectivo en permanente y efectiva interacción con la sociedad. Es decir, un nuevo arte de gran estilo, superador del arte burgués y del pseudo-arte publicitario, en tanto expresiones de una clase social y un régimen históricamente caducos.

Evidentemente tal surgimiento está estrechamente ligado a la transformación revolucionaria de la sociedad, que, al tornar innecesaria la utilización falaz y superficial de los medios artísticos, restituye a éstos su papel de vehículos de contenidos veraces y profundos, pero también se ve posibilitado e impulsado por el contacto intensivo entre las formas elementales del lenguaje artístico y la sociedad que el pseudo-arte publicitario se ve forzado a establecer.

Así, las formas del lenguaje artístico burgués se conectan con la sociedad a través de las más calificadas expresiones del pseudo-arte publicitario, y al restablecer tal contacto las condiciones comunicativas sociales básicas necesarias a todo gran arte —sc-

cularmente perdidas por el predominio del individualismo burgués y la mercantilización del arte bajo el capitalismo—, se posibilita el surgimiento y la acción de un nuevo arte que, por sus finalidades sociales colectivas, significa el fin de tal individualismo y tal mercantilización. Decimos las expresiones calificadas del seudo-arte publicitario, las cuales, por la misma competencia capitalista planteada en el campo de la publicidad comercial, tienden a constituirse en mayoría, desplazando a aquéllas carentes de un mínimo de belleza formal o que utilizan un lenguaje anticuado sin vigencia actual.

En base a lo expuesto, analizaremos ahora, someramente, algunas de esas actividades enunciadas más arriba que, manejándose principalmente con medios artísticos y utilizándolos casi siempre en forma desvirtuada y superficial, gravitan poderosamente en el comportamiento colectivo de nuestra sociedad.

Dichas actividades ejemplifican las posibilidades de los medios artísticos como condicionantes del inconsciente colectivo y la efectividad con que tales medios actúan sobre la sociedad actual. Constituyen, por lo tanto, una confirmación práctica de las potencias comunicativas sociales del arte y de la necesidad de su incorporación a la lucha.

19) La publicidad comercial se desenvuelve casi exclusivamente con medios artísticos y es precisamente a esta peculiaridad que debe toda su eficacia e importancia como factor condicionante del inconsciente colectivo en la sociedad contemporánea. Los medios expresivos básicos de prácticamente todas las artes se ven utilizados de un modo o de otro con fines meramente publicitario-comerciales. Affiches, canciones, sket-

ches cinematográficos, etc., constituyen las formas naturales del ejercicio publicitario. La causa es sencilla: sólo comunicándose de una manera directa e inmediata y sin exigir un esfuerzo de concentración la publicidad logra el cumplimiento de sus fines, y tal cosa a su vez es posible merced a la elementalidad de dichos fines. Así, no se dirige a la razón de los hombres sino a su afectividad y a sus tendencias inconscientes, despertando impulsos coincidentes con sus bajos objetivos. Es por ello que necesariamente recurre a la utilización de los medios artísticos, ya que el lenguaje artístico configura el más eficaz modo de comunicación por vía emotiva y el que en forma más directa e inmediata se ejerce.

Pero anteriormente hemos dicho que esa utilización de los medios artísticos se efectúa en forma desvirtuada por la propia baja de los fines perseguidos, pues la publicidad comercial no busca despertar las tendencias superiores del inconsciente colectivo⁴, las más humanas, sino que apela a los sentimientos e instintos más regresivos y elementales, fomentándolos, y, partiendo de ellos, tiende a crear reflejos condicionados aruladores de la capacidad intelectual que caracteriza al ser humano. Así, el uso que por los viles objetivos perseguidos, da lugar a que los medios artísticos, determinado resultado un producto seudo-artístico superficial y falso —aunque puede ser correcto formalmente y estéticamente agradable—,

⁴ Empleamos el término **inconsciente colectivo** dándole una acepción sociológica más amplia que la que el psicoanálisis le asigna al identificarlo exclusivamente con los llamados **complejos primitivos**. Para nosotros, el **inconsciente colectivo** está constituido por aquellas tendencias del **inconsciente individual** más generalizadas en la sociedad y más activas —vivas, actantes— en un momento dado del desarrollo histórico de una comunidad.

que, en sus efectos, configura la antítesis exacta del arte.

El arte constituye una apelación a la libertad y una toma de conciencia por vía emotiva de la realidad, que ampliando la visión de ésta permite su captación más profunda a través del conocimiento más complejo y rico que condiciona. El seudo-arte publicitario, en cambio, no es otra cosa que un instrumento de enajenación y fomento de las más bajas tendencias irracionales del individuo. Las nefastas consecuencias (embrutecimiento e imbecilización colectiva, etcétera) que su utilización masiva aparece en la sociedad actual constituyen, por la vía negativa, una demostración palpable de la gravitación del arte sobre la vida social.

20) El cine, pese a la brevedad de su historia, ha justificado ampliamente, a través de la obra de no pocos realizadores, su pretensión a ser considerado un arte con idénticos títulos que cualquier otro. Disfruta, además, de un privilegio: su difusión multitudinaria, que implica a su vez una acción sobre la sociedad que nadie puede poner en duda. Sin embargo, estas dos afirmaciones, valederas en términos generales, merecen ser analizadas.

En primer lugar no toda la producción cinematográfica puede considerarse como arte. Tal calificación sólo es aplicable a un ínfimo porcentaje de películas. En segundo lugar, ese ínfimo porcentaje con calidad artística no es precisamente el que goza de mayor difusión (su público se circunscribe a estratos sociales culturalizados, numéricamente escasos) ni el que más gravita sobre la sociedad.

En efecto, dos aspectos distintos pero complementarios actúan sobre la cinematografía generando lo que podríamos llamar

un seudo-cine (en oposición al cine-arte), que constituye la inmensa mayoría de la producción y que, por su difusión masiva, es el que verdaderamente hace sentir sus efectos sobre la comunidad. Esos dos aspectos son, por un lado, el carácter industrial-comercial del cine, y, por el otro, su eficacia como medio propagandístico social.

La posibilidad del cine como negocio, susceptible de generar grandes ganancias, más el alto costo de producción de las películas, determinan los fines perseguidos por la inmensa mayoría de los productores, distribuidores y exhibidores cinematográficos. Estos fines, puramente económicos, excluyen casi siempre los fines específicamente artísticos. El bajo nivel cultural general de las masas, mantenido en esa situación por el orden constituido, torna relativamente incompatibles el cine-arte y el cine-negocio, incompatibilidad que, resolviéndose en favor de este último, contribuye a la distorsión de la escasamente desarrollada cultura artística de las masas y a su mantenimiento en los más bajos niveles posibles de desarrollo.⁵ Al mismo tiempo, la importancia del

⁵ Respecto al escaso nivel cultural-artístico de las masas imperante en la sociedad actual— presupuesto del cual partimos en varios de los análisis realizados en este trabajo—, se hace indispensable una importante aclaración vinculada al concepto de cine-arte aquí empleado y, en general, a toda otra forma de arte que verdaderamente pretenda serlo.

El escaso nivel cultural-artístico de las masas constituye una realidad fácilmente comprobable en la sociedad capitalista. Sus causas, ya lo hemos señalado, están en la carencia de un contacto estable entre el arte —el auténtico arte— y la sociedad. Por lo tanto, la elevación de ese nivel sólo será posible merced a la restitución de dicho contacto.

Ahora bien, sería completamente erróneo suponer que ese escaso nivel predominante configura un impedimento absoluto —una vez restituido, aunque más no fuera parcialmente, aquel contacto— en la efec-

cine como medio propagandístico establece la necesidad de un estricto control por parte de las clases dominantes que, poniéndolo al servicio de sus intereses de clase, frustran las condiciones esenciales de toda obra artística: libertad creativa y verdad y profundidad respecto a la realidad total.

De esta manera, sucede con el cine un proceso similar al que sufren las demás artes al ser utilizadas por la publicidad comercial y que hemos descrito más arriba. La imagen cinematográfica, en tanto medio de expresión artística, es utilizada en función de finalidades extraartísticas por su bajeza, ge-

tiva comunicación entre las más elevadas obras de arte y las masas.

Todo individuo posee un cierto grado de sensibilidad artística, inherente a su misma condición humana. Que dicha sensibilidad no se halle desarrollada o que incluso esté parcialmente distorsionada no anula el hecho de su existencia, aunque, eso sí, condiciona en gran parte los intentos del artista por establecer la comunicación con las masas mediante su obra.

¿Significa esto que el artista deba hacer **concesiones** al bajo nivel cultural-artístico imperante, limitando sus posibilidades expresivas y, en esa forma, castrando su propio mensaje?

De ninguna manera. Más bien significa lo contrario. Veamos.

El artista no debe hacer ninguna **concesión** pero sí debe realizar un **esfuerzo**. Como ya lo hemos manifestado en un trabajo anterior, "el artista en general y el artista revolucionario en especial, debe esforzarse por hacer accesible su mensaje a las masas", y tal esfuerzo no implica, ni mucho menos, una concesión, debido a que, siendo la comunicación una de las condiciones esenciales del arte, dicho esfuerzo constituye la vía única que conduce a un arte verdaderamente trascendente. "Hay un momento en la elaboración de la obra, en que el mensaje subjetivo del artista, expresado en toda su amplitud, se hace captable socialmente, dándole las características comunicativas privativas de todo **gran arte**." Pero como el afán del artista por comunicarse con las masas no proviene "de una imposición coercitiva operante sobre él, sino de la libre voluntad de proyectar su obra sobre la sociedad íntegra, al desaparecer, por el hecho de ser revolucionario, su interés en agradar a las élites

nerándose por esta vía un pseudo-cine — válvula de escape de las frustraciones colectivas y medio propagandístico del orden actual— cuyos resultados alienantes constituyen otra desgraciada constatación del importante rol jugado por los medios artísticos en nuestra sociedad.

39) Respecto a lo que hemos denominado "literatura de consumo masivo" —involucrando en ella desde las novelas "rosa", policial-pornográficas y de cowboys, hasta los cuentos melosos de las revistas femeninas y las tiras de historietas— lo dicho anteriormente para el cine y la publicidad co-

snobs", y al constituir ese afán de proyectar su obra sobre la sociedad una condición indispensable del gran arte, nos encontramos con que dicho esfuerzo, lejos de ser ajeno al proceso de elaboración artística, se encuadra dentro de él, equiparándose a cualquier otro de los esfuerzos necesarios a la concreción de la obra. "Y el límite de los esfuerzos que haga (el artista) por llegar con su mensaje personal a las masas está determinado por el punto justo en que, de ir más allá, la obra comience a perder vigor expresivo y que precisamente por estar en ese punto justo alcanza su plenitud comunicativa y se transforma, por lo tanto, en arte trascendente." ("La Política en el Arte", Ed. Coyoacan.)

Sin embargo, como ese mismo esfuerzo tiene un límite, en el caso de que el nivel cultural-artístico de las masas sea muy bajo o que su sensibilidad estética se halle muy distorsionada, puede persistir, a pesar de dicho esfuerzo, el abismo de comunicación. Y en este caso la única solución posible habrá de ser la de intensificar el contacto entre el arte y las masas procurando elevar ese nivel y rectificar esa sensibilidad.

Es precisamente la conciencia de la necesidad del esfuerzo del artista por conectarse a las masas la que nos impulsa a utilizar con serias reticencias el término cine-arte, ya que, desgraciadamente, a dicho término se lo utiliza la mayor parte de las veces para calificar en forma pretenciosa y pedante a las vacuidades subjetivistas, puramente formales, más alejadas de lo verdaderamente artístico en cuanto a profundidad, universalidad e intensidad expresiva.

Por lo tanto, aclaramos que en este trabajo el término cine-arte está empleado en su significación literal.

mercial resulta perfectamente aplicable, tanto por el mecanismo de utilización desvirtuada de los medios artísticos, como por los pavorosos resultados vigentes en la sociedad.

49) Si algo no necesita ser demostrado es el poder de la oratoria como motor de acciones colectivas. Una arenga, pronunciada en momento oportuno, puede decidir una batalla, o, si están dadas las condiciones objetivas, parar una fábrica e impulsar a los actos más heroicos y sacrificados. La oratoria se erige así en un acabado ejemplo de las potencias del arte como condicionante de acciones concretas. Porque la oratoria es una manifestación artística. Los mecanismos de su acción y los medios comunicativos de que se vale son específicamente artísticos. El orador convence más por la vía emotiva que por la vía racional; comunicando emociones más que dando razones; presentando a éstas en forma tal que la carga emotiva en que las envuelve las hace inmediatamente aceptables por el público, excluyendo toda duda y toda necesidad de análisis. El orador político revolucionario, por ejemplo, toma e interpreta los sentimientos fundamentales —originados por circunstancias materiales e históricas concretas— que ya existen de manera difusa, larvada, inconsciente, en las masas, y dándoles forma verbal artística, los vuelca nuevamente en un grado mucho más agudo y exaltado, cobrando conciencia de la potencia de tales sentimientos y, por lo tanto, mayor confianza en sí mismas y deseos de actuar en función de ellos. Algo similar acontece con todas las manifestaciones del arte cuando la conexión entre el artista y su público se halla socialmente posibilitada en forma estable.

59) Otro ejemplo de acción concreta so-

bre los hombres ejercida por medios artísticos lo constituye las marchas militares y canciones que espontáneamente brotan cada vez que las masas se movilizan. Es conocida la acción estimulante de las marchas militares en los desplazamientos de tropas y en la lucha, y no creemos necesario demostrar que tal acción estimulante se ejerce por medios estrictamente artísticos. También es conocida la tendencia irrefrenable de las masas en movimiento a acompañar sus reivindicaciones y autoentusiasmarse, afirmándose en sus decisiones, con canciones de todo tipo. Es precisamente en estas circunstancias extremas cuando más se evidencia la necesidad humana del estímulo artístico.

69) Señalemos, por último, la acción de la llamada "música popular", que a través de la radio, etc., actúa permanentemente sobre el pueblo. Siendo necesario destacar el carácter limitado y elemental que esta "música popular" posee la mayor parte de las veces.

La comunidad necesita imperiosamente de la emoción artística. En los centros urbanos de las grandes épocas históricas satisfacia de un modo natural y espontáneo esta necesidad mediante el contacto con el gran arte religioso en los templos, iglesias, calles y edificios públicos. Las masas de campesinos o de esclavos que se encontraban alejadas de esos centros urbanos saciaban sus necesidades artísticas generando lo que se ha llamado "arte popular", que, precisamente, siempre ha tenido una raíz campesina. Este "arte popular" es limitado y elemental, justamente por el atraso cultural de quienes lo producían y para quienes se producía: los campesinos aislados de la cultura. En la era burguesa aparece también un "arte popular" ciudadano, consecuencia de que la imposibilidad de conectarse natural

y espontáneamente con un gran arte se ha generalizado, por el peculiar desarrollo del capitalismo, a toda la sociedad.

El "arte popular" —especialmente la "música popular"— constituye el alimento espiritual diario de la comunidad. Pobrísimos alimentos, tanto más cuanto que se ve estandarizado y estereotipado, desvirtuando su pureza e ingenuidad originarias, por el engranaje comercial de las grabadoras, radios, etc., y los "artistas profesionales" de todo tipo.

La existencia del "arte popular" es la prueba concluyente de la necesidad de emoción artística que las masas experimentan. Su desvirtuación actual, su difusión multitudinaria y los efectos neutros, cuando no adormecedores, imbecilizantes o exaltantes de aspectos negativos de la realidad, constituyen otras pruebas de la acción practicada sobre la sociedad por el orden constituido, a través de los medios artísticos.

Naturalmente que no desconoceremos la genuina belleza y calidad de muchas manifestaciones de la música y poesía ciudadana y campesina auténticamente popular. Pero piénsese en la estupidez ululante y chabacana que prolifera en la inmensa mayoría de los programas radiales y televisivos y en el ínfimo porcentaje de obras populares genuinas y calificadas, y se tendrá una imagen exacta del bajo nivel cultural artístico en que el orden imperante mantiene a las masas contemporáneas.

El efecto psicológico del arte sobre las multitudes lo erigen en una de las armas revolucionarias más poderosas y eficaces. Esto, la burguesía lo sabe muy bien y actúa en consecuencia. Es tiempo ya de que las direcciones obreras cobren conciencia de estos hechos y aprendan a valorar la impor-

tancia del arte en el desenvolvimiento histórico, poniéndolo al servicio de la liberación de la humanidad.

La clase obrera necesita del arte como estimulante irremplazable en su lucha por un destino auténticamente humano y como único antídoto capaz de neutralizar la influencia desmoralizadora y alienante ejercida por el aparato publicitario y difusor burgués. El arte, a su vez, y en la medida que se acentúa la tónica revolucionaria de nuestra realidad, siente su incorporación activa a tal lucha como el único camino transitable.

En la unión del arte —el verdadero arte— con las masas se templará el espíritu revolucionario de éstas y se forjará una genuina cultura nacional, testimonio impar de nuestra personalidad como pueblo. Concretar tal unión es un deber ineludible de toda dirección realmente obrera y de todo artista realmente revolucionario.

III

Dos son los problemas fundamentales que presenta la incorporación del arte a la lucha revolucionaria. El primero de estos problemas posee un carácter subjetivo, se refiere a la actitud, positiva o negativa, que asuman la dirección revolucionaria y los artistas frente al papel del arte en la revolución. El segundo, de índole práctica, se refiere a la forma concreta en que deberá efectuarse esa incorporación. Posee, por lo tanto, un carácter objetivo y el que se plantee o no dependerá de la solución positiva del primero. En todo caso, este último problema sólo puede enfocarse teniendo en cuenta, en cada momento, la situación política concreta y los medios y posibilidades de que se disponga. Aquí nos ocuparemos

del primero de ellos, no sólo por su prioridad, sino por ser el que en forma más directa está vinculado al problema central de este trabajo: las relaciones entre el arte y la vanguardia revolucionaria.

Es una característica general de la mayor parte de los dirigentes políticos y sindicales de la clase obrera y de los artistas de izquierda la incompreensión del papel real que cabe al arte en el proceso revolucionario y de la importancia política que asume su incorporación activa a la lucha. Esta incompreensión constituye, a su vez, el obstáculo más importante que se presenta y el más difícil de sortear. Importante, ya que su proyección rebasa los límites de lo específicamente cultural, expresando un modo sumamente peligroso de enfocar los problemas de la revolución. Difícil de sortear, debido al arraigo —condicionado por toda la superestructura capitalista vigente— que tiene dicho modo en los medios políticos vinculados a la clase obrera o que intentan vincularse a ella.

Tal situación se origina y se explica por las siguientes principales causas: 1º) el distanciamiento —característico de los últimos siglos— entre el arte y la vida social; 2º) el concepto especialístico exacerbado de toda actividad social, imperante en la sociedad actual; y 3º) la persistencia de la escala de valores burgueses en los sectores políticos y artísticos con vocación revolucionaria.

Estos hechos determinan la incompreensión aludida, que se manifiesta en dos actitudes básicas estrechamente ligadas entre sí: el considerar el proceso revolucionario como una serie de etapas con tareas fijas que excluyen totalmente el abordar las tareas de las etapas posteriores y no como un proceso dialéctico en el que la acción revolucionaria se ejerce en forma conjunta y per-

manente desde todos los campos de la actividad social, y el considerar al arte como un lujo.

Analizaremos primeramente estas dos actitudes para, posteriormente, ocuparnos de las causas, ya señaladas, que les dan origen.

En todo proceso revolucionario la solución de los problemas específicamente políticos y económicos, en tanto condición previa indispensable al ulterior desarrollo del proceso, reviste una mayor urgencia que la solución de los problemas de carácter cultural y artístico. Es más, la solución de los problemas políticos y económicos constituye el medio necesario posibilitador de la solución *integral* de los problemas culturales y artísticos. Sin embargo, es completamente erróneo tomar esta afirmación en términos absolutos. Ya que si bien la solución *integral* de los problemas culturales y artísticos del mundo actual depende de la previa solución de los problemas políticos y económicos inmediatos, existen soluciones parciales de aquellos problemas —íntimamente vinculadas a las soluciones políticas y económicas— que condicionan y encauzan la posterior solución total.

Los problemas políticos y económicos requieren para su solución la acción de los hombres, y la efectividad de esta acción se encuentra en gran parte condicionada por el nivel cultural general y, además, por el tipo e intensidad de la emotividad imperante en dichos hombres, siendo, como ya hemos visto, papel primordial del arte el condicionar y estimular esa emotividad. Luego, la incorporación activa del arte a la solución de los problemas políticos y económicos, además de impulsar dicha solución, constituye ya un modo de encarar los problemas artísticos comenzando a resolverlos en forma integral.

De manera que la incorporación del arte a la lucha revolucionaria posibilita por dos vías distintas pero íntimamente vinculadas la solución total de los problemas artísticos, a saber: por un lado, impulsando la emotividad revolucionaria de las masas y así coadyuvando a la solución de los problemas políticos y económicos, de prioridad indiscutible, y por otro lado, comenzando a solucionar de hecho, aunque en forma parcial y limitada por no existir aún las condiciones generales necesarias (control absoluto por la clase obrera de los medios de difusión), el problema de la desconexión de las masas con el arte, que es, al mismo tiempo, el problema fundamental del arte en nuestra época.

Es decir que la prioridad de los problemas políticos y económicos no debe significar el postergar para el futuro los problemas artísticos —y culturales en general— ya que la relación dialéctica existente entre ambos determina su abordamiento conjunto. Y es por ello que la actitud contraria no sólo refleja una concepción absolutamente estática, no dialéctica, del proceso revolucionario, sino que, además, priva a la lucha obrera de un arma importantísima como es el arte e impide la creación de una vanguardia de artistas revolucionarios. Retrasa así el proceso de culturalización artística de las masas posterior a la toma del poder, ya que producido este hecho habrá que comenzar de fojas cero, creando antes que nada los cuadros capaces de llevar el arte revolucionario al pueblo; es decir, habrá que comenzar por crear a los propios artistas revolucionarios, por no haberseles permitido intervenir desde un principio con su arte en el proceso. Pues no hay que olvidar que la conciencia revolucionaria, imprescindible para concretar un arte realmente revolucionario, sólo puede adquirirla el

artista si se le plantea, además de la necesidad, la posibilidad concreta de colaborar con su arte en la revolución. Sólo así podrá encontrarle un sentido a su actividad y sólo así podrá sustraerse a las concepciones artísticas de la burguesía, imperantes en el ámbito artístico actual.

De más está señalar que, una vez producida la toma del poder, si no existe esa vanguardia de artistas revolucionarios, quedan inevitablemente abiertas las puertas a los oportunistas y trepadores de todo pelaje, con la consiguiente deformación del proceso y desvirtuación de sus fines.

Proyéctese esto a los otros campos de la actividad cultural y se percibirá el tremendo peligro que implica la asunción por parte de la dirección revolucionaria de una posición general —frente a todos los problemas de la cultura— como la que hemos descripto.

La segunda actitud por la que se manifiesta la incompreensión de gran parte de los políticos y artistas con intenciones revolucionarias del papel social del arte, es aquella que tiende a considerarlo como un lujo.

La concepción del arte como un *lujo*, del cual el hombre puede fácilmente prescindir, y no como una *necesidad* insustituible de la sociedad humana, es una consecuencia del singular desarrollo histórico de la burguesía y del modo de producción capitalista. La pérdida de la función social del arte, su transformación de *bien público* en *mercancía*, y su consiguiente distanciamiento de la vida social, son el resultado de dicho desarrollo y constituyen la base sobre la cual se erigió aquella concepción.

La existencia misma del arte y su persistencia a través de la historia demuestran de por sí su carácter necesario para el

hombre. Carácter necesario que, en los períodos de su plena integración con la sociedad, lo erigió en uno de los factores de gravitación y encauzamiento histórico-social más importantes. La pérdida de esa integración, por las razones ya apuntadas, determinó la transformación del arte en un lujo reservado a las élites y alejado del pueblo.

Sin embargo, esto no significa una negación de la necesidad del arte, la cual persiste, aunque en forma distorsionada, en la sociedad capitalista con tanto mayor vigor como menores son las posibilidades del hombre para satisfacerla.

Esta falta de satisfacción de las necesidades artísticas se ve atenuada por todos los productos pseudo-artísticos que el propio orden capitalista genera; productos alienantes del hombre y negadores de su verdadera *humanidad*. Así, la *necesidad humana* del arte encuentra una falsa satisfacción en dichos productos alienantes y merced a la propia condición de alienado inherente al hombre de nuestros días. La *necesidad humana* del arte encuentra, entonces, una satisfacción artificial, y ésta, a su vez, contribuye a deshumanizar esa necesidad por la deshumanización del propio hombre. Es precisamente esta condición de alienado, inherente al hombre actual y determinada por el modo de producción capitalista y la vigencia de la escala de valores burguesa, que de él resulta, lo que permite la predominante concepción del arte como un lujo innecesario.

Para la burguesía sólo existen como necesidades las siguientes: las necesidades animales, elementales, del hombre; las necesidades impuestas por el sistema capitalista de producción; y las necesidades artificiales, deshumanizantes, que el propio orden burgués genera. La necesidad artística, en

tanto necesidad profundamente *humana*, sin encaje práctico en el sistema burgués, no existe para ella. De ahí que el arte sólo puede aparecerse como un lujo innecesario aunque agradable, como mera fuente de placer y entretenimiento de sus ocios. Pero como al mismo tiempo la burguesía constituye la clase dominante actual y en tal carácter proyecta sus concepciones ideológicas a todos los ámbitos de la sociedad, nos encontramos con que el concepto del arte como un lujo es un concepto generalizado en todos los estratos y clases de nuestra sociedad.

Ahora bien, esto constituye una realidad y como tal hay que aceptarla. Pero lo que resulta completamente inaceptable es que quienes pretenden erigirse en vanguardia lúcida del proletariado revolucionario, tengan del arte el mismo concepto que la burguesía, viéndolo solamente como un lujo innecesario, pues con ello están demostrando su propia alienación de lo específicamente humano, alienación cuya superación constituye, precisamente, el fin último de la revolución.

La concepción del arte como un lujo es una concepción absolutamente burguesa, antimarxista por excelencia. Que esta concepción prevalezca en los medios políticos revolucionarios y en la dirección obrera es un hecho de suma gravedad, pues demuestra la inmadurez ideológica de dichos medios y el arraigo de las concepciones burguesas en ellos. Quien no ve en el arte una *necesidad humana*, no ve otras *necesidades humanas*, y probablemente ignore lo que es una *necesidad humana*, y esto, en el ulterior desarrollo del proceso revolucionario, puede llevar a resultados desastrosos desde el punto de vista de los fines reales de la revolución; puede llevar a la desvirtuación parcial o to-

tal de dichos fines, confundiéndoselos con lo que simplemente son medios.

El proletariado necesita una dirección verdaderamente revolucionaria, lúcida, desalienada. Y quien no es capaz de ubicarse revolucionariamente frente a un problema parcial pero de importancia cultural y política fundamental, como es el del arte, probablemente tampoco sea capaz de ubicarse revolucionariamente frente a otros problemas fundamentales de la sociedad, constituyendo su situación en puestos de responsabilidad directiva un verdadero peligro para la revolución.

El conocimiento de las causas que originan las dos actitudes prevalecientes en los medios políticos y entre los artistas, a las que acabamos de referirnos, resulta indispensable a los efectos de la constitución de una auténtica dirección obrera y de una auténtica vanguardia de artistas revolucionarios. Hemos señalado como tales causas a las siguientes: 1º) el distanciamiento actual entre el arte y la sociedad; 2º) el concepto especialístico exacerbado de toda actividad social imperante en el mundo capitalista; y 3º) la persistencia de los valores y modos de acción burgueses en los sectores políticos y artísticos con vocación revolucionaria. Todas ellas se encuentran estrechamente vinculadas entre sí, en una permanente relación dialéctica de causa y efecto.

El distanciamiento actual entre el arte y la sociedad es una consecuencia de la pérdida de la función social de aquél, función que caracterizó al arte de todos los períodos históricos hasta el Renacimiento. Siendo a su vez esa pérdida el resultado de las peculiares condiciones generales creadas por el capitalismo en su desarrollo. El imperio de los valores individualistas y la transformación de la obra de arte en una mercancía

coadyuvaron a promover tal distanciamiento. Este, a su vez, ha ocasionado la subjetivización excesiva del arte en general, y, por otro lado, al no existir un contacto permanente, determinó una falta de desarrollo de la sensibilidad artística de las masas, agravada por la distorsión de dicha sensibilidad que el pseudo-arte promueve y por los prejuicios que la vigencia del gusto artístico burgués "tradicionalista" y "académico" genera entre ellas (no olvidemos que el arte burgués de "vanguardia" sólo encuentra aceptación entre reducidas capas culturalizadas de la pequeñoburguesía y de la propia burguesía, conservando aún la inmensa mayoría de los burgueses su predilección por el arte "tradicional"). Quedó así abierto un abismo de comunicación entre los artistas más capaces y el resto de la sociedad, cuyas consecuencias actúan en todos los sectores de ésta, incluidos el de los políticos y el de los artistas revolucionarios.

Sin embargo, conviene recordar que la condición de revolucionario, en nuestra época, tanto en los políticos como en los artistas, exige una comprensión cabal de las circunstancias concretas en que se desenvuelve la sociedad capitalista en *todos* sus aspectos, y un conocimiento —indispensable para esa comprensión— del proceso histórico que generó tales circunstancias. Es decir que lo que caracteriza a un revolucionario es su grado de conciencia de la realidad y su voluntad de transformarla, y el mejor título que pueda exhibir un dirigente revolucionario debe ser la elevación de dicho grado de conciencia —en tanto condición necesaria al cumplimiento revolucionario de esa voluntad—, no estando tampoco excluidos de esto —especialmente en países semicoloniales como el nuestro— los artistas revolucionarios. La condición de dirigente de la clase

obrero exige, entonces, la superación en el plano individual de las limitaciones ideológicas que pesan sobre la clase en su conjunto, y, por lo tanto, una comprensión clara de la importancia social del arte y de la necesidad de reincorporarlo a la vida de las masas como requisito indispensable para su elevación espiritual y real humanización.

La incompreensión del papel del arte en el proceso revolucionario constituye, así, una limitación inconcebible en una dirección verdaderamente revolucionaria y en todo artista revolucionario que pretenda serlo, pues no debemos olvidar que es misión de dicha dirección ver con mayor claridad y profundidad que las masas en todos los aspectos de la realidad, orientándolas mediante la elevación de su nivel ideológico y emotivo, siendo en esto último indispensable la participación del artista, que está, por lo tanto, obligado a participar.

¿Cómo es posible dicha incompreensión en dirigentes y artistas sinceramente interesados en el desarrollo y culminación del proceso revolucionario?

Al contestar esta pregunta entramos en el análisis de lo que hemos señalado como causa de las causas de tal incompreensión, o sea: el imperio, en la sociedad capitalista, de un concepto especialístico extremo de la actividad social. Y esta segunda causa constituye, a su vez, la base primordial de sustentación de una tercera, también anteriormente mencionada: la persistencia de valores y modos de acción burgueses en los sectores políticos y artísticos con vocación revolucionaria.

La complejidad y riqueza de la realidad, las múltiples e igualmente importantes facetas que ella presenta, exigen de todo auténtico dirigente revolucionario, como de todo artista revolucionario, el máximo posi-

ble de *universalidad*, entendida como aproximación al ideal marxista del *hombre total*. Esta exigencia se plantea al dirigente como forma única de aprovechar al máximo todas las potencialidades y energías revolucionarias latentes en la sociedad, y al artista revolucionario como la única vía conducente a esa aprehensión de la *realidad total* que define a todo gran arte. Y esta exigencia se encuentra a su vez en abierta contradicción con el concepto de *especialización* tal como se lo concibe en la sociedad burguesa, y que, paradójicamente, es la forma en que también lo conciben la mayor parte de los dirigentes políticos y de los artistas vinculados a la revolución.

En el caso de los dirigentes esa forma se traduce en un enfoque parcial del proceso revolucionario, viendo de él, en los hechos, solamente los problemas económicos y los problemas políticos en función de lo económico, que si bien configuran su base fundamental no lo agotan ni mucho menos.

Ese concepto de exclusivo especialista político-económico, inherente a la mayor parte de los dirigentes políticos, los lleva a enfocar dicho proceso con el criterio burgués consistente en la confusión entre el fin y los medios, en la pérdida de aquél y su reemplazo por éstos.

No es indispensable destacar el tremendo peligro que tal cosa implica para la culminación exitosa del proceso revolucionario. Se transforma de ese modo la solución de los problemas económicos de la sociedad en un *fin en sí mismo*.

El fin último de la revolución es la *libertad total* del ser humano. Y a esta libertad total sólo se llega mediante la elevación espiritual (por la cultura y el arte) de los hombres, siendo su liberación económica y política el primer paso indispensable, pero

nada más que el primer paso, ya que la desalienación del ser humano, si bien la presupone, no termina con ella. Estando a su vez la integralidad de esa liberación económica y política en una relación dialéctica con los avances en el plano de la cultura colectiva en todo el proceso de la revolución, desde su misma iniciación, incluido el período previo a la toma del poder.

Todo momento histórico halla su expresión final, con la cual se proyecta a los momentos históricos futuros, en los bienes culturales y artísticos que genera, los cuales, a su vez, constituyen un paso más en la ruta del hombre hacia la conquista de su total libertad, mediante el conocimiento cada vez más profundo de la realidad objetiva y de su propia subjetividad, cumpliendo así con su destino de ser racional. De ahí que toda concepción unilateral del proceso revolucionario, todo enfoque exclusivamente basado en lo económico y en lo político en función de lo económico, con prescindencia total de todos los otros elementos superestructurales cuya gravitación es innecesario destacar, configura una reducción del hombre a sus necesidades elementales, y, así, una visión deshumanizada del mismo, profundamente parcial y burguesa, es decir, completamente antimarxista y antirrevolucionaria, pues es precisamente la totalidad de esos factores superestructurales, entre los cuales se cuenta el arte, la que, reactuando sobre la sociedad que los genera, promueve e impulsa el devenir histórico de la humanidad, *humanizando* al hombre.

Ya hemos dicho que la finalidad última de la revolución es la *libertad total* del ser humano, entendida como su posibilidad de realización objetiva y subjetiva, es decir, de desarrollar al máximo todas sus potencialidades. Tal cosa la efectúa el hombre a

través de su actividad. La actividad humana se ha desarrollado históricamente por la división del trabajo. La historia de la actividad humana es la historia de la división del trabajo. La *especialización*, consecuencia de la división del trabajo, ha configurado, entonces, la base del progreso histórico.

Pero la especialización tal como ha llegado a plantearse en nuestra época es también el freno más importante al logro del desenvolvimiento pleno de la personalidad humana; al logro de la libertad del hombre, y, por lo tanto, al cumplimiento pleno de los fines de la revolución, siendo así uno de los principales obstáculos que entorpecen su desarrollo. Esta especialización parcializa y deshumaniza al hombre restándole universalidad, velándole sus objetivos reales, haciendo que tome por tales a los simples medios y esclavizándolo a esos medios. Tal cosa se debe a que la especialización en el capitalismo es la especialización *circunscripta, enajenada*. Es la expresión enajenada de la actividad humana. Esta especialización *estrecha, cerrada*, que domina al hombre, constituye un *fin en sí misma* y no el medio para su universalización, para su humanización. El hombre debe liberarse de ella *universalizándose, humanizándose*. La actividad humana debe dejar de ser *parcial, enajenada*, y hacerse *total, universal, libre*.

Pero esto, que constituye una aspiración para toda la humanidad, constituye para el dirigente revolucionario una exigencia. *Pues la verdadera actividad revolucionaria es la única actividad en la sociedad actual que no puede ni debe estar enajenada*. Es la única actividad que no puede ni debe perder de vista sus fines últimos, que no puede ni debe confundir a éstos con los medios, ya que tal cosa implica su propia negación, implica el negarse a sí misma como actividad revo-

lucionaria, liberadora —en el sentido integral de esta palabra— del ser humano. El auténtico dirigente revolucionario, para merecer tal calificativo, debe, por lo tanto, esforzarse por superar en el plano individual y en el ejercicio de su actividad las condiciones alienantes que pesan sobre la sociedad en su conjunto, ya que sin esto el proceso revolucionario corre serios riesgos de desvirtuarse en lo esencial.

Sin embargo, la exigencia de universalidad no anula la división del trabajo y su consecuencia: la especialización. No la anula a condición de que esa especialización sea la especialización dentro de una actividad general desalienada: la actividad revolucionaria. En este caso la especialización —político-práctica, en economía, en historia, etc.— deja de ser antitética con la universalidad para transformarse *en el medio de llegar a ella*. Deja de ser actividad *parcial, circunscripta, cerrada*. La *profundización* real de su especialidad en el marco de la praxis revolucionaria, debe llevar al político revolucionario especializado en economía, organización, agitación, historia, etcétera, a descubrir la íntima conexión, en sus límites, de su especialidad con las otras, la interacción existente entre todas ellas y así, por su condición de revolucionario —que establece la necesidad de abarcar la realidad en su totalidad para comprenderla, explicarla y encauzar la lucha en consecuencia— se debe ver obligado a rebasar esos límites universalizándose, vinculándose en forma activa con la realidad total y sus leyes fundamentales como único medio de adquirir la visión sintética de ella que las necesidades de la lucha revolucionaria le exigen.

Eso no sucede con la especialización ejercida sin objetivos revolucionarios, la especialización tal como la sociedad burguesa

la determina. Ya que en ella no se plantea en ningún momento la necesidad de una visión sintética de la realidad total, por lo tanto no se plantea la necesidad de rebasar los límites de esa especialidad, pues los fines perseguidos se agotan en ella misma; no existe una finalidad trascendente a ella como lo es la finalidad revolucionaria: la liberación total del hombre en escala colectiva.

Quiere decir entonces que el revolucionario, a través del conocimiento profundo de su especialidad *en el marco de la actividad general revolucionaria*, se vincula con la totalidad, con la realidad total, se universaliza. Esto significa para él un método de conexión con la realidad total, por el cual aborda y estudia únicamente aquellos problemas que el ejercicio total, práctico y teórico, de su especialidad, *ejercida en función de finalidades revolucionarias*, le plantea. Y así, mediante el ejercicio *a fondo* de su especialidad en función de esas finalidades, se vincula con problemas y aspectos de la realidad que al especialista burgués le resultan ajenos, se vincula con la totalidad *de manera productiva*; se universaliza *realmente*, cumpliendo de ese modo con la necesidad que la revolución impone.

El conocimiento “universal” sin finalidad concreta, que no responda a una exigencia real surgida del trabajo mismo, del libre ejercicio de su actividad por parte del hombre, la mera erudición, el diletantismo, constituyen otra forma de la alienación y no conducen a nada. Este es el único tipo de “universalidad” concebible por el especialista burgués al carecer de fines que trasciendan su propia especialidad. Para el revolucionario, en cambio, es la praxis revolucionaria concreta, real, la que debe llevarlo a la universalidad, a la totalidad humana, a su plena realización, al conocimiento y contac-

to humano universal, a la verdadera universalidad.

Tenemos entonces que el revolucionario parte de la especialización, pero, *por la profundización de ella en función de fines revolucionarios*, se ve obligado a abrirla, a *des-circunscribirla*, conectándose así con los otros campos especialísticos (en lo que necesita de ellos para esa profundización con fines revolucionarios de su actividad) conectándose de ese modo con la totalidad, con la realidad total en sus leyes y factas fundamentales, y llenando así una exigencia insoslayable de la revolución. Cuanto más profundo sea el ejercicio de su actividad con fines revolucionarios, más universal será. Cuanto mayor sea la cantidad y calidad de las necesidades que dicha especialidad ejercida con fines revolucionarios le cree, más universal será su actividad. Más rico humanamente será él mismo, menos circunscripto, menos enajenado, y, por lo tanto, más revolucionario y más eficaz en la dirección del proceso histórico por el mayor y mejor conocimiento que de él habrá de tener. Ningún revolucionario lo será suficientemente mientras el ejercicio de su especialidad no le haya planteado la necesidad de abarcar los campos fundamentales de la actividad humana, teniendo de ellos una comprensión general en sus aspectos esenciales.

De este modo la universalidad se presenta como condición indispensable de un auténtico dirigente revolucionario. Su comprensión del papel que cabe a todas las actividades sociales, entre ellas el arte, debe constituir para él una exigencia insoslayable. La visión parcializada del proceso revolucionario, desde un ángulo especialístico burgués, no sólo resta armas importantes a la lucha obrera, sino que conduce en todos los ámbi-

tos no dominados por el dirigente a la aplicación de un empirismo estrecho, típicamente burgués, de funestas consecuencias para el correcto desarrollo de la revolución. Siendo precisamente este empirismo el que se encuentra en la base de la mayor parte de las desviaciones oportunistas.

IV

También los artistas de izquierda adolecen generalmente de una falta de comprensión del papel del arte en el proceso revolucionario. Incomprensión que se manifiesta, entre otras cosas, en una falsa escisión entre lo artístico y lo político. En un interés exclusivo por lo "específicamente artístico" y una adhesión puramente sentimental y verbal a la revolución.

Naturalmente, esto también es una consecuencia del predominio de la concepción especialística burguesa que hemos analizado, siendo igualmente aplicable, en lo fundamental, a los artistas, lo dicho respecto a los dirigentes.

La incomprensión, en este caso, se traduce en un desinterés total por los problemas de toda índole —teóricos y prácticos— que plantea la lucha revolucionaria y en un desinterés aún mayor por incorporar activamente su arte a esa lucha. Y esto a pesar de las permanentes autodefiniciones como revolucionarios, sinceras en muchos casos.

Prevalece en ellos la creencia de que el arte y la política son dos cosas completamente ajenas la una a la otra, o al menos no creen —o actúan como si no creyeran, que es lo mismo— que el arte tenga un papel importante que cumplir en la lucha revolucionaria.

El concebirse el artista a sí mismo únicamente como un técnico especializado en determinada rama del arte, sustraído a un

interés *activo* por las otras manifestaciones de la vida social, constituye —en tanto visión parcializada de la realidad y mutilación de su propia personalidad integral— uno de los ejemplos más evidentes de la alienación del artista en la sociedad capitalista. Y en el caso específico de un artista con pretensiones revolucionarias, configura uno de los mayores impedimentos a la concreción de un arte verdaderamente revolucionario.

El arte, por ser una de las formas más completas de captación de la realidad en su totalidad, requiere del artista el máximo de universalidad y de interés por todos aquellos aspectos fundamentales de la realidad aparentemente desvinculados de lo que entiende, por lo general, como específicamente artístico. Universalidad, para concebir al hombre en su verdadera dimensión humana, es decir social, dando importancia a los sentimientos y manifestaciones del individuo aislado (tan caros a los artistas modernos, de izquierda y derecha, impregnados de individualismo burgués), solamente en la medida que constituyan una expresión individualizada de los sentimientos y manifestaciones colectivos más importantes, es decir, en la medida que constituyan factores de real gravitación social⁶. Lo cual exige, inevita-

⁶ Creemos indispensable, para evitar cualquier equívoco, el dedicar aquí algunas líneas al problema del individuo en la sociedad burguesa y en el socialismo.

A pesar de la cháchara burguesa sobre la libertad del individuo, sobre el individuo como fin supremo, etc., lo que está enajenado en la sociedad capitalista es, precisamente, el individuo.

La verdadera finalidad del socialismo consiste en el logro, a través de una organización comunitaria de la sociedad, de la plena libertad individual. Sin otras dependencias que las que la vida en una sociedad desalienada espontáneamente establece, y que, dado el imperio de los valores comunitarios, esas dependencias no serán tales, por derivar de una coin-

blemente, un interés de fondo por todos aquellos aspectos (económicos, sociológicos, políticos, filosóficos, etc.) que condicionan esos sentimientos y manifestaciones colectivas. Interés cuya satisfacción posibilita la captación integral de la realidad —prerrequisito básico de todo gran arte— impulsando al artista a sobrepasar las meras especulaciones y análisis sobre la forma (considerados, por lo general, como lo específicamente artístico), dando primacía al contenido y, así, enriqueciendo y perfeccionando las

ciencia entre las necesidades reales, humanas, del individuo con su libertad, con el libre ejercicio de su voluntad. Así, esas dependencias habrán de constituir —como lo señala Plejanov— la forma más plena de realización de la libertad individual. En el socialismo, "los individuos, asociándose, consiguen al mismo tiempo su libertad" (Marx-Engels - "Ideología Alemana").

La aparición del grupo familiar y todas las otras formas posteriores de organización social primitiva, constituyeron una superación del aislamiento individual, sin conciencia de sí, imperante en los orígenes animales de la especie humana. A su vez, el desarrollo histórico que sigue constituye una superación constante del gregarismo primario, característico de aquellas primitivas formas de organización social. Superación que culmina en la época burguesa, a partir del Renacimiento, con la liberación definitiva de la conciencia individual en el marco de una sociedad ya constituida, como negación del mero gregarismo indiferenciado, pero también como negación de toda forma comunitaria de existencia. El socialismo viene así a constituir la negación de esta última negación, y, por lo tanto, la síntesis dialéctica de todo el proceso histórico anterior, conservando las conquistas fundamentales de éste. Es decir que implica la superación de la antítesis individuo-sociedad, posibilitando, por vez primera, sobre la base de aquella liberación de la conciencia individual —saldo positivo del individualismo burgués— y del desarrollo alcanzado por las formas históricas de convivencia social, el pleno desenvolvimiento de las potencialidades del individuo, en el marco condicionante del pleno desenvolvimiento de las potencialidades de la comunidad como tal. Siendo cada uno de estos desenvolvimientos condición y consecuencia al mismo tiempo del otro.

formas artísticas, por las exigencias que impone la expresión total de la realidad y no mediante el ejercicio exclusivo de un virtuosismo formal.

En los períodos de estabilidad histórica, con valores permanentes y con un arte incorporado de manera efectiva a la vida social, la universalidad del artista y su interés por los aspectos fundamentales de la realidad aparentemente desvinculados de lo que se entiende por específicamente artístico, se establece de manera espontánea, determinada por el papel social asignado al arte, *por su carácter público*, que al dirigirse a la comunidad, solamente puede comunicarse con ella en el plano de los sentimientos y aspiraciones colectivas, exigiendo del artista una justa captación de dichos sentimientos y aspiraciones que, a su vez, se efectúa naturalmente, merced a la total identificación emotiva e ideológica del artista con el público, constituido, en estos casos, por la sociedad íntegra.

Distinta es la situación en una época como la nuestra, en que a la crisis total de valores se suma un acentuado divorcio entre la sociedad y el arte, la pérdida de toda función social de éste, y el imperio de un concepto especialístico exacerbado de toda actividad social, producto, como hemos visto, del extremo desarrollo impreso a la división del trabajo por la evolución del capitalismo. En este caso, la universalidad e interés por los aspectos fundamentales de la realidad — condición indispensable de todo gran creador y de todo revolucionario auténtico— no logran establecerse de manera natural y espontánea, sino que requieren del artista un elevado grado de conciencia y comprensión racional del proceso histórico vivido, para cuyo logro se le hace indispensable romper con el esquema especialístico de su activi-

dad, proyectándose activamente a otras esferas de acción humana y social, a los efectos de gestar un verdadero arte revolucionario, que, en una realidad revolucionaria como la de América Latina, es, por otra parte, la única forma de concretar un *gran arte*.

Resulta, por lo tanto, indispensable, en la época actual y en la gestación de un arte realmente revolucionario, la confluencia en el artista de dos factores igualmente fundamentales: *sentimiento* revolucionario y *conciencia* revolucionaria. La carencia de uno de estos dos factores se traduce en la inevitable frustración artística y revolucionaria de la obra. La unidad revolucionaria de ésta, en cambio, se ve garantizada por la unidad en el artista de ambos factores. Sin esa unidad la obra naufraga en una insoluble contradicción derivada de la existente entre el *querer ser* (consciente o inconsciente) del artista y su *ser* real.

La carencia de cualquiera de esos dos factores lleva a resultados artísticos similares, encuadrados, en algunos casos, en la variada gama del arte "revolucionario" pequeñoburgués, que va desde el anecdotismo panfletario y vacío hasta las lamentaciones torturadas y sensibleras, y en otros casos conduce —por vía de la rebeldía bohemia individualista— a cualquiera de las distintas tendencias parcializadoras de la realidad, que caracterizan al arte burgués contemporáneo (desde un expresionismo exacerbado y ultrarromántico hasta el puro formalismo "abstracto").

Al no existir una clara conciencia revolucionaria, el lugar de ésta es ocupado por elementos de la conciencia burguesa predominante, contradictorios con todo genuino sentimiento revolucionario. Esta contradicción promueve en el artista una falsa —por

parcial— visión de la realidad, trasuntada en la carencia de objetividad, tomando este término en su más amplio y rico sentido. Así desemboca inexorablemente en un arte que expresa aspectos parciales de la realidad, estáticamente representados, y, por lo tanto, separados de ella como totalidad dinámica. Y así también el artista se frustra como tal y como revolucionario, ya que, en el campo específicamente artístico, la parcialización de la realidad impide la gestación de un arte de gran estilo, y desde el punto de vista revolucionario social, dicha parcialización conduce a erigir como motivo único de tratamiento artístico ciertos aspectos inmediatos, visibles, de la realidad (V. gr. la miseria, la opresión, etc.), sobre cuya negatividad ciertamente se apoya el impulso revolucionario, pero que vistos en forma aislada y estática, desvinculados de dicho impulso, sólo pueden ser vehículos de contenidos emotivos deprimentes⁷. Por encima de la

⁷ Respecto a las motivaciones de clase que subyacen en la base de esa actitud, consideramos conveniente transcribir algunos párrafos de un artículo nuestro aparecido en el periódico "Compañero", N° 34, con el título de ARTE DE MISERIA - Miseria del Arte "Social".

"El que los artistas pequeñoburgueses «de izquierda» se orienten preferentemente hacia los temas de la miseria, soslayando los temas positivos de lucha, halla su explicación en la misma estructura psíquica de la pequeñoburguesía, impregnada, por un lado, de sentimentalismo caritativo, y por el otro, de un profundo e inconfesado temor a la revolución proletaria, como consecuencia directa de su misma inestabilidad social, sus aspiraciones burguesas y su extrañamiento de la clase obrera.

"Por encima de sus inquietudes político-sociales, prevalecen en el artista pequeñoburgués sus aspiraciones burguesas, entendidas como afán de ascender socialmente y adquirir prestigio artístico en el marco de la estructura social imperante. De ahí que el artista pequeñoburgués no se dirija al pueblo —que por ser quien realmente vive y conoce la miseria, poco le interesa que se la muestren idealmente representada—

extracción social, lo que distingue al verdadero artista e intelectual revolucionario del artista e intelectual burgués o pequeñoburgués, es su grado de objetividad, que en este caso significa captación de la realidad en sus contenidos esenciales, en su devenir real, promovido por la acción de los factores más dinámicos actuantes en ella, y que, por lo tanto, significa captación de la realidad en

sino que se dirige a la burguesía. Y de ahí deriva también su predilección por los temas vinculados a la miseria popular, que, al mismo tiempo que tranquilizan su conciencia «revolucionaria» —al asumir la apariencia de un interés profundo por los sufrimientos del pueblo y las cuestiones sociales—, le permiten satisfacer ciertos gustos artísticos de la burguesía en los períodos de convulsión social.

"En efecto, en esos períodos la burguesía encuentra singular preferencia por este tipo de arte «social», debiéndose ello a dos razones principales. La primera es que la imagen *estática* de la miseria popular concuerda con la visión tranquilizante que la burguesía desea tener del proletariado. Estando convulsionada la clase obrera, cualquier imagen suya en actitud combativa se hace intolerable para la burguesía. Por eso es que prefiere las imágenes artísticas en las que el proletariado aparece inmerso en la pasividad y desmoralización de la miseria endémica. La segunda razón es que a la burguesía, responsable de la miseria popular, ésta se le aparece bajo una faz pintoresca: siendo, por otro lado, de la única forma tolerable en que puede presentársele debido a su propia responsabilidad en su existencia. Es decir que el pintoresquismo justifica en parte —para la burguesía— la existencia de la miseria.

"Son precisamente estas razones las que explican, a su vez, la nada casual predilección de nuestros artistas «de izquierda» por los temas vinculados con el indio y con el «lumpen proletariado», ya que, en el primer caso, la existencia miserable del indio constituye la imagen del atraso histórico y de la pasividad de una raza vencida, al mismo tiempo que el elemento exótico y pintoresco por excelencia; y en el segundo caso, la cenagosa vida de los bajos fondos configura el último peldaño de la desmoralización y la más excitante forma del pintoresquismo. Atraso histórico, pasividad, desmoralización, embrutecimiento y pintoresquismo, elementos todos que de un modo u otro tranquilizan y satisfacen a las clases dominantes."

su totalidad. Siendo, precisamente, inalcanzable este elevado grado de objetividad, sin la existencia en el artista de la mayor conciencia revolucionaria posible. Sin una formación ideológica revolucionaria exhaustiva no hay arte revolucionario posible. "Los poetas revolucionarios de nuestro tiempo necesitan una reciedumbre moral inconcebible sin la reciedumbre intelectual, y una visión estable del mundo, elástica y activa, impregnada de sentimiento artístico" (Trotsky: "Literatura y Revolución").

Por otro lado, la carencia de un verdadero sentimiento revolucionario en el artista conduce también a similares consecuencias. Al no existir ese sentimiento, su lugar es ocupado por un racionalismo frío y desvitalizado, o directamente por el sentimentalismo pequeñoburgués, individualista y caritativo, que el orden capitalista fomenta. En ambos casos el resultado, para el arte revolucionario, es negativo.

El acercamiento lógico a la revolución, pero no psicológico, como decía Trotsky, no basta para concretar un arte revolucionario. No basta tomar por tema a la revolución si la obra no se encuentra impregnada de verdadero sentimiento revolucionario. "Hay hombres que, pensando como revolucionarios, sienten como pequeñoburgueses" y esos hombres jamás podrán concretar un arte revolucionario, porque el arte, más que cualquier otra actividad, fundamenta su comunicatividad y su fuerza y profundidad expresiva —que constituyen su misma esencia— en la emotividad del ser humano. No se trata de hacer arte "acerca de la revolución", sino de hacerlo "en pro de la revolución", y para ello es indispensable sentir a la revolución como una necesidad total, sentirla con la totalidad de nuestro ser, con la razón y el sentimiento, con la mente y el corazón,

con toda la fuerza de una pasión desbordante que exige ser satisfecha.

La condición esencial de un arte revolucionario es, entonces, que el artista que lo hace sea *plenamente* un revolucionario, es decir, que esté emotiva y racionalmente identificado con la revolución, sintiéndola como una necesidad ineludible y cifrando sólo en ella todas sus posibilidades de realización como individuo y como artista. Para esto, debe haber superado mental y vivencialmente las limitaciones impuestas por la sociedad actual. Debe ser un *rebelde con conciencia*. El artista que pretenda hacer arte revolucionario sin ser él mismo un revolucionario *integral*, jamás lo logrará, cayendo, en cambio, inevitablemente, en el más vacío anecdotismo. No hará arte revolucionario ya que ni siquiera hará arte al asumir una actitud falsa, no sentida realmente, contradictoria con sus verdaderos sentimientos y hábitos, pese a su adhesión mental a ella. Se frustrará como artista sin aportar como revolucionario absolutamente nada.

Es necesario destacar que la revolución plantea al artista mayores exigencias que a ningún otro. El revolucionarismo del artista revolucionario debe abarcar la integralidad de su ser total. Debe regir todas y cada una de sus manifestaciones vitales: su inconsciente y su conciencia, sus emociones y sentimientos y su pensamiento, su conducta pública y privada, etc. Debe constituir una cualidad inseparable de su personalidad íntegra. Este revolucionarismo integral constituye la única garantía del revolucionarismo de su obra, pues la obra de arte no es otra cosa que la expresión desnuda e inocultable de la personalidad total del artista.

La obra de arte delata al artista. Su perfeccionamiento expresivo y formal en un sentido revolucionario sólo puede resultar

del perfeccionamiento en ese sentido de la íntegra personalidad del artista. Si en el campo específicamente ideológico y político pueden, en determinadas circunstancias, coexistir en un mismo individuo el pensamiento revolucionario con una emotividad pequeñoburguesa, tal cosa, en ninguna circunstancia es posible en el verdadero artista revolucionario. Porque si en el ideólogo y el político, el predominio de la razón en el ejercicio de su actividad específica posibilita un control y un ocultamiento de sus reales tendencias emotivas y gustos privados, evitando que afloren públicamente, tal cosa es completamente imposible para el artista, dado el carácter predominantemente emotivo de la comunicatividad estética y su impotencia para controlar la manifestación en la obra de sus reales tendencias inconscientes.

El ideólogo y el político pueden comprender mentalmente, intelectualmente, sus limitaciones pequeñoburguesas y manifestarse públicamente como si ellas no existiesen, a pesar de no haberlas superado integral, orgánica y vivencialmente como individuos. Su conducta pública y su acción ideológica y política podrán ser así, durante prolongados períodos —*siempre que no se planteen coyunturas excepcionalmente críticas, en las que su participación personal tenga peso decisivo*—, revolucionaria y positiva, pese a la coexistencia con su pensamiento revolucionario de tendencias subjetivas pequeñoburguesas.

El artista, en cambio, tiene en su propia obra y siempre, el testimonio irrecusable y público de su plena subjetividad. Le resulta imposible, así, ejercer un control sobre aquellas tendencias negativas desde un punto de vista revolucionario que pudieran existir en su subjetividad. Y si por un conocimiento racional de la existencia de tales tendencias,

quisiera ocultarlas en su obra, tal cosa, de ser posible, falsearía su arte restándole eficacia emocional-comunicativa, tanto en el plano estético como en el revolucionario.

En cuanto a la otra característica generalizada entre los artistas de izquierda, consistente en la falta de interés por incorporar activamente su arte a la lucha revolucionaria, señalemos tan solo que el objetivo de un artista revolucionario no es reflejar pasivamente la realidad sino transformarla. De ahí que su obra deberá reflejar a la realidad total sintetizando los elementos de ella que más impulsan el devenir histórico, pero de ahí también que para el artista revolucionario, tan importante como crear la obra sea el ponerla en contacto real con el pueblo, ya que sólo así podrá ésta contribuir verdaderamente a la transformación de la realidad. Pues si un verdadero revolucionario es aquél cuyo interés individual coincide con los intereses históricos colectivos, que sólo puede realizarse como individuo en la lucha por la realización revolucionaria de la comunidad y a través de ella, un artista revolucionario ha de ser aquél cuya obra, en su contenido, coincida con las auténticas aspiraciones revolucionarias colectivas estimulándolas, y sólo podrá realizarse plenamente como artista realizándose como revolucionario; haciendo efectivo ese estímulo, es decir, integrando eficazmente su arte a la lucha revolucionaria; poniéndolo en contacto real con su destinatario: las masas.

V

Existe finalmente un problema que necesariamente habrá de plantearse una vez resueltos los anteriores relativos a la incorporación del arte a la lucha. Ese problema es el del tipo de relación que deberá existir

entre la dirección política de la vanguardia obrera y los artistas revolucionarios.

Es evidente que un arte revolucionario sólo puede concebirse como arte militante. En tal sentido implica una permanente adecuación del artista a los más urgentes imperativos del momento.

Ahora bien, esta adecuación del artista a los más urgentes imperativos del momento no debe resultar de su supeditación en las preferencias temáticas y anecdóticas a directivas político-propagandísticas impuestas coercitivamente, sino de una total identificación *volitiva*, es decir, libremente adoptada, con la realidad presente. O sea que no implica una anulación, provocada desde fuera, de su capacidad crítica, que por su condición de revolucionario tiene el derecho y el deber de seguir ejerciendo, sino, simplemente, que esa crítica, libremente practicada, necesariamente poseerá un sentido distinto según se dirija a destruir el orden capitalista, a denunciar supervivencias de ese orden en la nueva sociedad socialista en gestación, o a combatir las nuevas trabas que surjan impidiendo el normal desarrollo del proceso hacia el comunismo.

Sólo en el marco de esta total libertad individual, en el marco de la más completa identidad entre la libertad del artista y su necesidad —que, tal como señala Plejanov, es la más completa manifestación de la libertad— el artista de genio podrá desplegar todas sus potencialidades, ya que si se intenta imponerle directivas temáticas y anecdóticas no coincidentes o contradictorias con su conciencia de los hechos, se provocará,

en sus obras, un rompimiento de la unidad anécdota-contenido, al no coincidir la intención aparente (anécdota impuesta) con la intención real del artista (contenidos emotivos e ideológicos transmitidos por la obra). Y por esa vía, es decir, en tren de encadenar el arte a intereses facciosos o, en el mejor de los casos, a interpretaciones sectarias de las urgencias revolucionarias, se acudirá, inevitablemente, al expediente de acallar la voz del artista limitando su manera personal de expresarse; haciéndolo objeto de imposiciones formales y estilísticas; obligándolo a utilizar un lenguaje estereotipado, con formas standardizadas y vacías. Tal cosa, como es obvio, necesariamente habrá de llevar a la muerte del arte por asfixia.

El ejemplo más elocuente y trágico de lo afirmado lo tenemos en los desastrosos resultados que aportó la experiencia stalinista del “realismo socialista” en la Unión Soviética. Experiencia cuyo profundo contenido reaccionario se hace tanto más evidente al compararla con el pensamiento auténticamente revolucionario sobre el tema, de uno de los dos grandes realizadores de la revolución de Octubre: León Trotsky, quien, en carta a los redactores de la “Partisan Review”, decía lo siguiente: “Pero un verdadero partido revolucionario no puede ni quiere tomar para sí la tarea de “dirigir” y aún menos de mandar en arte, ni antes ni después de la conquista del poder”. “El arte, como la ciencia, no solamente no pide órdenes, sino que por su esencia íntima no puede tolerarlas. La creación artística tiene sus leyes, inclusive cuando conscientemente sirve a un movimiento social”.

Ruben Bortnik

Esquema para la Revisión Socialista de la Historia Argentina

Una de las tareas primordiales tendientes a elaborar la ideología, y a establecer la estrategia y la táctica de la lucha revolucionaria, es la de rastrear en las profundidades del pasado del país en que se actúa, con ánimo de revaloración y delimitar con claridad los factores determinantes que permitan explicar el presente a la luz de tal experiencia. En nuestro caso concreto, vale decir el de un estado de estructura económica semicolonial pero a la vez con un grado considerable de desarrollo, corresponderá examinar la medida de la penetración extranjera que lo ha deformado económica, histórica, cultural y políticamente, y a partir de ahí y considerando la segunda particularidad, crear los presupuestos básicos que permitan encarar el análisis de las grandes transformaciones de nuestro tiempo.

Constituye Argentina una dilatada reserva colonial del capitalismo europeo y norteamericano, con la tremenda distorsión que esto significó y significa en todos los órdenes. Aun con el desarrollo industrial que ostenta en nuestros días no puede ser considerada al margen de Latinoamérica y desde este punto de vista deberá partir tal análisis. Porque la Revolución Industrial del siglo XVIII planteó una radical división del trabajo: Europa enviaría productos manufacturados a los países periféricos, convirtiendo

a su vez a éstos en la prolongación agrícola-ganadera de las metrópolis imperiales. Concretamente en nuestro caso, debíamos suministrar a Inglaterra provisión abundante y barata de productos alimenticios destinados a su proletariado industrial. El Imperio nos enviaba, amparado por el librecomercio, productos manufacturados que competían con las industrias artesanales de nuestro interior mediterráneo. Así, a la vez que impedía nuestro incipiente desarrollo industrial, el imperialismo cruzaba nuestras fronteras implantando moldes capitalistas en la economía agraria, mientras su diplomacia y aun sus escuadras se consagraban a la tarea de mantener, acentuar o producir, según los casos, la segregación de los estados latinoamericanos.

La labor del revisionismo vincula, pues, la historia con la política: los partidos políticos del presente no son sino la prolongación, deformada o no, de las grandes corrientes e intereses del pasado. A los intereses tradicionalmente dominantes corresponde la historia liberal, adecuada a sus términos económicos y glorificadora para sus personeros políticos, desde Mitre hasta hoy, desde la derecha hasta la “izquierda” clásica. La tarea de revisionismo iniciada mucho más adelante ha aportado mayores elementos de juicio —y más verídicos en

algunos casos— para la labor que nos imponemos, mas la carencia de un método adecuado de investigación y el parentesco ideológico y a veces práctico con aquellos intereses, ha establecido sus propias limitaciones. Así, por ejemplo, los revisionistas rosistas atacarán a Rivadavia por su progresismo o extranjerismo formal, concretamente por su aspecto masón o laico; los liberales mitristas lo defenderán, a su vez, por la misma razón. Pero unos y otros se cuidarán muy bien de decir que fue una ley rivadaviana —la de enfiteusis de 1821— complementaria de otra de idéntica inspiración —la de vagancia de 1815—, lo que contribuiría en buena medida a consolidar la extensión territorial y el poder económico-político de los ganaderos bonaerenses, entre ellos Rosas.

El revisionismo socialista de la historia argentina es un hecho relativamente nuevo, encarado a distancia de las interpretaciones mitrista y rosista; mas limitado a su vez por las necesidades de la política práctica, no ha llegado sino —según su propia expresión— a volver del revés la historia oficial, preocupándole más que la verdad histórica, los hechos históricos en función del oportunismo político. Así y todo tal aporte —fundado en una particular interpretación de obras editas— es el primero y reviste un valor inestimable, susceptible de ser ampliado, discutido y, por supuesto, superado. Tal la labor que cabe a la nueva genera-

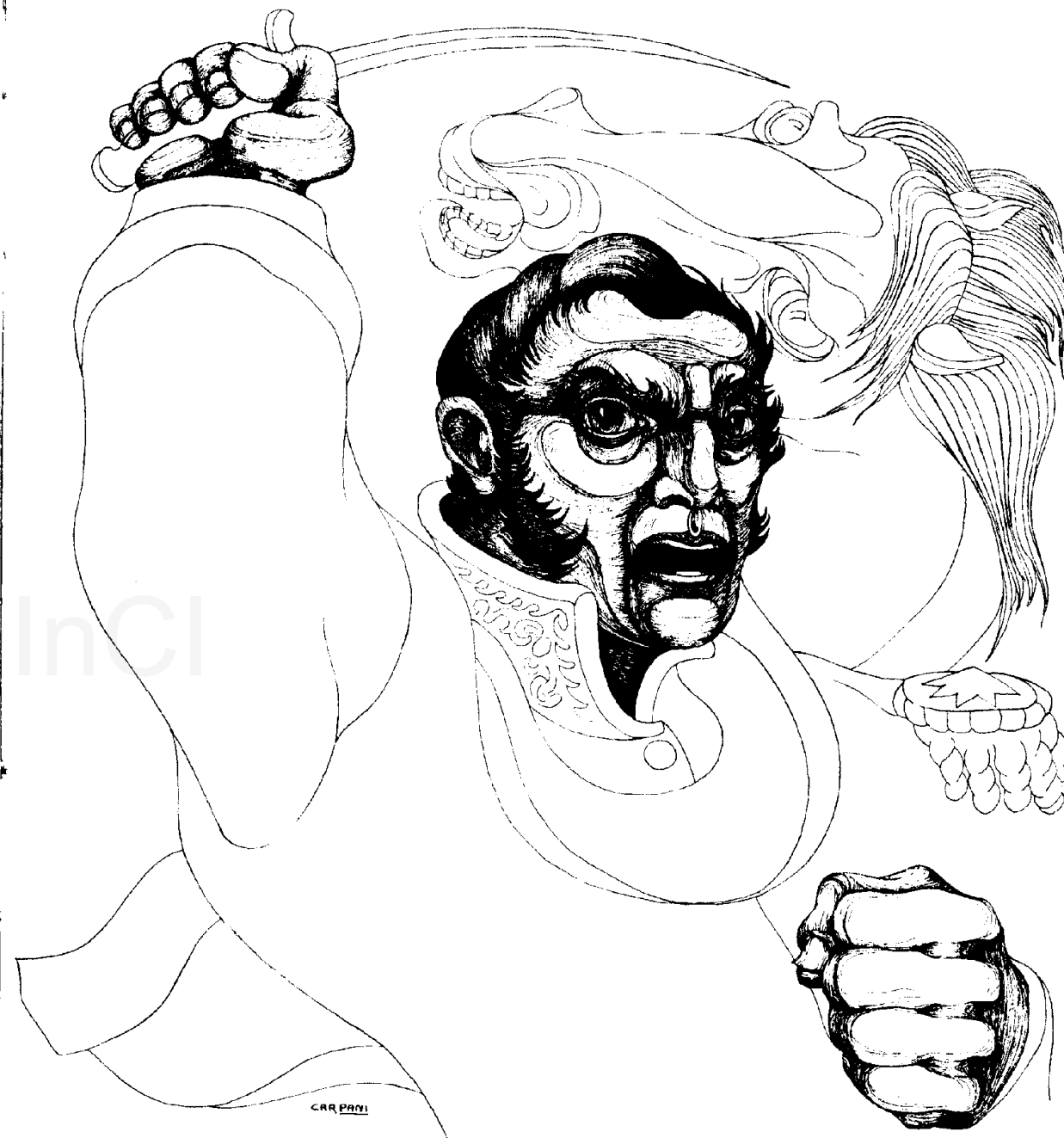
ción. Desde tal ángulo y con tal perspectiva, examinaremos todos y cada uno de los problemas de la revolución en Argentina, intentando una explicación de sus contradicciones en función de su destino, unido en forma indisoluble al destino común de América Latina.

1. FILIACION HISTORICA DE LA REVOLUCION EN ARGENTINA

El siglo XVIII presenció en Europa el fin del sistema feudal y el nacimiento del capitalismo. El hecho más representativo de esta transformación lo constituyó la Revolución Francesa de 1789, aunque la Inglesa de 1688 fue el brote inicial. En general, para hacer posibles tales cambios, la burguesía —la clase social en ascenso— debió aliarse con la monarquía absoluta para derrotar a los señores feudales y, concluida esta primera etapa, enfrentó también a los reyes y concluyó con el absolutismo.

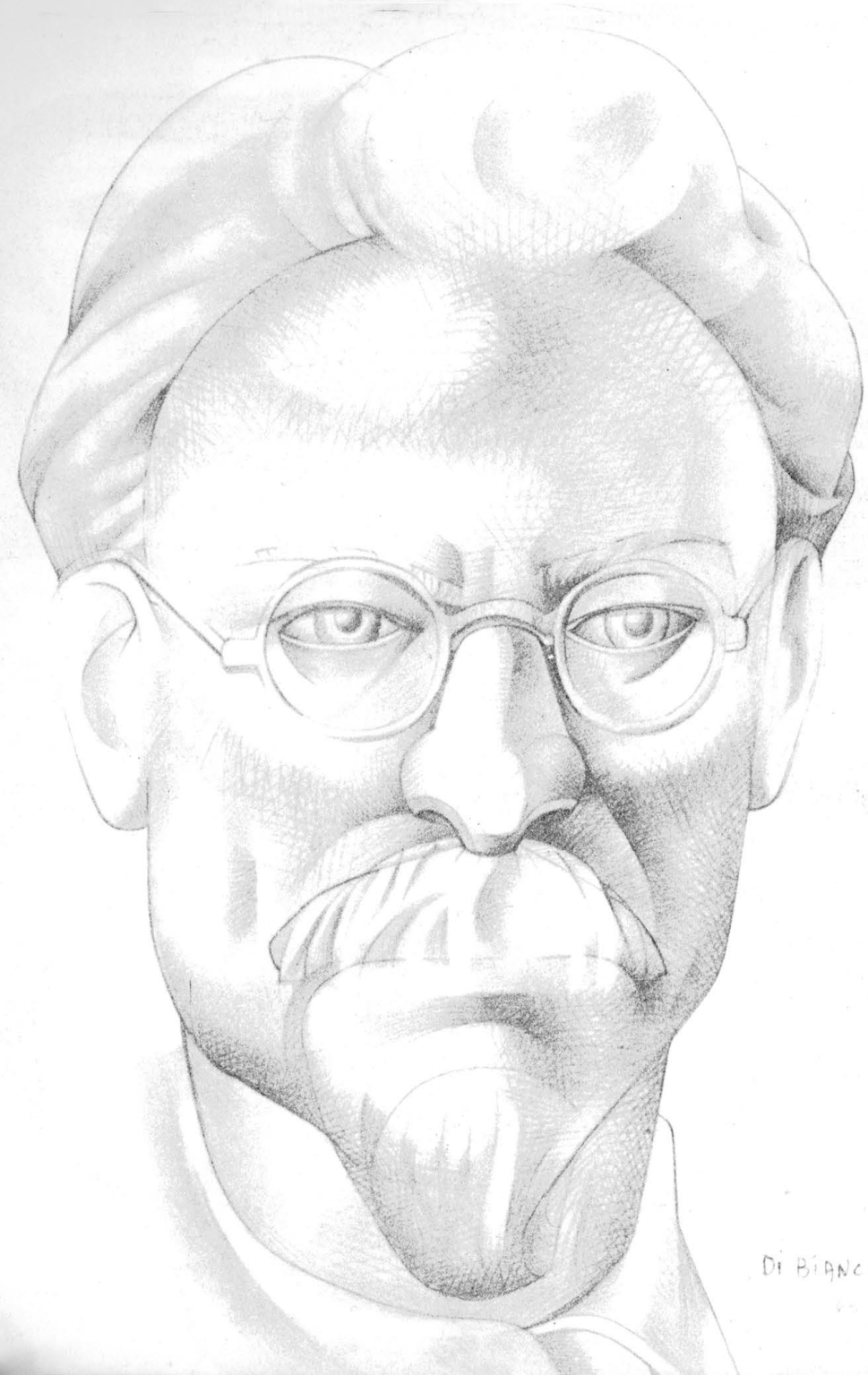
Mas los vientos que soplaban en Europa parecían no llegar a España, cuyo desarrollo había sido obra de moros y judíos, lo que determinó la debilidad de la burguesía en lo económico y sus consiguientes fracasos en lo político, v. gr. la derrota de la rebelión de los Comuneros de Castilla en 1521. La burguesía española fue impotente para impulsar en su país la expansión de las fuerzas productivas y constituirse en el elemento centralizador del Estado, tal como lo hicieron

SAN MARTIN: He echado a un lado toda consideración con los que no tienen ninguna con nuestra situación apurada; y mañana se intimará al comercio inglés, que el que no hubiera cubierto en los 14 días restantes de este mes la cantidad que le hubiere cabido, será embargado y rematado en sus efectos hasta cubrirla; y además cerrada su casa y expulsada del país. Estoy cierto que no darán lugar a ello y el dinero se juntará, aunque se lo lleve todo el demonio (1818).





CARPANI



las burguesías europeas en sus respectivas naciones. Allí el absolutismo monárquico pudo desarrollar una política independiente al lado de la Iglesia y la nobleza sin pactar con la burguesía, y aún —en tales condiciones— aplastar a los señores a raíz de sus disensiones. El factor coadyuvante al poder inmenso que caracterizó al trono español —a esta altura regido por los Austria— era la riqueza metalífera procedente de América, su fabuloso imperio de ultramar.

Cuando finalizaba el siglo XVIII, el absolutismo monárquico estaba representado por la casa de Borbón (Carlos III y Carlos IV), que no lograría modernizar a España al influjo de la evolución operada en la Francia revolucionaria, ya que su reinado estaría permanentemente comprometido con los intereses feudales más agudos de la época de la dinastía de los Austria, entre ellos la Iglesia, que controlaba la “cultura” y la tierra. Tales intereses eran poderoso obstáculo para el avance de las ideas liberales irradiadas por el pronunciamiento francés de 1789; mas la crisis en que por entonces se debatía España como consecuencia del retraso señalado, impuso la necesidad de una política burguesa consistente, entre otras cosas, en el desarrollo de la industria, la educación común y la investi-

gación científica. Los artífices de esta revolución serían, desde distintos ángulos, los hombres que rodearon a los Borbones: Floridablanca, Jovellanos, Campomanes, Aranda, Ulloa. Su política reflejaría la impotencia del Despotismo Ilustrado en su intento de aburguesar políticamente a España, sin contar con la transformación económica correspondiente.

Mientras el nuevo régimen adoptaba medidas revolucionarias concretas, como la expulsión de los jesuitas, los ingleses —señores de los mares— no habían olvidado a las colonias españolas de ultramar y alentaban la idea de sacar partido de la decadencia de España como potencia para hurtarle sus tierras. Con paciencia trabajaría la diplomacia inglesa determinando primero la penetración comercial, luego la infiltración ideológica y, finalmente, la escuadra. El intento militar de 1806-1807 fracasó y daría pie de paso a la formación de una milicia integrada por criollos y españoles, destinada a la resistencia, antecedente de importancia para la historia del ejército argentino.

El francés Liniers asumiría el mando después, rodeado del prestigio de haber dirigido la expulsión de los ingleses, prestigio que bien pronto se tornaría en reprobación. En efecto: seis días antes de asumir Liniers,

TROTSKY: Mientras destruye la democracia en las viejas metrópolis del capital, el imperialismo impide al mismo tiempo la ascensión de la democracia en los países atrasados. El hecho de que en la nueva época ni una sola de las colonias o semicolonias haya realizado una revolución democrática —sobre todo en el campo de las relaciones agrarias— se debe por completo al imperialismo, que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político. Explotando la riqueza natural de los países atrasados y restringiendo deliberadamente su desarrollo industrial independiente, los magnates monopolistas y sus gobiernos conceden simultáneamente su apoyo financiero, político y militar a los grupos semif feudales más reaccionarios y parásitos de explotadores nativos. La barbarie agraria artificialmente conservada es hoy día la plaga más siniestra de la economía mundial contemporánea. La lucha de los pueblos coloniales por su liberación, pasando por encima de las etapas intermedias, se transforma en la necesidad de la lucha contra el imperialismo y de ese modo se pone de acuerdo con la lucha del proletariado en las metrópolis. Los levantamientos y las guerras coloniales hacen oscilar, a su vez, las bases fundamentales del mundo capitalista más que nunca y hacen menos posible que nunca el milagro de su regeneración (1939).

había estallado en España una insurrección nacional democrática frente al invasor napoleónico, la que colocó al flamante virrey —hombre de Napoleón— en situación difícil agravada por el traslado al Brasil de la corte portuguesa, lo que revivía las viejas ambiciones lusitanas por las tierras circundantes al Río de la Plata. La precipitación de los hechos en la península mostraría el verdadero papel de Liniers, quien acorralado hizo la ceremonia de la jura de lealtad a Fernando VII, que no era entonces sino un rey sin reino, arrodillado ante Napoleón, justamente cuando el emperador era enfrentado por el pueblo español. En estas circunstancias y frente al bloqueo dispuesto por el corso a los puertos de Europa, Inglaterra vuelve a pensar en los mercados del Plata y a reactualizar, a través de la difusión de versiones, el interés montevideano por los artículos ingleses, ya conocidos durante la efímera ocupación de 1807. A este interés respondían momentáneamente los cabildantes y oidores cuyo jefe era Alzaga, es decir, el representante de los comerciantes españoles al que apoyaba desde Montevideo el virrey Elío. Napoleón —cuyo agente era el virrey Liniers— no ofrecía, en cambio, mayores posibilidades. De ahí que, momentáneamente, los intereses del comercio coincidieran con los de la insurrección española. Por eso los representantes de esta última en América, como Moreno, aparecieron junto a Alzaga en el movimiento del 1º de febrero de 1809: Alzaga contra Liniers por las posibilidades que le ofrecían los ingleses; Moreno contra Liniers, porque la insurrección española se inició contra Napoleón. Liniers no caería, empero, gracias al apoyo militar prestado por Saavedra.

Al año siguiente se manifestaba en Buenos Aires la nueva situación de España a

la que la ocupación francesa colocó como aliada de Inglaterra, víctima también del bloqueo napoleónico. Por esta razón, para Buenos Aires era fundamental la libertad de comercio, como lo era también para Inglaterra. De esta necesidad transitoria se hizo cargo Mariano Moreno, a través de la “representación de los hacendados”: frente a la decadencia de España como potencia, el peligro del regreso absolutista colocaba al imperio en crisis, en la primera línea de peligro; la segunda línea de peligro era Inglaterra: el próximo documento-programa de Moreno atendería a tal problema.

2. NACIMIENTO HISTORICO DE LOS ARGENTINOS

La muerte de Carlos IV marcó el fin del reinado borbónico y de su política fugazmente liberal. Su sucesor, Fernando VII, encarnaba la reacción feudal. La sombra de Napoleón —como acabamos de ver— proyectábase entonces sobre Europa; obstaculizado por Inglaterra, que se oponía a la expansión de la Revolución Francesa, el emperador había invadido España derrumbando la dinastía con las consecuencias conocidas: Fernando VII y la corte entera se hincaron ante el invasor. Los intelectuales de la corte se “afrancesaron”, colaboraron con José Bonaparte, el rey impuesto, en quien veían —como veían los ingleses— a un exponente de la Revolución Francesa.

Mas otra fue la actitud del pueblo español, que reaccionó contra el invasor. A pesar de las medidas históricas de Bonaparte (supresión de la inquisición, derogación de privilegios feudales, reducción de conventos), las masas en armas, levantadas el 2 de mayo de 1808, determinaron lo que puede llamarse el ingreso de España al siglo XIX, haciendo a su manera la “revolución fran-

cesca” y sacando a su país del retraso histórico. Y con el pueblo español estuvieron en esta oportunidad sectores importantes del ejército, cuya oficialidad estaba influida por la ideología liberal revolucionaria. Es en este ejército que hizo su bautismo de fuego José de San Martín. Una de las medidas de la revolución fue convertir a las colonias en provincias, declarando la igualdad de derechos de españoles y americanos y llamando a estos últimos a designar diputados a las cortes en 1809. Las ideas de la Revolución Española habían tenido, mientras tanto, notable influencia entre nosotros, donde contaban con decididos exponentes como Moreno, Belgrano, Vieytes, Castelli y, antes aún, el virrey Vértiz y sus colaboradores (Lavardén, Chorroarín, Basavilbaso).

Pero a esta altura era ya harto evidente la penetración inglesa en el Plata y cuando los acontecimientos de la península nos empujaron al pronunciamiento del 25 de mayo, era ya clara la circunstancia de que no pocos comerciantes españoles, ingleses y criollos eran —por su propio interés— partidarios del comercio libre, medida que propiciaba Inglaterra y que fue transitoriamente necesaria en época de Liniers, pero que ahora, liberado el Plata del peligro napoleónico, era totalmente inconveniente. Así es que, apenas producido el pronunciamiento de mayo, se manifestaron con toda claridad las no disimuladas tendencias existentes en Buenos Aires: frente a Moreno, que representó la Nación en pie de guerra ante el regreso absolutista español y frente a la perfidia inglesa, obraría Rivadavia, representante de los comerciantes e importadores apoyados por los ganaderos cuyo interés residía en el comercio exterior y, particularmente, con Inglaterra (de aquí surgiría el partido unitario). Por otra parte, exis-

tía una tercer tendencia encabezada por Alzaga, jefe de los comerciantes monopolistas españoles que veían peligrar sus privilegios, tanto por la implantación del sistema librecambista como por el proteccionismo que propiciaba Moreno. El partido de Alzaga concluiría sus días prácticamente sin nacer; el de Rivadavia apuntalaría los intereses crecientes del imperialismo británico. ¿Cuál sería la suerte del partido morenista?

Habíamos dicho que las ideas fundamentales de las dos Españas influyeron directamente en América: el partido de Alzaga era el de la España Negra y el de Moreno el de la España revolucionaria. En Moreno, como en Vértiz, Belgrano, Castelli, Vieytes, etc., había influido la ideología de los teóricos del Despotismo Ilustrado. Particularmente, Moreno había sido influido directamente por Ulloa, quien era autor de un libro titulado “Restablecimiento de las fábricas, tráfico y comercio marítimo de España”, cuyas ideas reactualiza y adapta el primero en su Plan de Operaciones en el que, concretamente, esboza los presupuestos del intervencionismo de estado, el proteccionismo económico y el gobierno autoritario. Era, pues, un plan jacobino. El jacobinismo, es decir, la ideología de la burguesía revolucionaria en Francia, cuyo jefe histórico era Robespierre, —aunque su apoyo real estaba dado por la pequeña burguesía—, habíase proyectado por obra de los revolucionarios españoles a la península y a sus provincias del Río de la Plata. Moreno era el representante del jacobinismo en América, es decir, la idea de la Nación en pie de guerra frente al absolutismo español y a la penetración inglesa. Mas en Francia la existencia del Tercer Estado, la burguesía industrial, había hecho posible la consolidación de la revolución. Por el contrario, entre nosotros, la inexis-

tencia de tal clase hacía en aquellos momentos no viable el gran plan de Moreno. Y si el proceso español se retrasó considerablemente por la debilidad de su burguesía, aquí su ausencia acortaría el desenlace y no cabía a este Robespierre sin Tercer Estado esperar mejor suerte. Ello explica la corta vida del partido morenista y aún la desaparición física de su jefe: quedaba en Buenos Aires un vacío que sólo sería cubierto con el regreso del último hombre de la España revolucionaria en América, San Martín. Mientras, no sería el triunfo de la Revolución de Mayo sino su fracaso, la causa ulterior de nuestras vicisitudes y, en lo inmediato, la apertura de un período sangriento en nuestra historia.

3. LUCHA POR LA INDEPENDENCIA Y LA UNIDAD

Siendo el estado argentino una provincia de la Confederación Hispanoamericana, su independencia sólo tendría un sentido real en la medida en que se verificara junto con la unidad del resto de los estados latinoamericanos. Esta era la idea de Moreno: mientras Saavedra celebraba la desaparición del "sistema robesperiano", San Martín, en carta a Guido, se lamentaba que no tuviésemos un Robespierre que asegurase nuestro desarrollo independiente y Monteagudo asumiría la jefatura de los restos del partido morenista. La Junta Grande y después el Primer Triunvirato encarnarían los intereses porteños pro británicos, a los que pondría fin momentáneamente San Martín con la revolución de 1812. Tal acción se desprende de la ideología sanmartiniana llamada en la Revolución Española, cuyas ideas se manifestaban entonces a través de

la masonería, actividad secreta derivada de las necesidades de la lucha de la burguesía. La masonería tenía agentes entre los propios ministros de Carlos IV, como Aranda, y entre los oficiales del ejército, los intelectuales y la burocracia. Los oficiales americanos que actuaron en el ejército español fueron directamente influidos por esta corriente que llevó a la península los triunfos de la Revolución Francesa. Tal el caso de San Martín, Alvear y Zapiola, que fueron miembros de la logia de Cádiz. Cuando regresan a Buenos Aires, frente al fracaso de Moreno, que era el de la Revolución, y frente al triunfo de la oligarquía mercantil porteña, San Martín funda la Logia Lautaro, para enfrentar dichos intereses. La ausencia de un partido político decidió al oficial a materializar sus planes de emancipación americana mediante la creación de un estado mayor político secreto en el seno del propio ejército. Así derrota los intereses rivadavianos en 1812 y así asegura la realización de la Asamblea de 1813, donde a pesar de haberse aprobado positivas medidas, logran filtrarse finalmente los intereses porteños rechazando los diputados de la provincia oriental, portadores de las instrucciones de Artigas, sobre la confederación. Mientras, Belgrano por un lado y San Martín por otro, marchan hacia distintos lugares del continente para eliminar los focos subsistentes de la reacción absolutista española, el drama que se desarrolla en nuestro territorio adquiere dimensiones cada vez mayores: cuando el primero controla precariamente la frontera norte y el segundo derrota a los españoles en San Lorenzo, materializa el primer intento industrial en Plumerillo y pasa finalmente a Chile para luego hacer lo propio con Perú, el proceso que se venía desarrollando desde la derrota morenista cobra mayores proporciones.

Ya vimos los efectos para el Río de la Plata de la división internacional del trabajo derivada de la Revolución Industrial. Para llevar a cabo su política imperialista, Inglaterra se sirvió de la colaboración de dos clases nativas, vinculadas a sus intereses: la oligarquía terrateniente de la provincia bonaerense y la burguesía comercial porteña. Los orígenes de la primera son anteriores aún a la Revolución de Mayo y ella incluyó en su composición a núcleos ganaderos y después a invernadores y criadores de la provincia de Buenos Aires, vinculados a los frigoríficos extranjeros y al mercado mundial. Actuó asociada a la burguesía comercial, financiera e intermediaria que lucraba con el control del puerto y de la aduana de Buenos Aires, control que ejercían ambas clases. Con esta base, provincia y capital eran un mismo y confundido territorio, tal como aconteció durante el virreynato. El grupo rivadaviano, representante de estos intereses, había tomado el poder tras la caída de Moreno y había determinado la subordinación económica del interior hacia la provincia-metrópoli, mientras usufructuaba las rentas provenientes de los dos controles mencionados.

La implantación de este criterio trajo aparejada la aparición del gaucho en la lucha política. Cruza de español e indígena, este habitante de nuestras pampas había sido hasta entonces enteramente libre: su vivienda era la llanura inmensa; su alimentación, la carne vacuna, porque las vacas eran de todos y no había alambrado. La nueva política implicaba un reordenamiento de la industria saladeril y el establecimiento del alambrado, lo que impedía al gaucho disponer de carne, salvo comprándola al precio pagado por el consumidor extranjero. A ello se sumó un decreto del Triunvirato por el que se declaraba libre de derechos la exportación

de carnes y se recargaba en un 20 % el consumo interno: el gaucho fue condenado al hambre. Tal política encontraría lógicas resistencias entre el gauchaje y en 1815 la reacción porteña pro inglesa sancionó la "ley de la vagancia", amparada en cuyas disposiciones y en posteriores de la ley de enfiteusis (1821), la oligarquía acapararía las mejores tierras, transformándolas en campos de pastoreo para engordar hacienda con destino a la exportación. Los hombres del interior que habían quedado sin trabajo y se iban empobreciendo paulatinamente en virtud de la ruina de la industria artesanal, eliminada por la competencia de la industria inglesa, fueron a formar las montoneras.

A la montonera —gauchos que peleaban en montón— ingresarían también los gauchos pastores del litoral, cuyas provincias tenían rutas fluviales pero carecían de salida al mar y, asimismo, y con el tiempo, los componentes de los ejércitos libertadores al ser desmovilizados. Tratábase, pues, de los pueblos de las provincias litorales y mediterráneas levantados en armas contra la política librecambista. Por su parte, los gauchos de la provincia-metrópoli ingresarían, al quedar sin recursos, al ejército privado del estanciero Juan Manuel de Rosas, que podía ser mantenido en virtud de la riqueza excepcional de su región. Desde antes de 1820 hasta después de 1870 las lanzas serían el signo de la rebelión popular contra la penetración británica: sus exponentes, que —en términos generales—, se movían animados por comunes principios de revolución nacional, unidad continental y desarrollo económico, ingresarían a nuestra historia, en sus páginas más vívidas, con el nombre de "caudillos". El partido federal, expresión política de tal lucha era ya una realidad concreta. Los intereses del imperio

teger su economía, independencia que Rosas británico y de sus agentes internos temblarían por espacio de más de medio siglo al conjuro de los nombres de Artigas, Bustos, Ramírez, López, Quiroga, Peñaloza, Varela y López Jordán. En 1820, Ramírez y López, al frente de las montoneras litorales y con el beneplácito de San Martín, Paz, Bustos, Ibarra, Heredia y otros oficiales de la independencia, marchan sobre Buenos Aires e imponen las reivindicaciones del territorio que representan. De inmediato las clases detentadoras del control portuario se movilizan y mientras Ramírez tiene una inesperada divergencia con el oriental Artigas, López es sobornado por Rosas y el camino para Rivadavia queda abierto nuevamente. La guerra con el Brasil, en la que Rivadavia pidió la paz al vencido (Ituzaingó), con la segregación de la provincia oriental, la centralización política de la provincia ganadera, la constitución unitaria del 26 y antes la del 19, su disputa con Quiroga por las minas de Famatina (Rivadavia quería entregarlas a intereses británicos) van minando sus bases originales de poder. A la oposición encarnizada de los caudillos se unía ahora el retiro del apoyo de los ganaderos, cuya influencia política era cada vez mayor. La doble pinza ejercida por Inglaterra y Portugal y cuyo resultado —Rivadavia y García mediante— era la “independencia” de la provincia “Cisplatina”, sería su último acto de gobierno. En 1827 renunciaría, pero Inglaterra ya estaba en guardia.

4. LA POLITICA GANADERA

Mientras que la política de Rivadavia consistía fundamentalmente en organizar el país para que éste fuera el complemento ganadero de la industria inglesa y el mercado exterior del producto de sus fábricas, el mer-

cado de los ganaderos estaba en Estados Unidos, Brasil y Cuba: allí iba el tasajo destinado a la alimentación de los esclavos. Vale decir, que a los ganaderos no les interesaba la constitución ni la organización; necesitaban simplemente encontrar la forma de criar tranquilamente sus vacas, poseer la capital y el puerto y vender a las potencias extranjeras amigas el cuero y el tasajo. En eso consistiría la política del Restaurador; Rosas vislumbró la posibilidad de transar con los caudillos que en el interior mediterráneo defendían el proteccionismo y con los que en el litoral —con excepción del batuarte proteccionista de Corrientes— querían el librecomercio, al igual que Buenos Aires. Ramírez, el Supremo Entrerriano, estaba muerto, y López, amansado al precio de 25.000 vacunos. Rosas optó por no seguir la política de guerra contra el resto de las provincias; contemporizó con ellas transando con el proteccionismo. En la provincia bonaerense tenía gran prestigio por sus antecedentes de estanciero protector de gauchos y amigo de indios. Con el apoyo de la población rural, de los estancieros —su clase— y de los artesanos urbanos apuntaló los intereses de Buenos Aires frente a las demás provincias. A la burguesía comercial porteña le permitió seguir enriqueciéndose, pero a su partido —el unitario— lo apartó de la política.

Rosas sería el primer representante del capitalismo agrario en nuestro país. La gran abundancia de ganado fue la base original de la riqueza de un núcleo reducido de familias en la provincia de Buenos Aires, entre las que se encontraban la de Rosas, su socio Terrero y sus primos, los Anchorena. Este sector buscó independizarse del control de los compradores ingleses y para ello organizó saladeros; asimismo, creó su propia flota de goletas para que su independencia

no quería reconocer. Por todo ello, paraguay alcanzara también al transporte. Esta fue la primera industria bonaerense organizada bajo moldes capitalistas y ello significó para la clase ganadera una enorme influencia política y a Rosas no le fue difícil eclipsar el poderío de la burguesía comercial porteña y el ya reducido prestigio de su partido. Mas la crisis del Imperio Español había trabado nuestra posibilidad de un desarrollo autónomo. Los ganaderos tenían su mercado en el exterior, los comerciantes pro ingleses en el interior, pero faltaba una burguesía industrial que promoviera el desarrollo argentino. La única base nacional era el interior mediterráneo que carecía de productos de exportación y debía, por lo tanto, recurrir a la política proteccionista. El interior litoral, librecomercista, había sido asimilado a los intereses bonaerenses y aislado, por ello, del resto del territorio. Esta es la explicación de por qué el poderío rosista se extendió por espacio de veinte años y por qué su “nacionalismo”, limitado a la provincia de su asiento, careciera de mayores proyecciones. Esta es también la explicación de por qué Dorrego, que propugnaba un nacionalismo real, materializado en su intento inicial de impedir la segregación de la provincia oriental, fue envuelto por la diplomacia inglesa, abandonado por los ganaderos bonaerenses y asesinado, mientras esperaba en vano la prometida ayuda militar de Rosas.

No eran sólo los unitarios quienes formalmente estarían contra Rosas. Por razones muy concretas lo estarían los sectores auténticamente nacionales. Si Quiroga, después de resistir los intentos rivadavianos de entregar a intereses británicos las minas rionjanas, fue asesinado por los Reinafé, hombres de López, el caudillo sobornado por Rosas después de Cepeda, bien pronto surgiría frente a los intereses de la provincia-

metrópoli una oposición derivada del drama del interior argentino, encarnada en la Coalición del Norte y en la que militaran el entonces teniente coronel Peñaloza y José Hernández. A su vez, la provincia de Corrientes, encabezada por su gobernador Ferré, también lo enfrentó en nombre del proteccionismo. Rosas nada había hecho para tecnificar las industrias artesanales del interior, conforme al desarrollo del mercado capitalista mundial y si necesitó, para mantener el equilibrio del poder, sancionar la ley de aduana —un aspecto francamente positivo de su gestión—, la reacción de las provincias fue más significativa aún, ya que confiaron al Restaurador la dirección de la guerra y las relaciones exteriores de la Confederación. Por primera vez después del asesinato de Dorrego, las provincias se entendían con Buenos Aires.

Mas el segundo imperio colonial de Francia marca la limitación de su estrategia en América ya que Inglaterra controlaba el comercio mundial. La etapa preimperialista impondría a la primera la intervención armada en el Río de la Plata y de inmediato se sumaría a esta acción la segunda, para impedir la exclusividad francesa en tan importante región; a su vez, los unitarios emigrados por un lado y el imperio esclavista del Brasil por otro, coadyuvaron en la alianza contra Rosas. La razón era obtener la libre navegación de los ríos. Rosas enfrentó la situación con firmeza, pero razones diversas concurrían ya para debilitar su poder: una de ellas era el descontento de las provincias litorales por el control porteño-bonaerense del puerto y de las rentas aduaneras; asimismo, la política impuesta por el rosismo a la provincia del Paraguay impedía a ésta exportar o importar, salvo pagando aranceles a Buenos Aires. Esta política había obligado al Paraguay a independizarse para pro-

yos y litoraleños querían terminar con la política del “nacionalismo” bonaerense y se vieron —en los hechos— colocados junto a los unitarios, circunstancia que las potencias europeas supieron aprovechar.

Bajo este clima, ya en 1838 la escuadra francesa había bloqueado el río y en 1845 las escuadras coaligadas de Inglaterra y Francia fracasarían en un nuevo intento, que llenó de gloria a las armas argentinas, la Vuelta de Obligado. Mientras el partido unitario, complicado en ambas operaciones, aumentaba su desprestigio, San Martín, en un postrer gesto, legaba desde Francia su sable corvo a Rosas. En tanto subsistían las razones que separaban al litoral de la provincia-metrópoli: Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, al igual que Buenos Aires, tenían productos para circular no sólo en el mercado interno, sino también en el exterior. La clausura impuesta por los ganaderos bonaerenses a los ríos afectaba a las provincias marginales, mientras el monopolio de las rentas aduaneras colocaba a éstas en manos del núcleo porteño-bonaerense. Como también —por distintas razones— la clausura de las rutas fluviales afectaba a Inglaterra y a la burguesía comercial montevideana, la crisis del rosismo se hizo más profunda y se agudizó totalmente cuando las nuevas condiciones internacionales —comienzo de la emancipación de los esclavos en Estados Unidos— hicieron virar el mercado de los ganaderos bonaerenses hacia Inglaterra, y esta clase, a partir de entonces, retiró su apoyo al Restaurador. En tales condiciones se produce el pronunciamiento de Urquiza, viejo rosista, aliado del imperio esclavista del Brasil y amigo de Inglaterra.

5. LA POLÍTICA LIBRECAMBISTA

En Europa se producía, en tanto, la derrota definitiva de la Santa Alianza, coalición

monárquica nacida en 1815 para abatir a los movimientos burgueses, y con su derrota, la expansión del capitalismo. Inglaterra, que era una de las naciones burguesas más poderosas, necesitaba mercados y donde no los obtenía mediante la diplomacia, los lograba mediante la fuerza. La caída de Rosas coincidió, entonces, con el aumento de la influencia en el mundo del capital británico, cuya doctrina exterior era el librecambio y que se tradujo en el Río de la Plata en la necesidad de hacer de nuestro país la prolongación agropecuaria de la industria inglesa, continuando así la política impuesta por los rivadavianos, tras la caída del partido morenista. De tal manera, Caseros significó para el país una verdadera derrota ya que, al introducirse las mercancías inglesas por sobre el hundimiento de las industrias provinciales, sin permitir el verdadero desarrollo de la industria nacional, anuló las condiciones precapitalistas. El país fue incorporado al sistema capitalista inglés como su granero: para ser vir a tales intereses vendrían los ferrocarriles —no conforme a las necesidades reales del país, sino conforme a las necesidades imperialistas—; la inmigración italiana para trabajar las tierras de los gauchos despojados y el telégrafo: ¿cómo Londres podía ignorar en el día el precio del trigo argentino? Tal la política que representarían Mitre y, en otra dimensión, Sarmiento, tras la claudicación de Urquiza, la impotencia de Derqui y de Ferré, la exterminación criminal de los últimos caudillos y la infame guerra de la triple alianza.

El continuador de Rivadavia ya estaba en el poder. Su política se traduciría concretamente en los hechos siguientes: la inauguración del ferrocarril para facilitar el transporte hacia todo el territorio, de las mercancías inglesas; el comienzo de la “pam-

pa gringa”, las tierras cultivables del litoral que fueran entregadas a la colonización italiana, luego de que el ejército de línea porteño enviaba a la frontera u obligaba a trabajar como peón de estancia o chacra a los gauchos que originariamente las cultivaban. También el asentamiento de numerosas empresas inglesas, entre ellas el Banco de Londres y América del Sud, continuador de la Banca Baring, cuyas puertas en el país abriera Rivadavia. Una prueba de los resultados de tal política lo revela el hecho de que en 1869 sobre una población de 1.769.000 habitantes vivían de la industria 93.030 tejedores, mientras que en 1895 sobre una población de 3.857.000 habitantes, quedaban sólo 39.380 productores. Respecto a la provincia de Paraguay, la política porteña de Rivadavia y Rosas, al negar el tránsito de los ríos interiores y monopolizar las rentas aduaneras, empujóla a la independencia primero y luego al aislamiento, ya que carecía de salida al mar; tal independencia no había sido reconocida por Rosas para mantener el territorio guarany bajo el signo expoliador de la Aduana; en las nuevas condiciones, Mitre se apresuró a reconocerla porque la segregación de los estados de Hispanoamérica estaba en los planes de Inglaterra, a los que él respondía. Consecuencia de esto es el hecho de que Paraguay se haya cerrado económicamente, intentando asegurar su independencia efectiva, y de que las fuerzas coaligadas de Buenos Aires, Montevideo y Brasil —bajo la inspiración británica— inicien la guerra de la triple alianza, que dejaría para la provincia guarany, ya en época de Sarmiento, los siguientes resultados: al comenzar la guerra Paraguay tenía una población de 1.500.000 habitantes; al terminar ésta, sólo quedaban 250.000 mujeres, niños y ancianos. Sometido a tales medios de “persuasión”, Paraguay debió

“aceptar” un préstamo inglés para “recuperarse”, de 200.000 libras esterlinas y debió reconocer la friolera de 1.438.000 y entregar, además, a Inglaterra, 300.000 hectáreas de tierra útil.

Si el saldo del gobierno de Mitre fue, tal como recuerda Oroño, el de 117 revoluciones provinciales, 91 combates y 5.000 muertos entre 1862 y 1868, Sarmiento completaría la labor ensañándose particularmente con los caudillos que aún resistían la política antinacional agudizada desde Caseros, orientada por Mitre y de la que era fiel continuador el nuevo presidente. Ya durante la dictadura del primero, había organizado los asesinatos de Peñalosa y otros héroes provincianos; ahora quería “dejar su marca” a Felipe Varela y Ricardo López Jordán. Lo conseguiría, finalmente, a favor no sólo de las nuevas condiciones, sino también de la nueva relación de fuerzas que se manifestaba en el territorio. Esta es la época en que aparece el “Martín Fierro”, respuesta del gaucho perseguido y agonizante frente a la política porteña que arrasó el país, por sobre los huesos de la montonera; protesta de la “barbarie” asesinada a mansalva por la “civilización”. Sarmiento terminaría su período en 1874 siendo nada más que un “huésped” de Buenos Aires, como le recordó alguna vez la municipalidad porteña. Y todo a pesar de sus “servicios”.

6. EL CICLO DE LA UNIDAD NACIONAL

Cuando Avellaneda se hacía cargo del gobierno, la crisis europea se descargaba sobre el país y esta situación se agravaría ya que desde Caseros los empréstitos británicos estaban a la orden del día. Desde 1873 hasta 1878 las exportaciones habían disminuido en un 30 %, desvalorizándose la pro-

piedad y accentuándose el subconsumo. Así, pues, en medio de una crisis que limitaba los medios de pago, la banca inglesa —cuyos empréstitos en épocas de Mitre y Sarmiento sobrepasaron los 15 millones de libras esterlinas— “ofrecía” nuevos préstamos, con los que el déficit argentino aumentaba y las reservas en oro iban a parar a los sótanos londinenses. De tal manera, cuando Roca enfrenta a Mitre y Tejedor y federaliza, apoyado en su ejército, la ciudad de Buenos Aires, establece una base nacional de poder, pero al producirse tal acontecimiento, el imperialismo desparramaba su influencia sobre el país y la unidad nacional habría de verificarse mediante la implantación de un mercado único y la enajenación definitiva de la economía a la banca inglesa por sus agentes internos: la oligarquía terrateniente y vacuna y la burguesía comercial.

A su vez, el problema del indio era preocupación fundamental de la oligarquía que quería consolidar su poderío económico a través de una mayor extensión territorial; no había, por entonces, seguridad en los campos ni en los pueblos “de frontera” por los avances del malón, y los préstamos ingleses sólo se otorgaban con la tierra por garantía. Rosas había pretendido solucionar este problema de la clase que en un momento representó, sobornando indios; su sucesor, Mitre, intentó campañas militares que no alterarían su mala suerte en esta materia. Sería Roca, quien sobre condiciones muy distintas, tomaría una ofensiva de vasto alcance cuyo resultado sería sustraer al indio 20.000 leguas de territorio e incorporar a 12.000 de ellos al control del gobierno. Los destinatarios de aquellas tierras serían en poco tiempo la oligarquía local y no pocas empresas extranjeras. Pero esta campaña, sus antecedentes de provinciano y la momentánea “liberación” del soldado de fron-

tera, darían a Roca el prestigio necesario para mantener su influencia por todo ese ciclo que va hasta los primeros años del presente siglo.

Tal la política del “Zorro” y tal el doble carácter de su “unidad nacional”, agudizado particularmente en su segunda presidencia; la penetración imperialista que ampliaba sus rutas en el país, creaba un clima natural de prosperidad que cubría con las medidas progresistas del presidente el encuadre de nuestra economía para servir a las necesidades subsidiarias de la economía inglesa. Como consecuencia directa de esta circunstancia y sobre la base de tales actividades complementarias —transportes, servicios públicos, industrias aisladas sin un plan orgánico, comunicaciones— comienza la formación del proletariado en su precaria base inicial: sobre 123.738 obreros industriales, de construcción y transportes, 93.294 eran extranjeros y sobre tal base descansarían, a partir de 1896, el Partido Socialista.

Las medidas formales de Roca, que lo caracterizan como un gobernante progresista, serían, pues, la cobertura de su verdadera política; el acuerdo con Mitre, primero, y la ley de residencia, después —vale decir, la combinación de los intereses de la oligarquía mediterránea con los de la portuaria, y las consiguientes medidas represivas—, serían los rasgos definitorios del fondo real del roquismo. Aún así, Roca representó —quizá a pesar de él— la única forma posible de enlace entre la Argentina de las guerras nacionales (1815-1875) y el siglo XX y, asimismo, la política oligárquica en escala nacional; en el 80, la limitación territorial de los intereses del mitrismo impulsó a la propia oligarquía terrateniente y vacuna, a través de uno de sus hombres más lúcidos (Roca era un gran propietario

de tierras y su sucesión alcanzó, en aquella época, a la friolera de 16 millones de pesos, algo así como 500 millones en la cotización actual), a variar el curso de los acontecimientos: cuando el ciclo del mitrismo se agota, ya hacía años que los restos de las montoneras despedazadas deambulaban su drama por los caminos del país. Roca conchabaría a los 40.000 “chinos” en su ejército, ya que la ampliación de las rutas de la oligarquía creaba una mayor demanda de brazos y solucionaba, de paso, el problema de la desocupación de tantos seres, que canalizarían su “roquismo” a través del Partido Autonomista Nacional primero y del yrigoyenismo después. Tal es también el origen del ejército profesional argentino.

7. EL PERIODO DE LA TRANSICION

Si bien la influencia de la oligarquía era ya decisiva en el país por las razones apuntadas, al acceder Quintana a la presidencia puede decirse que esta clase ingresa a la casa rosada. Pero el carácter transitorio de todo el período sólo permitirá al agente inglés, entre otras cosas, clausurar el congreso y reprimir sangrientamente a la clase obrera. Mientras Sáenz Peña se aprestaba a buscar una solución para estabilizar de alguna manera la situación política, el autonomismo dividíase entre el sector ganadero, a partir de entonces Partido Conservador y el ala popular, que engrosaría la Unión Cívica Radical, el partido de Yrigoyen. El ciclo de las revoluciones yrigoyenistas iniciado en 1893 y agudizado en 1905 no permitiría a Sáenz Peña pensar mucho el asunto y lo decidiría formalmente a abrir el camino del sufragio —la bandera del caudillo— para que el radicalismo canalizara sus ímpetus en el gobierno. La oligarquía aceptaría su ley electoral, al ver que con su apli-

cación se produciría el fin de la agitación armada que alteraba la seguridad de sus inversiones y la estabilidad financiera que hace a su existencia.

Mientras todo ello ocurría, la guerra imperialista del 14 y el bloqueo sobreviniente, limitaron las exportaciones y ello estimulaba —aún precariamente— la industrialización en Argentina sobre la base de una nueva crisis mundial del imperialismo, circunstancia que se tradujo concretamente, entre nosotros, en el acceso a la política y a la administración de la clase media y el nacimiento de la influencia de la incipiente burguesía industrial. Mientras la burguesía comercial, la oligarquía ganadera, los importadores, los intelectuales europeizantes y los inmigrantes italianos querían el ingreso de nuestro país en la conflagración, el proletariado en formación, los industriales, la clase media, el estudiantado pobre y el anarquismo eran decididos defensores de la neutralidad.

Bajo este clima la política oligárquica —o mejor dicho, el poder político de la oligarquía— carecía de viabilidad, y rodcado de los sectores neutralistas el yrigoyenismo entró como un torrente en la casa de gobierno.

8. EL ASCENSO POLITICO DE LA CLASE MEDIA

Yrigoyen llegó al gobierno cuando el proletariado no se reflejaba sino a través de sus primeras y aisladas manifestaciones. Representó, en realidad, un frente de clases cuyo origen más remoto debe buscarse en los restos del alsinismo bonaerense; más si el partido de Alsina incluyó en su composición al pobrerio federal de la provincia de Buenos Aires y era continuación, en algún sentido, de los restos de las montoneras

de Varela y López Jordán, derivadas durante el ciclo de la unidad nacional hacia el autonomismo, el radicalismo de Yrigoyen estuvo integrado por peones, artesanos, pequeños industriales, pequeños ganaderos, militares y clase media. Así, el período que va desde 1916 hasta 1930, el año de su caída, representa el ascenso político de la clase media y el primer intento —aún con titubeos— de limitar el poder de la oligarquía. El desarrollo económico de entonces y la diversidad clasista que para esa época se insinuaba en la política argentina, minaron las bases de aquel nacionalismo burgués que en un primer momento había suscitado el apoyo de los sectores populares y vaciaron a la Unión Cívica Radical de su contenido histórico y social.

Es que cuando Yrigoyen llegó al poder, ya hacía dos años que la guerra imperialista se había desatado y los intereses extranjeros en nuestro país seguían presionando para obtener el ingreso argentino en la contienda. A la vez, el ascenso de la pequeña burguesía argentina en 1916, los acontecimientos internacionales y, muy especialmente, la Revolución Rusa de 1917, hicieron su impacto en la Universidad, ya que su estructura oligárquico-curialista no respondía a las necesidades vigentes. Así, pues, la reforma planteó los problemas de la unificación de América Latina, de la revolución democrática y de la incorporación de la universidad al proceso. Pero el gobierno de Yrigoyen vióse sometido desde un principio a una serie de vaivenes que hacían contrastar su política general con las medidas impuestas por el ala oligárquica de su propio partido, tales como la semana trágica de 1919 y la masacre de la Patagonia en 1921. Las contradicciones del caudillo lo llevarían incluso a tranquilizar a la oligarquía con el ascenso de Alvear, cuyo antipersonalismo consistía

en el rechazo de la política nacional de Yrigoyen. El gobierno de Alvear coincidió con un período de estabilización relativa del capitalismo, cuya crisis marcará para nuestro país el ingreso de empresas norteamericanas a partir de 1925, y el nacimiento de un “nacionalismo” oligárquico, fundado en la necesidad de mantener el orden de explotación vigente, asegurándolo contra la amenaza creciente de la clase obrera.

De tal forma, cuando Yrigoyen asume la presidencia por segunda vez, sus días están prácticamente contados y a la crisis interna de su partido se sumaba ya el peso de la crisis del 29, la movilización oligárquica con su variante “nacionalista”, la oposición del reformismo —ya que la descomposición del radicalismo original había repercutido de consuno, reduciendo a la reforma a sus postulados formales y convirtiéndola en algo totalmente contrario a sus propósitos iniciales—, la presión de los consorcios petroleros, los partidos y la prensa.

9. DOMINACIÓN CONSERVADORA

Yrigoyen, que representó un momento intermedio entre el artesanado y la industria, practicó un nacionalismo de corte popular y democrático, pero carente de base material e ideológica. Frente a la ausencia real de una burguesía industrial, los vacíos del régimen yrigoyenista se profundizaron al no destruir el fundamento del poderío oligárquico. El golpe del 6 de setiembre aparece rodeado del apoyo “teórico” de ese otro “nacionalismo” nacido en tiempos de Alvear, cuya base antiextranjera no era nacional sino clasista ya que, como la oligarquía, combatía al extranjero pobre, aunque no tenía empacho en admirar los gestos teatrales del italiano Mussolini o embriagarse en los libros del francés Maurrás. Más la oligarquía, que desde un

principio tuvo los resortes en sus manos, en 1932 materializó totalmente su control. La política conservadora ya era entonces definitiva.

La década infame delimita un período de miseria y desocupación. El hambre y la tuberculosis hacían estragos en la clase obrera, la peor alimentada, y aún en la clase media. La crisis mundial del año 29 se hacía sentir en el país: desde entonces a 1932 las exportaciones bajaron en un 54,2 % y las importaciones en un 51,6 %. La nueva crisis mundial del capitalismo determinó la diversificación de la economía nacional; la oligarquía vióse obligada a ahorrar divisas y a impulsar, contra sus intereses, el desarrollo industrial; agotada ya la política de expansión agraria y no siendo entonces necesarios más inmigrantes, la inmigración fue cerrada y cuando se formaron en el país las nuevas industrias, su mano de obra ya no era europea; las fábricas ocuparían a partir de entonces a obreros criollos venidos del interior; peones rurales que confiaban al incipiente crecimiento industrial su suerte que, de todas formas, no podía ser peor que la que les había tocado como jornaleros de chacra o estancia. Y si entre 1930 y 1932 el poder fue pasando del “nacionalismo”, que quería un estado fuerte basado en el liberalismo económico y en el individualismo político (dictadura de Uriburu) a la oligarquía propiamente dicha (dictadura de Justo), las condiciones —que no eran las mismas— mostrarían al conservadorismo de cuerpo entero.

Para atenuar los efectos de la crisis mundial, Inglaterra reunió a todos los países dependientes en la Conferencia de Ottawa, con el objeto de establecer un trato preferencial para los productos del Imperio. La ansiedad de los ganaderos argentinos frente

a la posibilidad de que Inglaterra no comprara sus carnes, determinó la suscripción del pacto Roca-Runciman, que establecía que el 85 % de la cuota exportable de carne argentina sería distribuido por el gobierno inglés. Si a esto se suma que el pacto imponía a nuestro país la revisión de las tarifas aduaneras, el libre ingreso del carbón inglés, el mantenimiento de las tarifas ferroviarias, la obligación de invertir en productos ingleses todas las divisas provenientes del intercambio y la condición de otorgar facilidades a las empresas inglesas, se verá que el control de nuestra economía por parte de Inglaterra era casi absoluto. Y, si no obstante, la presión norteamericana había obligado al gobierno de Justo a promover una política de vialidad, como aplicación de estos últimos intereses en Argentina, Inglaterra buscaría la forma de asegurarse el control total de la economía y a esto respondió la creación del Banco Central por parte de Federico Pinedo (ministro de Hacienda) y cuya gerencia ejercería Raúl Prebisch. Para terminar de caracterizar este período cuyo transcurso se materializó mediante las formas más escandalosas del fraude (que los conservadores llamaron “patriótico”) y de la persecución policial, bastaría citar los célebres negociados de electricidad, transporte y frigoríficos.

Cuando las contradicciones interimperialistas amenazaban con desembocar en una nueva guerra, el imperialismo anglo-franco-norteamericano trató —a través de sus agentes internos— de obtener el ingreso del país en la misma, oponiendo a la lucha antiimperialista el concepto de la lucha “antifascista”. Tal función le tocaría al presidente Ortiz de no enfermarse y a su sucesor, Castillo, de no ser neutralista. Cuando parecía que los conservadores lo lograrían a través de un posible candidato para sustituir a Cas-

tillo, Robustiano Patrón Costas, el ejército puso fin al intento y con él, a la década infame.

10. OCASO DE LA OLIGARQUÍA

Castillo, a pesar de estar actuando bajo la férula oligárquica, planteó la neutralidad en forma terminante, reflejando así lo que podía considerarse como los intereses de la burguesía nacional y el pensamiento dominante en el ejército, política que en aquellos momentos comenzó a promover el desarrollo industrial. La debilidad de Castillo, que tenía la mayor oposición en su propio partido (el conservador), hizo que el ejército se decidiera a variar el curso de las cosas. El fundamento de tales acontecimientos se encuentra en la circunstancia siguiente: en el año 1937 el monto de la producción agrícola-ganadera llegó a totalizar 4.017 millones de pesos y el de la producción industrial 2.633 millones. Para 1943 la diferencia había desaparecido. Tal circunstancia hacía incompatible la presencia en el país de la vieja política. Y sería así, el ejército, el que determinaría con el movimiento del 4 de junio el ocaso de la oligarquía.

La burguesía había ido desarrollándose en forma precaria, sobre la base de pequeños talleres montados entre varios operarios asociados. Transformado el obrero en burgués, sus ideas no afinaban en la realidad: sólo se movía dentro de los moldes previstos por la oligarquía. La industria se estaba concentrando en el Gran Buenos Aires, conforme a las previsiones geográficas tomadas por el imperialismo y en las respectivas zonas se radicaba un millón de obreros provenientes del interior para emplearse en dichas industrias, proceso que lentamente había comenzado a concretarse en la década infame cuando la oligarquía cerró la inmigración y

que se acentuaría a partir de 1939. Esa nueva clase obrera era criolla y superó bien pronto en número a los obreros europeos de la ciudad porteña: los viejos sindicatos amarillos y las dos C.G.T. perdían viabilidad. Hasta 1943 los sindicatos estaban integrados por obreros urbanos de origen extranjero y dirigidos por socialistas y comunistas. Tales organizaciones serían disueltas por el gobierno militar; la renovada población del cinturón industrial las miraba con apatía, ya que no veía en ellas la defensa real de sus intereses y de los del país. Sobre esta base y a favor de las condiciones económicas reinantes con motivo de una guerra en la que el país no había participado, desarrollaría su política sindical el flamante secretario de Trabajo y Previsión.

Entre las medidas de todo orden dispuestas por el gobierno militar —cuyo hombre más lúcido era el coronel Perón— deben citarse la disolución del parlamento oligárquico, la intervención a los gobiernos provinciales hijos del fraude, el allanamiento e intervención contable de los consorcios de electricidad, la creación del Banco de Crédito Industrial, el fomento de las industrias militares, el revalúo de las tarifas aduaneras, la disolución de los partidos y el mantenimiento de la neutralidad. Frente al retraso de la burguesía industrial, era nuevamente el ejército el encargado de incorporar al país a la nueva realidad económico-social. Mas la presión del imperialismo y la oligarquía contra el gobierno y en particular contra Perón —en quien veían al liquidador de sus privilegios—, aumentaba a medida que la guerra imperialista tocaba a su fin y que la derrota del Eje era cosa descontada. Los partidos de derecha e “izquierda” se incorporaban a la maniobra en la que ya era evidente la presencia de Estados Unidos a través de su embajador Braden. El cerco en

torno a Perón se iba cerrando y, momentáneamente, se consigue sustraerlo de la escena. Pero no sería fácil terminar con tan importante figura.

Uno de los rasgos salientes de la política de Perón, como secretario de Trabajo y Previsión, había sido la sustitución de los viejos sindicatos socialistas y comunistas, como así la promoción de dirigentes nuevos y el impulso oficial para la formación de grandes federaciones de trabajadores industriales. Tal tarea no había sido vana. Si la oligarquía había transformado el viejo mote de “chusma” aplicado invariablemente a toda expresión popular desde las montoneras hasta entonces, por el de “cabecitas negras” —directa alusión al origen de la nueva clase obrera, por primera vez argentina—, el nuevo mote sería el símbolo real de nuevos tiempos. A partir de entonces los “cabecitas negras” llenarían con su presencia multitudinaria las páginas más vibrantes de nuestra historia. Y cuando el hombre que logró en aquellos decisivos momentos constituirse en la síntesis de sus sufrimientos, sus luchas y sus aspiraciones parecía perdido, la presencia de los “cabecitas negras” en las calles y plazas de Argentina, diría que no era así. Y si la momentánea caída de Perón revelaba la esterilidad de un nacionalismo militar sin calor de pueblo, las jornadas de octubre sustituirían a los “nacionalistas” uriburistas que rodeaban a la oficialidad, por la clase obrera.

11. LA REVOLUCIÓN NACIONAL EN ARGENTINA

El 17 de Octubre de 1945 marca, pues, el comienzo de la revolución nacional en Argentina. La clase obrera daría ese día su respuesta “física” a la conjuración oligárquico-imperialista. Ya estaban las condiciones

humanas necesarias para enfrentar a la “unión democrática” y el 24 de febrero de 1946 el movimiento antioligárquico y anti-imperialista consolida el poder de Perón. Resultado directo del lento y tortuoso proceso de desarrollo industrial que llevaría al primer plano a la burguesía industrial y al proletariado, la falta de madurez de esta primer clase, determinó que el peronismo no fuera sino una tentativa de realizar los presupuestos de la revolución democrática con el apoyo de la clase obrera y la dirección del ejército y la burocracia. A pesar de la hostilidad práctica de la burguesía industrial, el gobierno peronista fue su representante histórico. La posición de esta clase derivaba de que una parte dependía de las inversiones imperialistas y la otra, si bien era de capital nacional, sus propietarios eran extranjeros o hijos de extranjeros. Frente a los trabajadores argentinos, la burguesía industrial actuaba según el criterio del imperialismo. Como permanecía ajena a los problemas del país no hacía grandes inversiones, atendiendo a sus finalidades inmediatas; prefirió así la industria liviana que cumplía con sus intereses de momento y desechó la pesada, que hacía al desarrollo nacional. Se dedicó a las ganancias fáciles, al agio y a la especulación, a la evasión fiscal y se dio el lujo de ser antiperonista.

Así, siendo históricamente el representante de la burguesía local en tanto nacional, Perón mantuvo respecto a ella una absoluta independencia de resolución, impulsando algunas de sus medidas, aún por encima de esta clase. Los industriales se hacían millonarios a veces, a pesar de ellos: la política peronista los enriquecía, pero sin permitirles controlar los negocios. Tal política, fundada en la movilización constante y creciente de las masas abrió las puertas para un desarrollo industrial de proyecciones, que los hechos

relegaron sólo a las fabricaciones militares. Asimismo la política de nacionalizaciones y expropiaciones era a su vez neutralizada por la no destrucción del latifundio, fundamento del poder económico de la oligarquía.

La escasa importancia del Partido Peronista, al lado de la gran atracción que en las masas ejerciera su líder máximo; la dependencia de la C.G.T. respecto al gobierno, hecho que menguaba su capacidad de lucha; la secuela de la crisis económica de 1953 y finalmente la propia decisión de Perón de no llevar el cauce de sus realizaciones a la profundidad necesaria, hizo vano el intento de los hombres más lúcidos del movimiento. Y cuando en 1955 la industria siderúrgica estaba en marcha y un esbozo de plan petrolero iba a asegurar el abastecimiento interno, sólo la clase obrera armada podría evitar la caída del gobierno. Al no enfrentar la conjuración oligárquico-imperialista, Perón selló su propio destino y, por algunos años, el del país, y la oligarquía demostraría una vez más que sin tener el poder político podía seguir rigiendo los destinos de Argentina, aún a costa de esperas pacientes. El "nacionalista" Lonardi ya estaba en el poder, tras la campaña petrolera de Frondizi. Pero el tiempo y los hechos no habían pasado en vano y cualquiera haya sido el destino ulterior del movimiento peronista y el fracaso final de su experiencia histórica al cabo de diez años, su influencia seguiría gravitando y sus medidas prácticas harían imposible volver enteramente el país a los esquemas de 1943. Todo lo que había pasado era que el carácter bonapartista del gobierno de Perón que le permitió mantenerse en el poder por espacio de diez años, carecía de viabilidad al cabo de los mismos, al romperse el frente de clases del 45. Y cuando la debilidad del peronismo era mayor que las fuerzas e intereses que se le oponían, la suerte quedó de-

cida en favor de la contrarrevolución del 55.

12. LA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA

La coalición nacionalista-oligárquica, cuya cabeza visible fue Lonardi, intentó realizar una revolución e infundirle carácter nacional, pero con el apoyo del imperialismo: mantener la estructura económica, proseguir la política de industrialización y relegar a la clase obrera al papel de simple espectador, mientras se pactaba la reconciliación con la oligarquía y la iglesia. Rodeaban a Lonardi los "nacionalistas" de principios de la década infame y de principios del 43 (Amadeo), mientras la reacción pro-inglesa (Rojas) se reservaba puestos claves que la llevarían al primer plano el 13 de noviembre. Así el proceso regresivo iniciado en 1955, a la vez que significó el retorno de las fuerzas antinacionales, proscribió al pueblo mayoritario de la política activa e intentó retrotraer el país a su vieja condición agropecuaria. Sus primeras medidas significaron, en lo fundamental, el freno de la industrialización por imposición de las potencias exportadoras, la disminución del consumo obrero, el abaratamiento de la mano de obra, la desarticulación del movimiento sindical y la entrega a capitales extranjeros del control de nuestra economía interna, asegurando de tal manera la influencia decisiva del imperialismo anglo-norteamericano en nuestro país.

Pero no era posible regresar a 1943. Y si la política oligárquica pura, tal como lo pretendía esta clase no era posible, serían inútiles las medidas políticas de Aramburu. Mientras el aramburismo proscribía al movimiento peronista, intervenía los gremios, desnacionalizaba lo nacionalizado, restituía lo expropiado y privatizaba bienes públicos,

bajo la más cruda persecución que llegó aún a los fusilamientos de 1956, los intereses empresarios de los grupos industriales nacidos a favor de la política bonapartista del peronismo, encontraban la necesidad de "democratizarse", haciéndose dependientes de la oligarquía y pidiendo la protección del capital financiero internacional. Tal la síntesis que representarían Frondizi-Frigerio; tal el programa "nacional" y "popular" de 1958. La conexión entre el aramburismo y el frigerismo sería un hecho desde entonces hasta nuestros días. La política de Frigerio, fundada en los términos "estabilidad" (es decir, la estabilidad financiera requerida por la oligarquía) y "desarrollo" (el criterio pseudo desarrollista de la burguesía industrial), fue condicionada desde un principio por sus propias limitaciones y reflejó la incapacidad de la burguesía nacional, no sólo para realizar el plan frigerista de la "salvación nacional", sino para realizar su propia salvación como clase. Allí radica la explicación de todos los "planteos" hasta el definitivo del 29 de marzo.

Pero si había fracasado en 1955 la tentativa peronista de gobernar con la dirección del ejército y el apoyo obrero, y en 1962 la tentativa frigerista de gobernar con la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente, no tendría por ello mayor seguridad el gobierno que sucedió a esta última experiencia, ya que venía a representar la reubicación de las fuerzas de la oligarquía antinacional, pero ahora en un país con un grado relativamente importante de desarrollo. Por ello,

al comprender las clases dominantes la imposibilidad de tal asimilación, se produce la caída del grupo Adrogué-Lanús-Del Carril y el nuevo gobierno azul que, en términos generales, hereda la política de 1955, no alterada en esencia por Frondizi, sólo extirpa del seno del ejército a los sectores gorilas más reaccionarios, pero se revela incapaz de asumir la misma responsabilidad en el orden económico. El correlativo de esta situación no podía ser sino una participación condicionada del peronismo en las elecciones v. concretamente, la parodia electoral del 7 de julio, con la auto-proscripción del "frente" frigerista.

La promesa radical del pueblo de establecer una política de defensa de la soberanía económica, de levantamiento de las proscripciones, de paz social —verbalismo balbinista y perettista al margen— no puede ocultar el hecho de que la clase media rural, urbana y comercial, ligada a la exportación, no logrará —si por supuesto lo intentara— sustraer al país de la presión oligárquica. Más la crisis de la restauración oligárquica, cuyo primer índice fue el primer planteo azul y el más concreto la derrota colorada de abril, llega a un punto culminante con la ascensión de Illia al poder. Y mientras este último hecho marca el fin de la contrarrevolución del 55, la descomposición general de la sociedad argentina se insinúa —pese a todas las "sorpresas" que aún pueda deparar el fantasma de Sabattini— como un preanuncio de la inevitable derrota de la reacción.

LA POLITICA MUNDIAL DE LA BUROCRACIA SOVIETICA

La Revolución Rusa de 1917 marca el fin del ascenso del capitalismo como sistema mundial, y el comienzo de su agonía mortal. Pero sólo el comienzo. Los hechos han demostrado que esa agonía iba a ser larga, y que el capitalismo, aunque condenado por la Historia, era capaz de renovarse parcialmente y de ejercer una terrible presión material e ideológica sobre los estados obreros en formación.

No cabe duda de que todo análisis histórico, para adquirir coherencia y claridad, exige una directriz precisa. Determinarla debe ser el primer objetivo. Ahora bien: no es difícil observar que la época de ascenso del capitalismo está signada por la presencia de las clases oprimidas como un mero objeto de la Historia. La ideología dominante es la de las clases dominantes (Marx) y la única política viable es la de esas clases, que imponen su sello a toda la sociedad.

Otra es la situación a partir de la Revolución Rusa. Por esa brecha se filtró la posibilidad de una política obrera a partir de un nuevo centro de poder, la posibilidad de que las masas explotadas se convirtieran de objeto en sujeto de la Historia.

Allí está la nueva directriz del proceso histórico, y la burguesía mundial lo comprendió perfectamente, readaptando toda su política y todas sus contradicciones internas a las necesidades del nuevo epicentro: la lucha anti-soviética y anti-comunista. Por consiguiente, un análisis de las grandes líneas de la política de la burocracia soviética constituirá el hilo rojo que nos hace falta para orientarnos en la maraña de los acontecimientos internacionales de las últimas cuatro décadas.

PRIMERAS DERROTAS: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

Como se recordará, la Revolución de 1917 fue seguida por una serie de movimientos revolucionarios en Europa Occidental, cuya última manifestación fue la huelga general inglesa de 1926. No hubo en ese período pasividad política ninguna de la clase obrera europea. Hubo, sí, una serie de derrotas, de las cua-

les las más importantes fueron la subida de Mussolini al poder en Italia, en 1922, y el fracaso de la insurrección del proletariado alemán en 1923.

Esas derrotas reconocieron como causas, por una parte la inexperiencia política del proletariado europeo, que recién estaba abandonando los partidos social-demócratas, profundamente adaptados a la sociedad burguesa en la cual se habían desarrollado, y por otra parte, la gran experiencia de la burguesía europea, con más de un siglo de usufructo del poder, y que contó en el momento oportuno con la poderosa ayuda financiera de Estados Unidos (moratoria Dawes, plan Hoover).

Esas derrotas se sumaron al fracaso de la revolución china de 1925-27, y al proceso de degeneración burocrática que sufría la Unión Soviética. Produjeron una transformación completa de la Tercera Internacional, que se convirtió en la correa de transmisión de las necesidades políticas de la burocracia soviética, temerosa y miope, que sólo aspiraba a conservar de cualquier manera sus propias posiciones de privilegio en el aparato estatal de la Unión Soviética.

LA ETAPA ULTRAIZQUIERDISTA

Llegó la crisis mundial de 1929, dando un mentís rotundo a los apologistas del sistema burgués, y demostrando en forma terminante la exactitud del análisis marxista, que llegaba a la conclusión de que el capitalismo no podría evitar las guerras, las revoluciones, las crisis y otros saltos en el vacío.

Un partido revolucionario hubiera sacado el máximo provecho de esa situación, combinando la mayor rigidez en los principios con la mayor flexibilidad en la práctica, y elevando a la clase obrera, en forma gradual y firme, a la altura de sus tareas históricas. Pero Stalin y su camarilla, que en todo el período anterior habían llevado una política ultraderechista, que culminó en 1928 con la colectivización forzada de la agricultura y la "liquidación del kulak (campesino rico) como clase", dieron un violento bandazo a una posición ultraizquierdista, y decretaron que la crisis

mundial determinaba en todo el mundo una situación revolucionaria.

Por consiguiente, los partidos comunistas de todo el mundo, haciendo caso omiso de las condiciones peculiares de cada país, debían prepararse a tomar el poder. Los stalinistas decretaron que los demás partidos de izquierda eran enemigos mortales del proletariado, a los que había que combatir por todos los medios. Stalin declaró en la Internacional Comunista que "el fascismo y la social-democracia no son enemigos, sino gemelos. La social-democracia es objetivamente el ala moderada del fascismo". Los social-demócratas recibieron el apelativo de "social-fascistas".

En Alemania esta política suicida fue aplicada hasta sus últimas consecuencias por la dirección del P. C. (Thaelmann). En el referéndum de 1930, por medio del cual los nazis se proponían derribar el gobierno social-demócrata de Prusia, los comunistas recibieron la orden de votar por Hitler. En 1932, la huelga de los transportes de Berlín, organizada por los nazis como otra forma de presión contra los social-demócratas, fue apoyada por el P. C. En aquella misma época, el diputado comunista Remmelé, admirable intérprete de la política del "social-fascismo", declaraba en pleno Reichstag: "Dejaremos que los nazis y los social-demócratas se rompan los cuernos entre sí".

En enero de 1933, como consecuencia de la victoria electoral del partido nacional-socialista, obtenida gracias a la división de la clase obrera alemana, que propició y fomentó el P. C., bajo la dirección stalinista, Hitler se hizo cargo de la Cancillería alemana. Ese acontecimiento determinó todo el curso ulterior de la historia. En ese momento, Stalin declaró: "La dictadura fascista destruye las ilusiones democráticas, y libera a las masas de la influencia social-demócrata, acelerando así la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria... Sólo los ignorantes y los idiotas pueden decir que los comunistas alemanes han sido vendidos". Pero Thaelmann y cientos de miles de comunistas alemanes murieron en los campos de concentración hitlerianos, el P. C. quedó aniquilado, y hasta el día de hoy su influencia en Alemania Occidental es nula: los obreros alemanes no olvidan la traición stalinista.

En 1938, Stalin decapitó al ejército soviético, al fusilar a sus mejores generales: Tugachevsky, Uborevich, Yakir, etc., sobre la base de datos proporcionados a la G. P. U. por la Gestapo. Un año después se firmó el pacto Ribbentrop-Molotov, por medio del cual Stalin y su inepta burocracia se proponían alejar la guerra mundial de las fronteras rusas. En 1942 Rusia era atacada por sorpresa, a pesar de las adver-

tencias al incrédulo Stalin del servicio secreto soviético, que le dio **día y hora** del ataque.

EL "FRENTE POPULAR"

Lo que vino después de la subida de Hitler al poder no fue sino la consecuencia ineluctable de esa política. Presa de espanto ante el avance del hitlerismo, Stalin ejecutó un nuevo viraje, y en 1935, en el 7º y último Congreso de la Internacional Comunista, fue lanzada la línea del "Frente Popular". El centro de la acción política del stalinismo se trasladó a Francia y España.

En Francia se había desencadenado a principios de 1936 un formidable movimiento huelguístico, que había culminado con la ocupación de las fábricas y el comienzo del armamento del proletariado (toma del arsenal de Tolón). El dirigente socialista León Blum subió al poder encabezando un gobierno de "Frente Popular", con apoyo stalinista, para frenar y desviar el movimiento. De esta manera se puso de relieve, en forma clara e intergiversable, el papel que les corresponde a los partidos oportunistas en las crisis revolucionarias, cuando las clases dominantes se encuentran en grave peligro: toman el lugar de la burguesía, y cuidan sus intereses, conservando intactas las estructuras fundamentales, hasta que el peligro ha pasado y la burguesía puede volver a manejar nuevamente las palancas del poder.

En España la política de "Frente Popular", aplicada durante la rebelión franquista, produjo el aplastamiento de la República. El pronunciamiento de los generales había sido la respuesta de las clases dominantes españolas ante la situación de crisis revolucionaria abierta en España por la caída de la monarquía en 1931. A su vez, ese pronunciamiento precipitó la movilización de las masas, que se incautaron en las ciudades de las fábricas, las usinas eléctricas y los transportes, haciéndolos funcionar bajo control obrero, y en el campo se apoderaron de las tierras, trabajando en forma cooperativa, y resuscitando (especialmente en Aragón) la histórica tradición de los Comuneros.

Los Comités de Milicias Antifascistas —verdaderos Soviets bajo otro nombre— habían instaurado prácticamente la dualidad de poderes, habían comenzado a dar órdenes que se contraponían directamente a las del débil y apocado gobierno central. La burguesía y los terratenientes huyeron a la zona franquista. En la zona republicana quedó un conjunto de políticos caducos (Azaña, Largo Caballero, Indalecio Prieto, Negrín, etc.), y un núcleo de militares honestos, encabezados por el general Miaja, que se negaron a traicionar su juramento de fidelidad a la República.

En esas condiciones, para destrozarse la rebelión franquista era necesario conducir la guerra con el máximo de energía. Para eso, había que concentrar el poder en las manos del Comité Central de Milicias Antifascistas, liquidando la farsa de gobierno legal presidida por Azaña, que no representaba a nadie, mejor dicho, que representaba a sectores sociales que se habían ubicado **del otro lado del fuego**. Pero aquí también se movilizó el P. C., con su política de "Frente Popular", y los políticos caducos siguieron en el gobierno: no se podía asustar a la "opinión pública" de los "países democráticos". Resultado: Francia e Inglaterra asfixiaron económica y militarmente a España Republicana a través de la "no-intervención", mientras la Alemania nazi y la Italia fascista apoyaban en forma masiva al franquismo, determinando su triunfo militar.

Obsérvese bien que no existe ni en la teoría ni en la práctica del marxismo-leninismo ninguna prohibición dogmática que impida un acuerdo de mayor o menor alcance entre el movimiento revolucionario de la clase obrera, y algún sector de la clase media o aún de la burguesía. Pero ocurre que para ese acuerdo, lo mismo que para el matrimonio, **hace falta ser dos**. En otras palabras, para que ese acuerdo tenga algún valor para el movimiento revolucionario, la otra parte contrayente debe demostrar **en los hechos, en la práctica**, sin lugar a dudas ni reservas mentales, que está dispuesta a intervenir en la lucha, que está dispuesta a hacer sacrificios y a hacer su parte sin pedir privilegios indebidos, sin pretender que su participación, secundaria con respecto a la del proletariado, se transforme en una fuente de exigencias que cercenen los derechos de la clase obrera y aminoren su energía y su capacidad de lucha.

Esos figurones sin representatividad, instrumentados por el P. C., que quedaron en la España Republicana, eran la verdadera "quinta columna" de la cual hablaban los franquistas. Cumplieron a la perfección su papel paralizante de las mejores energías del proletariado y del campesinado de España. Ninguno de ellos sufrió el cautiverio franquista, y un complaciente doctor Negrín, en pago de tanta traición, permitió que todo el oro de la República Española fuera embarcado hacia la Unión Soviética, que lo retiene hasta ahora. Pero millones de españoles pagaron con la muerte en el frente o en las mazmorras franquistas, o con el hambre, el crimen de haberse querido liberar del abrazo asfixiante de los terratenientes y de la burguesía de España, sólidamente unidos por la Iglesia bajo la bandera de Franco y de sus moros musulmanes.

Toda esta época de derrotas está signada por la política del "Frente Popular", que fue el mejor instrumento que podía encontrar la burguesía para batirse en retirada en buen orden, dejando infiltrado en las filas enemigas un destacamento que siguiera velando por sus intereses y por la conservación de las estructuras fundamentales, hasta que las condiciones le permitieran pasar a la contraofensiva y destrozarse a un adversario ya debilitado por las vacilaciones y los errores que ese destacamento había provocado en su seno.

En síntesis: 1) la política de Stalin, lejos de impedir, fomentó la ascensión del nazismo al poder, modificando en forma decisiva la correlación de fuerzas a favor de la burguesía mundial; 2) su viraje hacia el "Frente Popular" consolidó a la burguesía europea en el poder, dándole el respiro que necesitaba para reagruparse con vistas a la segunda guerra mundial; 3) su pacto de no-agresión con la Alemania nazi, lejos de impedir la segunda guerra mundial, la provocó, al dar a Hitler la seguridad de que no tendría que combatir simultáneamente en dos frentes. Stalin consiguió mantenerse al margen de la contienda, pero sólo hasta que Hitler llegó al Canal de la Mancha. Después el pueblo ruso pagó con veinte millones de muertos y con la destrucción de una buena parte de su economía las consecuencias de esa política miope y suicida.

APLICACIÓN DEL ACUERDO DE YALTA EN ITALIA Y FRANCIA

Lo que vino luego es historia reciente. El acuerdo de Yalta entre Stalin, Roosevelt y Churchill dividió el mundo en esferas de influencia: América Latina para los yanquis; Europa occidental para los europeos; Europa oriental para los rusos; China para Chiang-Kai-Shek. Todo movimiento popular debía ser frenado y reprimido. Ya no se trataba siquiera de "frentes populares" con partidos pseudo-izquierdistas, con algún asidero en la clase obrera y en la pequeña burguesía, sino de acuerdos directos entre Estado y Estado.

La misma Internacional Comunista, fundada por Lenin y Trotsky en 1919, en las peores condiciones de guerra civil, intervención extranjera y terrible miseria, como demostración de que la Unión Soviética sólo podía contar con el apoyo de las masas, había sido disuelta en 1943 por un simple decreto administrativo de Stalin. Con esa medida Stalin quería demostrar a sus nuevos aliados, algo que éstos ya sabían: que sólo lo guiaban los intereses de la casta burocrática que representaba, y no los intereses nacionales

del pueblo ruso, que coinciden con los intereses internacionales del proletariado mundial. A su vez los partidos comunistas, como agentes directos del Estado Soviético, realizaban la política dictada por éste, y no la política determinada por los intereses propios del proletariado de cada país.

No es de extrañar, en tales condiciones, que al terminar la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas dieran a los guerrilleros la orden de entregar las armas a los ejércitos aliados. Especialmente crítica era la situación social en Italia y en Francia. En Italia la burguesía estaba profundamente dividida en dos sectores, uno pro-nazi, que se había alineado en la "República Social" de Mussolini, y otro pro-aliado, dirigido por el mariscal Badoglio. Al producirse la derrota hitleriana el fiel de la balanza estaba en manos de los "partigiani", armados hasta los dientes, y organizados en los Comités Nacionales de Liberación, en los cuales tenían influencia decisiva los comunistas.

Decir que los aliados hubieran podido transformar la guerra contra Hitler en una guerra contra el pueblo italiano, si éste hubiera decidido darse un gobierno de izquierda, es suponer que las tropas aliadas, preparadas psicológicamente por varios años de propaganda contra la tiranía nazi, podían desempeñar sin transición de ninguna especie el mismo papel que las tropas alemanas. Y eso, nadie puede afirmarlo a priori. Piénsese que los Estados Unidos, únicos poseedores, por ese entonces, de la bomba atómica, no prosiguieron la lucha hasta aplastar a la Unión Soviética, como lo preconizaba Churchill, por la sencilla razón de que eso era **políticamente imposible**, aunque fuera militarmente viable.

Por consiguiente, puede aseverarse, sin temor a caer en la abstracción, que un partido revolucionario dispuesto a actuar sobre las tropas aliadas por la vía de la convicción, poderosa cuando es ejercida por millones de voces, por todo un pueblo, en suma, podía impedir que una guerra planteada como una lucha de liberación se transformara en una campaña de opresión anti-popular.

De todos modos, el P. C. italiano no tenía la menor intención de ensayar ese camino, y su jefe, Palmiro Togliatti, se transformó en el viceprimer ministro del primer gabinete de la Italia Republicana. Cuando sus servicios en tal carácter resultaron innecesarios, o sea cuando la situación político-social quedó debidamente estabilizada para la burguesía italiana, se lo despachó sin ceremonias a la oposición, donde ha quedado hasta el día de hoy, luciendo como gran orador en el Parlamento burgués.

En Francia la situación social era aún peor que en Italia. La burguesía francesa se había plegado en masa a los nazis a partir de la derrota militar de Francia en junio de 1940, y aprovechaba el régimen colaboracionista de Pétain para redoblar la explotación de los obreros y la persecución de los rebeldes, que creían en una Francia libre. En esa oportunidad quedó demostrada, de una manera que podríamos llamar clásica, la importancia que reviste para la burguesía el amor a la patria, cuando tiene que optar entre sus propios intereses y los intereses nacionales. El capitalismo francés estaba dispuesto a pelear contra Hitler hasta el último obrero y el último campesino franceses, para pactar después con el enemigo victorioso sobre las espaldas de esos mismos obreros y campesinos derrotados.

En cuanto a De Gaulle, que había tomado a su cargo la defensa del "honor nacional francés" ante esa traición en masa, y que había emigrado a Londres, su falta de carácter representativo era evidente, y eso explica, sin necesidad de otras consideraciones, el desprecio insolente que Churchill demostró hacia él durante todo el conflicto mundial.

Al terminar la guerra los "maquis" controlaban todas las fábricas, de las cuales habían huido los dueños, pro-nazis en su inmensa mayoría, y que tenían los pelotones de fusilamiento a su regreso. Además los "maquis" tenían sus propios órganos de opinión, y gozaban de un inmenso prestigio entre la población y las tropas aliadas, admiradas ante tanto heroísmo. Aún más que en Italia, parecía inevitable la instalación en Francia de un gobierno netamente izquierdista.

Pero, por supuesto, los stalinistas no tenían la menor orientación revolucionaria, y **ni pensaban** en hacer una tentativa en ese sentido. Entregaron dócilmente las armas, y su jefe, el ex minero Thorez, se convirtió en el viceprimer ministro de De Gaulle, colocado rápidamente al frente de la situación. Este último contó desde el primer instante con la colaboración de la burguesía que regresaba a sus casas, ya segura, y que volvía a encontrar de golpe su perdido patriotismo.

Y a su debido tiempo Thorez recibió la patada en el trasero que se merecía.

IDEOLOGÍA DE LA "RESISTENCIA" Y Y PAPEL DEL STALINISMO

Se podrá intentar rebatir la argumentación anterior, afirmando que las armas de los "partigiani" y de los "maquis" eran de procedencia aliada, y que en los Comités Nacionales de Liberación, tanto en

Francia como en Italia, no había solamente comunistas, sino también elementos liberales, provenientes de la clase media, y hasta sacerdotes de la Iglesia Católica. Toda esa gente, se arguye, no estaba dispuesta a acompañar a los comunistas hacia la izquierda.

Evidentemente, la confusión ideológica en las filas de los guerrilleros era enorme. Pero los stalinistas, por su parte, nada hicieron para disiparla: los acuerdos de Yalta les habían atado las manos y congelado las lenguas, y les habían dejado como único papel el de tropa de choque y ala izquierda de un dispositivo destinado a asegurar, en último análisis, la supervivencia del régimen burgués en Europa, permitiendo una transición pacífica y consolidando la toma del poder por el equipo de recambio.

Y sin embargo, todos los que habían luchado contra los nazis en la Europa ocupada, tenían la convicción de que la Segunda Guerra Mundial no se había librado por Polonia ni por Checoslovaquia, sino entre dos grupos imperialistas rivales que trataban de arrebatar mercados y colonias. El consenso general consideraba al régimen burgués como responsable de la guerra y de la política de exterminio, y como un sistema caduco, que no se podría sostener. La clase obrera y vastos sectores de la clase media que lo habían perdido todo, deseaban con vehemencia un **cambio social**.

Lógicamente, ese deseo de cambios era formulado de maneras distintas, según cuál fuera el sector social que lo expresaba, y en muchos casos asumía una forma imprecisa, confusa, ambigua. Pero la misión de un partido revolucionario consiste **justamente** en dar una formulación **explícita** y clara a las aspiraciones confusas, pero justas, de las masas. Y no se puede dudar sobre cuál hubiera sido la evolución política de Europa occidental de haber existido ese partido.

De todos modos, el partido comunista estaba allí no para cumplir una misión revolucionaria, sino para confundir, desorientar y desviar a las masas, e inclusive oscurecer y anular nociones que les resultaban claras sobre el carácter de la guerra y lo que había que hacer en la posguerra.

Es natural que al producirse, gracias a la confabulación de Yalta-Postdam, la estabilización del sistema capitalista en Europa, las masas se reubicaran como pudieron y se readaptaran psicológicamente. Nadie puede obligar a decenas de millones de personas a vivir en una permanente tensión, y en la continua búsqueda de objetivos que se vuelven cada vez más lejanos e insalvables, cuando los partidos cuya finalidad tendría que ser el logro de esos objetivos demuestran

en la **práctica** que han capitulado, y que se conforman con algunas **miserables migajas**, dentro del mismo régimen burgués que deberían combatir.

Nosotros absolvemos a esas masas europeas de toda imputación de pasividad política, admiramos el coraje y la tenacidad con que reconstruyeron sus vidas, sus hogares y sus medios de trabajo en el único sistema que las circunstancias les permitían, y denunciaremos al partido stalinista —que de comunista sólo conserva el nombre— **como el más formidable obstáculo objetivo que se haya interpuesto jamás en el camino de las masas hacia un régimen social nuevo, libre de crisis, de guerras y de miseria material y moral.**

EL MERCADO COMÚN EUROPEO

En 1948, cuando estuvo claro que la izquierda no iba a crear problemas, y que los comunistas cumplían lealmente con lo pactado en Yalta y Postdam, los yanquis apoyaron en forma masiva, a través del Plan Marshall, la recuperación económica de Europa.

Obsérvese aquí un rasgo característico de la política norteamericana: el intervenir **tarde** para no correr **ningún riesgo**. Según los descendientes espirituales de Calvino, "no hay nada más tímido que un millón de dólares". El Plan Marshall es un buen ejemplo. Los dólares sólo aparecieron cuando los financistas yanquis lograron asegurarse sustanciales ventajas: una entrada decisiva de sus capitales en el mercado europeo y bases militares para su campaña antisoviética.

Sin embargo, la historia, cuyo curso es irreversible, y que avanza continuamente en territorio desconocido sin repetirse jamás, les jugó una mala pasada a los yanquis. La burguesía europea, sorprendida ella misma por el inesperado crédito que los acontecimientos le prestaban, y sabedora del obstáculo decisivo que para el desarrollo de las fuerzas productivas representan las fronteras nacionales, decidió realizar por su cuenta el viejo ideal de los **Estados Unidos de Europa**. Recuérdese que la Internacional Comunista había lanzado la fórmula de los "Estados Unidos Socialistas de Europa", que fueron considerados en esa época como una utopía irrealizable.

A partir de 1952, con los Tratados de Roma la burguesía europea lanzó en forma fría y decidida la versión capitalista de esa utopía. Y en diez años el Mercado Común Europeo se ha transformado en una nueva potencia mundial, de carácter supranacional, que ha puesto término en forma definitiva al papel hegemónico de los Estados Unidos en la política inter-

nacional, y que ejerce una atracción irresistible sobre los países de Europa que no se le han plegado aún.

En el terreno económico, la consecuencia inmediata de esa política clarividente de la burguesía europea ha sido una prosperidad sin precedentes. Los mismos apologistas del capitalismo hablan de un "milagro".

No es de extrañar, en esas condiciones, que los pueblos de Francia, de Italia y de Alemania se nieguen a dejarse conducir por un partido tan gastado y desprestigiado como el comunista. No es de extrañar que nadie huya del infierno capitalista al paraíso soviético, cuando todos saben que para conseguir un kilogramo de carne o de manteca hay que trabajar en la zona soviética de Alemania **dos y tres veces más** que en la zona occidental. La muralla de Berlín, vergonzoso estigma que marca a fuego el régimen burocrático del bloque soviético, y que desprestigia la idea misma del socialismo entre quienes lo identifican con el régimen soviético, es más elocuente que cien discursos de Khrushchev.

A nadie se le podría reprochar que prefiriera el pan sin libertad a la libertad sin pan. Los hombres, en general, no están hechos de pasta de héroes. Pero es que en el bloque soviético hay poco pan, y, además, no hay libertad. La dictadura burocrática, que la dirección khrushchevita no hizo más que amortiguar para permitir la subsistencia de la burocracia, es **insanablemente ineficiente**, como lo demuestra su impotencia para resolver, 47 años después de la Revolución Rusa, el problema del atraso de su agricultura.

No entraremos aquí a analizar las raíces profundas de esta ineficiencia insanable, frente a la cual Khrushchev sólo atina ahora a proponer que se imiten los métodos de los "farmers" norteamericanos. Ahora sólo interesa destacar el hecho. Ese hecho lo conocen **perfectamente** los obreros europeos: es imposible engañarlos al respecto, por más propaganda que haga la maquinaria comunista. Los obreros europeos, que tienen hoy la posibilidad de comprar una motoneta o inclusive un pequeño auto, un televisor, una heladera, un lavarropas y otras comodidades, y que pueden vivir en una casita o en un departamento sin promiscuidad, saben perfectamente que sus hermanos soviéticos no pueden hacer lo mismo, y que allí una buena vivienda, el televisor, la heladera, para no hablar del auto, son un privilegio **exclusivo** de los burocratas.

Por supuesto, no hacemos la apología de la casa propia, ni del auto, el televisor o la heladera, con

los cuales la burguesía intenta mantener a los obreros dentro del marco de una sociedad alienada, tratando de convencerlos que más allá de eso y de la concurrencia dominical a un partido de fútbol, un cine o un bar, **no hay nada**. Evidentemente, la burguesía, cuyo motor histórico es la apropiación de la plusvalía a través de la producción de valores de uso, de mercaderías, de cosas, encuentra en esas **cosas** el motivo de su existencia, su propia justificación ante la sociedad. Y trata de que los auténticos productores de esas cosas piensen lo mismo. Lo logra tan sólo en la medida en que una auténtica vanguardia revolucionaria no contraponga al veneno de las concepciones burguesas las concepciones propias de una sociedad de productores libres, entre quienes las relaciones se establecen directamente, en un terreno humano, y **no a través de las cosas**.

Pero la burocracia soviética es incapaz de ofrecer al pueblo alemán esas concepciones liberadoras. Por eso la muralla de Berlín impide la fuga de Oriente a Occidente, y **no viceversa**. Los hechos, como solía decir Lenin, **son una cosa muy dura**.

DESCENTRALIZACIÓN Y CENTRALIZACIÓN

A esta altura de la exposición es necesario hacer una acotación importante: no se deduzca de lo antedicho una postura antisoviética, de cualquier matiz que sea. Discriminar entre la revolución de octubre y las instituciones creadas por ésta, y sus epígonos y usufructuarios stalinistas y khrushchevitas, es el primer deber de un revolucionario latinoamericano.

Queda para otra oportunidad un análisis de fondo de la burocracia soviética actual y de sus perspectivas probables. Pero hay algo que no se puede dejar de señalar: su situación como casta parasitaria, que no desempeña un lugar necesario y legítimo en la producción, es tan indecisa e indefinida como hace treinta años, en la época de las grandes purgas. Su continua oscilación bonapartista entre el imperialismo y la revolución la obliga, por otra parte, a luchar contra los comunistas chinos y, simultáneamente, a apoyar la revolución cubana, apoyo que constituye, al mismo tiempo, una carta de negociación y de chantaje con los Estados Unidos.

Sin embargo, sería un planteo demasiado simplista el que redujera todo el problema político internacional a la contradicción Estados Unidos - Unión Soviética. Cuando se nombra a estas dos grandes potencias, se tiende a subsumir en ellas los bloques que ambas

encabezan. Pero en los dos bloques han aparecido tales fisuras que las nociones mismas de **bloque occidental** y **bloque oriental** han perdido ya gran parte de su validez. La realidad política actual tiende cada vez más a asumir una forma multipolar, sobre la base de varios **centros de poder**: los Estados Unidos, la Unión Soviética y sus satélites, que ya no lo son tanto, el Mercado Común Europeo, el British Commonwealth, China, Japón, el Tercer Mundo.

Esta situación complica las cosas para el análisis, pero probablemente las simplificará para la acción revolucionaria. La configuración política anterior, en la cual los Estados Unidos ejercían el liderazgo de la burguesía mundial, y la Unión Soviética la dirección del proletariado mundial, a través de los partidos comunistas, ha quedado despedazada por los acontecimientos. En este momento es dable afirmar que **nadie** tiene las palancas decisivas bajo su absoluto control, sino, a lo sumo, **una porción de manija**, que emplea y aprovecha de la mejor manera posible.

Se trata, en suma, de un proceso de **descentralización de las clases dominantes**, que recién está en su etapa inicial, por supuesto. Pero todo proceso de descentralización de la burguesía es, al mismo tiempo, un proceso de **centralización del proletariado**.

Conclusión general: La época de retirada general de la clase obrera, iniciada en 1923, puede considerarse terminada. Se ha abierto una nueva época, cargada de posibilidades y de responsabilidades, en que las clases y los pueblos oprimidos estarán en mejores condiciones que nunca para introducir cambios decisivos en su destino y lograr una existencia verdaderamente humana.

* * *

APÉNDICE: SOBRE EL TERCER MUNDO Y LA TERCERA POSICIÓN

En las notas anteriores se ha hecho uso de la expresión "Tercer Mundo". Pero esta expresión, muy cómoda para referirse en forma global a los países que en la UN forman el bloque afroasiático y el latinoamericano, podría prestarse a alguna ambigüedad, al aparecer emparentada, por lo menos terminológicamente, con la "Tercera Posición".

Ahora bien: si se aceptara que el mundo actual, como dijimos antes, está dividido en varios centros de poder, de distinta envergadura, la "Tercera Posición" podría llamarse Cuarta, Quinta o Sexta Posición, según cual fuera el centro al cual se pretendiera que se adhiriera la Argentina. Sin embargo, no es así, evidentemente. Cuando se habla de una "Tercera Posición" se hace indudable referencia a un camino intermedio entre el capitalismo y el socialismo, que tomaría de ambos los aspectos "buenos", descartando los "malos". Todos los países del llamado Tercer Mundo, según esta tesis, estarían ahora recorriendo, aunque sea a tientas, ese camino.

No obstante, la realidad desmiente terminantemente las posiciones del "tercerismo". En los países en crisis, o bien se ha producido una evolución hacia el socialismo (Egipto, Cuba, Argelia), o una violenta restauración oligárquico-imperialista (Argentina, Brasil). La experiencia histórica ha demostrado que no hay ningún camino intermedio. El mismo general Perón lo reconoce, implícitamente, al tomar como mentores de su "Tercera Posición", alternativamente, a De Gaulle y a Mao Tse Tung, con lo cual demuestra que su pensamiento político-social navega a la deriva, sin brújula ni rumbo fijo. En este terreno, como en todos los demás, sentarse entre dos sillas es la mejor manera de caerse al suelo.

ACERCA DE UNA POLEMICA

I. LOS SUPUESTOS TEÓRICOS DE UNA DISCUSIÓN

En nuestro medio político la polémica es poco frecuente. Se la reemplaza en general por la diatriba, que, por supuesto, deja siempre las cosas como están.

Esa sola consideración bastaría para atribuir gran importancia a la polémica entablada en el Nº 6 de la revista "Izquierda Nacional" por un intelectual serio como Spilimbergo, contra determinadas posiciones expuestas en las revistas "Táctica" y "El Obrero". Pero hay algo que acentúa la importancia de esa polémica: el hecho que en la misma se abordan, de una u otra manera, prácticamente todos los problemas fundamentales de nuestra lucha de liberación.

Spilimbergo inicia su exposición señalando la trascendencia de las últimas escisiones comunistas, e indica cuáles son, a su criterio, las causas del fenómeno: en el campo internacional, el "deshielo" soviético, la disputa chino-rusa, "experiencias como las de Polonia y Yugoslavia, que multiplican las imágenes posibles de los caminos nacionales", las revoluciones de Argelia y Cuba, que "menoscaban la pretensión eclesiástica de los P. C. oficiales"; y en el campo argentino, "la quiebra de las ilusiones democráticas alimentadas entre 1955 y 1958, que ha suscitado en amplios sectores de la clase media mayor simpatía y comprensión hacia el proletariado y sus banderas nacionales". Spilimbergo se olvida aquí de señalar el **fundamento material** de esa quiebra: la falta de horizontes burgueses de una clase media asfixiada por el estancamiento de la economía argentina, lo cual la obliga **como clase** a orientarse hacia el proletariado, en el cual presiente el aliado natural —y único— en la lucha contra esa asfixia.

A continuación Spilimbergo la emprende contra las direcciones de transición, "que reflejan, más bien pasivamente, los cambios en la situación objetiva, intentando un compromiso entre los viejos prejuicios y las nuevas tareas", y que "se limitan a aligerarse de las aberraciones más evidentes en que incurre la cipayería ortodoxa, y a utilizar ciertos tópicos de la

izquierda nacional para mejor combatirla, en una especie de adaptación jesuítica a los tiempos".

Después de estas consideraciones poco amables pero, en gran parte, exactas, Spilimbergo les pronostica la anarquía y la disgregación, y les exige, como condición *sine qua non* para salir de la izquierda cipaya, una "depuración autocrítica" que "lleve hasta sus últimas consecuencias la revisión de la vieja ideología, hasta pasar del campo del centrismo al campo del socialismo de izquierda nacional..." "La tarea que, en condiciones tan complejas y singulares como las argentinas, aguarda a los disidentes comunistas, no consiste en un arreglo unilateral de cuentas con Codovilla, sino en un replanteo del país y de su problemática." Para este replanteo total es necesario llegar "a los supuestos teóricos mismos del problema, tales como la teoría leninista sobre el imperialismo y la cuestión nacional, la dialéctica formativa de la conciencia de clase o las relaciones entre socialismo, partido y movimiento de masas".

II. ¿ACTITUD ANTIBURGUESA O ACTITUD ANTIIMPERIALISTA?

Después de estas postulaciones trascendentes, habría esperar que el resto del trabajo de Spilimbergo, apelando a los "supuestos teóricos mismos del problema", arrojara meridiana claridad sobre los temas en discusión, manteniéndose, por supuesto, sobre el terreno que afirma pisar, vale decir sobre el terreno del marxismo.

Nada más incierto. En efecto, después de acusar a los disidentes de hacer una "oposición meramente táctica al codovillismo, dentro de un acuerdo estratégico esencial", Spilimbergo rechaza toda tentativa de integrar a los nuevos obreros a las "tradiciones globales" del proletariado, pues sería integrarlos a una política "antiburguesa". A su vez, esa política antiburguesa consistiría en "desconocer el contenido nacional-democrático de la revolución popular argentina".

Así, sin más preámbulos ni trámites, Spilimbergo corta de un tajo el nudo gordiano de la "revolución argentina": se trata de una revolución **popular** de contenido **nacional-democrático**. Toda política "anti-burguesa" tiene a Juan B. Justo como inspirador, y a la oligarquía conservadora como beneficiaria.

Tampoco tendría ningún sentido, según Spilimbergo, hablar de una **verdadera** política de clase, pues en 1945 "no había a la izquierda ningún partido político capacitado para semejante tentativa", y si hubiese existido, "una equidistancia hostil hacia la Unión Democrática y el Peronismo lo habría circunscripto a un aislamiento sectario, desde que Perón, como jefe burgués del movimiento nacional, resolvía prácticamente los problemas de las grandes masas".

Por cierto, no cabe la menor duda de que si los revolucionarios, o pseudo-revolucionarios, son incapaces de encontrar una salida, la historia se encargará siempre de hallar alguna en forma sumaria, resolviendo "prácticamente" (aunque sea a través de las cámaras de gases), los problemas de las grandes masas. Ya lo señaló Lenin: **no hay situaciones sin salida**. Si las masas no logran encontrar a **tiempo** una salida revolucionaria, la burguesía terminará por encontrar una salida conservadora.

Sin embargo, a renglón seguido, Spilimbergo se contradice, pues afirma que los líderes de tan hipotético partido, colocados entre la Unión Democrática y el peronismo, no se habrían debatido de ninguna manera en la impotencia. En efecto, "habrían aplicado la táctica del Frente Único Antiimperialista, apoyando críticamente a la dirección burguesa, para disputarle la jefatura histórica de las masas en el cauce mismo del proceso". Habrían comprendido, en suma, "que sólo el desarrollo y la profundización del movimiento nacional creaba las premisas para el surgimiento de una **verdadera** conciencia socialista revolucionaria en el proletariado".

Estas vacilaciones y contradicciones de Spilimbergo son típicas del oportunismo **calificado** y forman parte integrante de su técnica propia. Esa técnica consiste en cubrirse las espaldas con algunas apreciaciones correctas, para después cargar el énfasis sobre las postulaciones oportunistas, haciendo pasar a segundo plano todo lo correcto. De este modo, en la polémica, siempre pueden recurrir a alguna frase verídica en el texto y gritar: "¡Pero si eso nosotros lo hemos dicho!" Claro que lo dicen en un susurro, mientras proclaman a voz en cuello las posiciones oportunistas.

Sin embargo, eso no es todo. El gran drama personal de Spilimbergo, que es un marxista formado,

consiste en que **sabe**, en el fondo, que se está deslizando por el tobogán del oportunismo y que nada puede hacer para impedirlo. Ahí está la otra raíz de sus vacilaciones, a través de las cuales aflora, a veces, la voz de su conciencia.

Pero si se dejan de lado estas vacilaciones de Spilimbergo, queda en pie en toda su argumentación una antinomia que él no intenta resolver: política "anti-burguesa" o política encuadrada en el marco "nacional-democrático" de la revolución popular argentina.

Pero hasta señalarle a Spilimbergo un rasgo esencial del movimiento peronista para invalidar todo su esquema: los obreros del 45 fueron peronistas **porque eran antiburgueses**. Saltaron todas las vallas del anarquismo en descomposición, del socialismo amarillo y del stalinismo extranjerizante, no porque éstos fueran antiburgueses, **sino porque no lo eran**, porque eran **incapaces** de dar la menor expresión a las nuevas necesidades políticas y sociales del proletariado argentino.

La historia de la semana de octubre del 45 ha sido narrada varias veces, desde distintos ángulos, pero hubo en esa semana un hecho básico que gravitó en forma decisiva en el ánimo de las masas, les hizo comprender lo que estaba en juego y las decidió a jugar: producido el desplazamiento del coronel Perón de la Secretaría de Trabajo y Previsión, lo reemplazó un tal Fentanes. La primera —y única— medida que alcanzó a tomar el nuevo funcionario, con total beneplácito de la burguesía industrial, fue disponer que **no se pagara** a los trabajadores el feriado del 12 de octubre. No se necesitaba más para que la finísima intuición de las masas, que en estas cosas no se equivocan nunca, supieran exactamente a qué atenerse.

Por supuesto, fue toda la política anterior de Perón, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, la que condicionó la actitud de las masas. Pero la medida de la cual hablamos fue la gota que hizo rebasar el vaso, la chispa que es siempre necesaria para cualquier conflagración.

Los epígonos del peronismo, que como todos los epígonos se inclinan ante los hechos sin tratar de comprenderlos, hablaron después del antiimperialismo de las masas, que Perón había sabido interpretar, etcétera. No hay nada de eso. Desde el punto de vista de sus objetivos inmediatos (organización sindical, mejoras salariales y sociales, etc.) las masas del 45, más que antiimperialistas, eran antiburguesas, en forma rudimentaria, evidentemente, y sin posibilidades de trascender, en esa época, los marcos de la sociedad burguesa. Perón fue héroe nacional, con toda justicia, porque se presentó ante esas masas **como un líder antiburgués, anticapitalista**, sin hacer ningún

distingo entre los capitalistas **buenos** de aquí y los capitalistas **malos** de afuera.

El antiimperialismo de las masas del 45, del cual tanto se ha hablado, era un antiimperialismo **objetivo**, del cual las masas **no eran conscientes**. En efecto, en la medida en que ponía las bases de una política nacional, en la medida en que hacía posible un enfrentamiento, dentro de ciertos límites, con los intereses del capital financiero internacional y de los sectores locales a él ligados, el movimiento del 45 estaba enderezado **objetivamente** contra el imperialismo. Eso lo sabía Perón, y sobre todo lo sabía Jauretche, esa auténtica conciencia histórica de la burguesía argentina. **Pero no lo sabían las masas**, y en las condiciones del 45, tampoco era necesario que lo supieran para que su empuje arrollador lograra los objetivos que las circunstancias hacían viables.

III. CARÁCTER DE LA DIRECCIÓN PERONISTA

Por otra parte, el carácter burgués de la dirección peronista, evidente desde el primer momento para un marxista, se patentizó recién **después** del 24 de febrero de 1946. Pero quien, en el afiebrado intervalo entre el 17 de octubre de 1945 y las elecciones de febrero de 1946, hubiese hablado en los medios obreros de Perón como un dirigente burgués, la hubiera pasado muy mal. La reacción oligárquica lo había corbatado y perseguido: luego era de los nuestros. En cuanto al antiimperialismo de las masas, se limitaba concretamente al rechazo de Braden, en quien se sintetizaban en ese momento **todas las clases dominantes** del país, sin excluir ninguna.

Ese fue el gran drama de Perón y el gran equívoco: siendo el representante lúcido y consecuente de la burguesía argentina, en lo que tiene de más nacional, nunca fue comprendido ni apoyado por ésta. Iba demasiado lejos, hacía demasiadas concesiones. ¿Quién sujetará al potro una vez desbocado? Eso pensaba la burguesía argentina, sin distinción de matices. Y en el fondo no se equivocaba.

Pero esa audaz política de concesiones no constituye una base suficiente para aseverar que "Perón, como jefe burgués del movimiento nacional, **resolvía prácticamente los problemas vitales de las grandes masas**" (énfasis agregado). Esos problemas vitales, las masas se los resolvieron **solas**, en la medida en que pudieron. De paso, se los resolvieron a **Perón**, en la semana del 8 al 17 de octubre, cuando éste estaba preso y había perdido la conducción del movimiento y hasta la fe en sí mismo. Considerar a

Perón como el demiurgo del movimiento de las masas obreras argentinas y no como su consecuencia —por supuesto que reactuante— es el error idealista que cometen desde los albores del peronismo algunos intelectuales de izquierda. Y en ese planteo coinciden con los cipayos, cuyo antiobrerismo los lleva a negar toda capacidad de lucha al proletariado peronista, que según ellos habría sido un "rebaño", que lo habría recibido todo "de arriba", vale decir, sin lucha.

Esa misma postura idealista es la que le hace afirmar a Spilimbergo que "el peronismo rompió con la formación calcárea del poder oligárquico". Si con la expresión "formación calcárea" Spilimbergo quisiera indicar una especie de **costra**, que se habría roto dejando intacto el contenido, estaría en lo cierto. Pero, indudablemente, nuestro autor quiere expresar que el peronismo quebró la estructura oligárquica del país. Y todos sabemos que no fue así. En lo esencial esa estructura fue respetada durante todo el gobierno peronista, y el 16 de setiembre de 1955 **los oligarcas le demostraron a Perón que seguían siendo los amos del país**.

Así que, señor Spilimbergo, menos jactancias: ni el viejo movimiento de izquierda ni el nuevo movimiento peronista han sido capaces en lo más mínimo de romper "la formación calcárea del poder oligárquico". Para un revolucionario, es fundamental no dar por realizadas las tareas que aún faltan realizar, es fundamental no autoengañarse, es fundamental no sustituir la realidad por el mito, la totalidad del proceso por una de sus etapas.

IV. LAS RECETAS DEL SEÑOR SPILIMBERGO

Spilimbergo afirma correctamente que "el peronismo no es una «relación», salvo para un marciano, sino la caliente trinchera que ocupó el pueblo argentino en 1945 para derrotar a la oligarquía", y que el 17 de octubre "no es un momento «muy dinámico», sino, antes que nada, una experiencia vital y un triunfo histórico grandioso de los trabajadores argentinos". A continuación hace a los disidentes esta razonable pregunta: ¿Qué relación tienen ustedes con el 17 de octubre? Lo consideran tan suyo como el 25 de mayo o la revolución rusa? Y por último, a renglón seguido, Spilimbergo escribe estas líneas, profundamente reveladoras:

"Después de pasar este examen, lo dejarán decir lo que se le ocurra, penetrará en la legalidad obrera. Pero antes, no. Y es que la experiencia histórica del proletariado lo afirma en la validez del proceso inau-

gurado en 1945, lo que no significa atenerse a su repetición mecánica, sino a su profundización y superación dialéctica. **Poderosas fuerzas objetivas** han determinado el movimiento de las grandes masas populares en el pasado, y cuando ellas se desplazan hacia un nuevo eje nucleador, no están renegando de las viejas banderas, sino proyectándolas a un nivel histórico más alto. El socialismo revolucionario en la Argentina no es otra cosa, reducido a sus términos esenciales, que las **tres banderas del 45, Soberanía Política, Independencia Económica y Justicia Social**, más una cuarta bandera, **Gobierno obrero y popular**. Esta actualiza a aquéllas en las condiciones de 1964. Los trabajadores llegarán a entenderlo y a extraer de esa comprensión todas las consecuencias políticas y organizativas, porque así se lo enseña el conjunto de sus últimas experiencias. Pero tendrán buen motivo para no escuchar a quienes siguen ignorando las experiencias constitutivas de la conciencia nacional y social de los argentinos, y abstraen el socialismo del proceso histórico viviente del país."

En esta síntesis perfecta, Spilimbergo nos da lo esencial de su pensamiento político, **su receta** para penetrar en la "legalidad obrera", o sea, para ser **aceptado** (!) por la clase obrera. Lamentablemente, se trata de una receta oportunista hasta el caracá. ¿Por qué Spilimbergo, al referirse a las experiencias históricas del proletariado argentino, habla solamente del 17 de octubre de 1945? ¿Por qué no hace también la historia de la contrarrevolución oligárquica de 1955? ¿Acaso las derrotas no son experiencias históricas tan importantes como las victorias, **sobre todo cuando vienen después**? ¿Por qué Spilimbergo no explica el motivo por el cual Perón desertó de la lucha cuando estaba a punto de alcanzar el triunfo?

V. LA CONTRARREVOLUCIÓN DE 1955

Aquí debemos detenernos un poco, pues la actitud de Perón en esa emergencia marca un jalón decisivo en la historia argentina.

Para ubicarnos con exactitud, es menester recordar que en 1953-1955 la balanza argentina de pagos había iniciado su deterioro en la misma medida en que se restablecía la economía europea, impulsada por el plan Marshall. La burguesía argentina comenzó a pensar que la legislación social y la organización sindical logradas por el movimiento peronista podían constituir un estorbo intolerable para afrontar el difícil momento que parecía avecinarse.

Contemporáneamente, Perón tomaba dos iniciativas básicas: ponía en marcha el proyecto de la

ría de San Nicolás y comenzaba la negociación con la California Oil Company.

Pero el autoabastecimiento siderúrgico y petrolero que se iba a producir bajo los auspicios de los capitales norteamericanos, habría modificado en sumo grado la correlación de fuerzas económicas en la Argentina, situación ante la cual no podían permanecer indiferentes las viejas y sólidas clases dominantes del país. El conglomerado opositor pasó entonces de la resistencia pasiva a la oposición activa.

¿Quiénes formaban ese conglomerado? a) Los grandes industriales y aun los nuevos, enriquecidos durante la época peronista, que pretendían disfrutar de todas las ventajas del régimen capitalista combinadas con formas semif feudales de agremiación y que, según la gráfica expresión de Framini, "mordían la mano de quien les daba de comer". b) La oligarquía vacuna —la única coherente de la emergencia—. c) La clase media, cipaya en su mayoría, a pesar de vivir en su mayor parte del presupuesto nacional y de la actividad económica promovida por la industria local.

Además, Perón tenía en su propio movimiento una verdadera quinta columna: la burocracia política y la sindical, corrompidas hasta los tuétanos, y que encontraron una acabada expresión en el contralmirante Tcisaire y en los Vuletich, Espejo, etc. En cuanto a las Fuerzas Armadas, se veían trabajadas por su profunda desconfianza en la clase obrera y sus vínculos naturales con las clases dominantes.

Como se ve, mientras el dispositivo de ataque era fuerte, bien organizado y encontraba su líder natural en la oligarquía, cuyo brazo político era la Iglesia, el sistema de defensa era débil y estaba minado por dentro.

Perón advirtió el proceso con la sagacidad política que lo ha caracterizado siempre, y algunos de sus pasos parecieron indicar que se aprestaba a enfrentar con decisión a sus enemigos. En ese sentido puede citarse el llamado que hizo a los dirigentes más combativos y capaces del peronismo, entre los cuales se destacaba J. W. Cooke.

Sin embargo, las primeras dificultades le hicieron perder la sangre fría y cometió graves errores: 1) La lenidad de las penas impuestas a los sublevados del 16 de junio, que habían masacrado a mansalva a compatriotas, hombres, mujeres y niños argentinos, en plena vía pública de una ciudad abierta e indefensa; 2) El incendio de las iglesias, que indignó aún a aquellos católicos que no se habían alineado ya contra él; 3) El episodio absurdo e inconcebible de la quema de la bandera; 4) Su violento y destemplado

discurso del 30 de agosto, en el cual reemplazó —contrariando sus propias frases— el **hacer** por el **decir**.

Además, se reveló mejor conductor en la paz que en la guerra, pues al estallar la insurrección en Córdoba, lejos de ponerse al frente de sus tropas, como cuadraba a su situación de comandante en jefe de las fuerzas armadas y general en servicio activo, delegó el mando en un Comando de Represión, dirigido por el general Franklin Lucero, del cual se convirtió, a partir de ese momento, en virtual prisionero.

Muchas son las versiones que circulan sobre esos instantes decisivos. Se afirma que el entonces coronel Señorans, a cargo de la Central de Comunicaciones del Ministerio de Guerra, convertía los holetines victoriosos de los generales Morelo e Iñiguez en partes de derrota para "trabajar la moral", como decimos en la Argentina, del acorralado Perón. Se dice que quiso armar a la C. G. T. y que Lucero le contestó que se trataba de un problema castrense, que se debía resolver "entre soldados", sin dar una indebida intervención a los obreros.

Una cosa es indudable: el grueso del Ejército apoyó a Perón hasta el final, dio su sangre por él y derrotó militarmente a los rebeldes. Decir que el Ejército traicionó en 1955 es una de las tantas infamias con que los verdaderos culpables del triunfo de la Libertadora intentan encubrir su propia responsabilidad. La verdad es que Lonardi estaba tan convencido de su propia derrota, y de que "sólo era dueño del terreno que pisaba", que ya se había reservado la última bala de su revólver, para suicidarse, y le había pedido a Ossorio Arana que lo acompañara en esa actitud. En ese momento, le llega la noticia de la capitulación de las fuerzas militares del gobierno, ordenada desde Buenos Aires.

Nosotros no queremos en este momento hacer el papel de historiadores ni de jueces de nuestros contemporáneos. Además, los rasgos personales sólo interesan en el contexto del proceso histórico, en el cual hallan su explicación. Apocamiento, cansancio, lucidez política —vale decir, fidelidad a la clase que esencialmente representaba—, llámesele como se quiera. El hecho es que Perón abandonó una partida ganada **en el preciso instante en que la burguesía lo abandonaba totalmente a él**, en el preciso instante en que, para seguir adelante, hacía falta romper todos los vínculos y compromisos contraídos con las clases dominantes y ponerse al frente del pueblo sin mirar hacia atrás. Perón no quiso, no supo o no pudo hacerlo: lo mismo da.

Para emplear un símil de actualidad: **se quedó en Naguib**, y no logró concentrar en su propia persona

las etapas Naguib y Nasser de la revolución egipcia. Evidentemente, nuestro destino histórico nos tenía reservados otros avatares más complicados.

Y obsérvese que no es la primera vez, en nuestra historia, que un general victorioso abandona la lucha. Ya Estanislao López había cedido la hegemonía política al gobierno bonaerense de Martín Rodríguez, a cambio de 25.000 vacunos que le entregó Rosas. Volvió a hacerlo Urquiza en Pavón, donde después de triunfar se retira con sus tropas a Entre Ríos, traicionando a Derqui y cediendo el poder y el destino de la organización nacional a la oligarquía mitrista.

Perón hizo, en resumidas cuentas, lo mismo, pues la sede vacante, después del breve interregno de Lonardi, cayó en las hábiles manos del único sector concentrado, homogéneo y con voluntad y experiencia de gobierno: el de la oligarquía vacuna, con su contrapartida obligada: la alta finanza argentina e internacional.

Esto es lo que Spilimbergo tendría que haber dicho luego de hablar del 17 de octubre, para que no se lo pudiera acusar de querer ser "enganchado" al movimiento peronista. Ocultar la verdad bajo floripondios tales como el de "proyectar las viejas banderas a un nivel histórico más alto" es la forma más eficaz de contribuir a mantener el movimiento argentino de masas en el callejón sin salida en el cual está metido desde 1955.

VI. LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA

Por otra parte, Spilimbergo falsea, abandona y traiciona al socialismo revolucionario argentino cuando afirma que su programa, "reducido a sus términos esenciales", no es otra cosa que las tres banderas del 45, más la bandera de un gobierno "obrero y popular". ¡Aquí sí que nos hemos venido abajo, señor Spilimbergo! ¡Aquí sí que hemos dejado de lado "los supuestos teóricos mismos del problema"!

¡Caramba! ¿Y la fórmula de los **Estados Unidos Socialistas de América Latina**, que condensa —esa sí— en sus **términos esenciales** nuestra lucha y nuestros objetivos políticos, para cuándo la deja usted? ¿Para los días de fiesta? Hay un abismo entre esta fórmula y la consigna del "gobierno obrero y popular": el mismo que separa al marxismo del frigerismo.

Porque en último análisis las consignas de un gobierno "obrero y popular" o de un "gobierno obrero basado en los sindicatos" (Partido Obrero) o de un gobierno de "obreros, peones y chacareros" (Revista

Fichas), no representan sino tentativas de eludir el problema de fondo, arrojando argumentos a la maquinaria propagandística del frigerismo, ayudándolo desde la izquierda a mantener al movimiento obrero argentino enclaustrado en una estrecha perspectiva local e impidiéndole adquirir una visión de conjunto de sus tareas y de sus objetivos reales, **vale decir, de su programa.**

La unidad nacional de América Latina constituye la tarea democrática que las burguesías latinoamericanas dejaron sin resolver en las tres primeras décadas del siglo pasado, a pesar de los esfuerzos de San Martín y de Bolívar. Luego, ya en las postrimerías del siglo XIX y a comienzos del actual, la iniciación de la era imperialista coincide con la aparición del "panamericanismo", vale decir, con la supeditación definitiva al coloso yanqui de las burguesías latinoamericanas, que renuncian **definitivamente** al viejo sueño sanmartiniano y bolivariano, adaptándose en sus objetivos a **su propia realidad imponente.**

Y no es que la creación de un mercado latinoamericano unificado —el ideal de Prebisch y demás "cepalistas"— no represente el desiderátum máximo de esa burguesía escindida. Nadie renuncia voluntariamente a un buen bocado cuando lo tiene cerca de la boca y padece hambre. Luego, si a pesar de todo esa renuncia —que nada tiene de heroica— se ha producido reiterada y sistemáticamente, frustrándose todas las tentativas de acuerdos regionales, uniones aduaneras o asociaciones de libre comercio realizadas hasta ahora, debe existir **una sólida fuerza material**, de carácter centrífugo, **opuesta y superior** a todas las fuerzas centripetas, vale decir, a las fuerzas interesadas en la unificación de América Latina.

A esta altura de las investigaciones sobre la estructura económica y social de América Latina, no es difícil señalar con toda precisión cuál es esa fuerza centrífuga, mejor dicho ese conjunto de fuerzas centrífugas, opuestas a la unificación: 1) Las oligarquías vinculadas a la exportación de los productos de la tierra y de las minas; 2) Los importadores de productos manufacturados de los países desarrollados; 3) Los grupos financieros y económicos, extrajeros y locales (bancos, compañías de seguros y de transportes) ligados con los intereses de la oligarquía y de los núcleos exportadores e importadores; 4) El sector industrial vinculado por lazos financieros y técnicos con determinados países imperialistas o directamente de capital foráneo.

Con respecto a este último sector, se ha sostenido que "en cierta medida" su radicación en el país determina su asimilación a la burguesía nacional, cuyos

puntos de vista compartiría: **protección aduanera, apoyo crediticio, ampliación del mercado interno.** Esto es cierto y no cierto. El gerente de una compañía extranjera, con 30 ó 40 años de residencia en el país, tiene la misma actitud arrogante, el mismo desprecio hacia el "nativo", la misma incompreensión de los problemas nacionales que constituía su único bagaje ideológico al llegar a estas tierras. Además, la política general del imperialismo, respecto a estados como Argentina, Brasil, etc., consiste en permitirles un cierto desarrollo, siempre que éste se mantenga dentro de límites prefijados, y no se resienta, o por el contrario, se acreciente, su situación de dependencia respecto al capital financiero internacional.

VII. LA UNIFICACIÓN: ALIADOS Y ENEMIGOS

Por supuesto, lo anterior resultaría esquemático e inclusive falso si no se agregara que la pugna inter-imperialista, que será mejor llamar pugna entre los diversos **centros de poder** (Estados Unidos, la Comunidad Británica de Naciones, Japón, el Mercado Común Europeo, etc.), es capaz de producir radicaciones de capital que, hasta cierto punto y en sectores bien definidos de la economía, tienden a quebrantar el esquema general de dependencia. Pero de ahí a las tesis frigeristas sobre el carácter absolutamente progresivo de tales radicaciones hay un abismo que no intentaremos franquear.

Además, el carácter progresivo o regresivo de una introducción de capitales es algo que no puede ser abstraído del análisis del contexto económico, social y político general. Para nosotros, la atrasada y semi-bárbara Argelia, a pesar de la fuga de los capitales franceses, es, en este momento, un factor histórico más progresivo e importante en el escenario internacional que la Argentina o que Brasil. Una firme voluntad de luchar y de emanciparse tiene más importancia que cientos de millones de dólares. Un pueblo decidido a vencer encontrará en su propio seno las energías y los recursos necesarios para salir adelante, y volverá a emplear el rudo y claro lenguaje de San Martín: "Si es necesario pelearemos en pelotas, como nuestros hermanos los indios."

Un pueblo dominado por cipayos, en cambio, será siempre un pueblo de esclavos, cualquiera sea la cantidad de dólares que se le proporcione. En este caso, las "radicaciones" sólo servirán para remachar sus cadenas, como lo demostró en forma definitiva el período Frondizi - Frigerio.

A las fuerzas ya citadas, opuestas a la unificación de América Latina, hay que agregar otras que teóricamente tendrían que estar de este lado de la barricada. Se trata de dos sectores: a) Algunas ramas ultraprotegidas de la industria local (nos referimos en estas consideraciones a **cualquier** estado de América Latina), que trabajan a altos costos y temen el impacto de la competencia de otras industrias latinoamericanas; estas ramas están inclusive contra las modestísimas metas de la ALALC; b) Las ramas de la industria que dependen de los países imperialistas para su aprovisionamiento en maquinarias y, sobre todo, en materias primas. Estas últimas ramas, si bien no se oponen, en principio, a la ALALC, no tienen, en general, mayor interés en promoverla, y, además, temen cualquier movimiento de unificación de gran envergadura que pueda poner en peligro, por sus consecuencias políticas, **sus suministros.**

En general, puede afirmarse, sin temor a mayores equivocaciones, que los industriales de los distintos estados de América Latina tienden a la integración y a la complementación **con el imperialismo** y no con los "países hermanos", como suele decirse en el socorrido léxico del "panamericanismo". Si tener conciencia nacional significa, en América Latina, tener conciencia de la necesidad de su unificación, nuestros industriales carecen casi en su totalidad de esa conciencia.

Por el contrario, y muy curiosamente a primera vista, se ve actuar a favor de la ALALC a los más grandes consorcios imperialistas radicados en América Latina. Ocurre que esas firmas, equipadas con las más modernas maquinarias, apoyadas por las financiaciones más racionales y convenientes, provistas de las más completas y eficientes redes de distribución y comercialización de sus productos, extendidas a toda América Latina, temen **menos que nadie** una unificación de aduanas. Todo lo contrario, la suma de los factores antedichos las habilita para afrontar y aplastar a toda competencia de las pequeñas y medianas industrias "nativas" que, a lo sumo, podrían aspirar a ocupar la porción del mercado que les abandonarían esas grandes firmas.

Digámoslo claramente: una unificación "en frío", a través de negociaciones de "alto nivel", que deje intacta la actual relación de fuerzas —aún a costa de algunas modificaciones "estructurales"—, lejos de contribuir a la liberación nacional de América Latina, contribuiría a ahondar su relación de dependencia respecto al imperialismo, pese a todo lo que aseguren los Maquiavelos de bolsillo que abundan por estos pagos.

Es ahí donde hay que buscar el origen del sospechoso entusiasmo de la CEPAL por la "complementación", la "integración", las "reformas estructurales", etc. Estas consideraciones no invalidan, evidentemente, el valor científico de algunas investigaciones de la CEPAL, pero sí sus conclusiones, o como suele decirse ahora, su "filosofía".

VIII. LA UNIFICACIÓN: ÚNICA SALIDA REALISTA

En buena cuenta, la única interesada en una auténtica, en una integral unificación de América Latina es la clase obrera. Ese es su objetivo central, sin cuya consecución todo lo demás es letra muerta. Pues lo de Cuba ya no puede repetirse en América Latina. Aún más, cabe asegurar que la "insularización" de los movimientos nacionales, según la acertada expresión de J. A. Ramos, constituye la **técnica de lucha** del imperialismo contra la revolución latinoamericana, por supuesto, con la colaboración de los partidos khuschevistas y de la Unión Soviética misma.

Por consiguiente, seremos lo que verdaderamente debemos ser, aquello a lo cual nos empuja todo nuestro pasado y todas nuestras necesidades presentes, o si no no seremos nada. En suma, seguiremos siendo lo que somos ahora, por más que hablemos de gobiernos "obreros y populares", al mismo tiempo que corremos a alinearnos en el dispositivo frigerista.

En verdad, en política se peca tanto por omisión como por acción, y a veces más. ¿No se habrán olvidado de una **quinta bandera** —la unificación socialista de América Latina— nuestros redactores de "Izquierda Nacional"? No, no tienen tan mala memoria, aunque quizás tengan mala conciencia. Lo que pasa es que ahora están tan firmemente convencidos como Frigerio y como el que más que se trata de una utopía irrealizable, por lo menos en nuestra generación. Lo que pasa es que ahora creen en la "canadización" de la Argentina.

Y, sin embargo, la constitución de un mercado nacional latinoamericano —que presupone la unificación política— sigue siendo la única salida posible para nuestros problemas de fondo, la única capaz de sacar definitivamente a la Argentina y a los demás estados de América Latina de la asfixia económica, del estancamiento, del retroceso y, por último, del caos. Por lo tanto, **es la única salida realista.** Los utopistas no somos nosotros, sino los que no ven —o no quieren ver— esa salida, y buscan desesperadamente **cualquier otra** más grata al imperialismo, dándose sistemáticamente de bruces contra una pared infranqueable.

IX. UN ERRÓNEO ENFOQUE DEL PROBLEMA DEL MERCADO

Spilimbergo expresa:

“La famosa penetración capitalista, que generalizó las relaciones burguesas y la producción para el mercado europeo en nuestro litoral agropecuario, lejos de crear un mercado interno destruyó sus gérmenes y frustró su constitución. Hoy todavía carecemos de rama I [productora de medios de producción], lo que equivale a decir que nuestro capitalismo, fundado en la estancia y no en la fábrica, es un capitalismo del atraso, colonial, desprovisto de estructura y de técnica capitalista. Sólo quienes han suplantado la dialéctica por el fatalismo histórico pueden reírse del término «deformación» aplicado a ese capitalismo.”

Es lamentable que Spilimbergo enfoque de manera tan errónea un problema tan decisivo como el de las características de nuestro mercado. Cuando reduce el problema de la creación de un mercado interno a las relaciones burguesas y la producción para el mercado europeo en nuestro litoral agropecuario, empujea y falsea la cuestión. Por cierto, estos izquierdistas “nacionales” se acuerdan de la **nación**, de América Latina, únicamente los días de fiesta. Y, sin embargo, ahí está el nudo del asunto.

En efecto, el capitalismo europeo y el yanqui actuaron en América Latina en el sentido de producir su disgregación nacional, su balcanización. Esta fue la forma en que **destruyeron los gérmenes de un mercado interno**. Ese fue el origen de nuestro atraso histórico, y no otro. No señalarlo con claridad equivale a transformarse en cómplice de Frondizi, Frigerio, Prebisch, Aldo Ferrer y demás “reformistas-estructuralistas-desarrollistas”, que lo reducen todo a una falta de “desarrollo armónico”, a una estructura “no integrada” y otras recetas técnicas que cuentan con la bendición apostólica del Departamento de Estado.

Ignoran todos ellos que el lema de David Ricardo: “La producción crea su propio mercado”, sólo es válido cuando los límites nacionales de ese mercado **ya están trazados**, o en otras palabras, **cuando ya existen**. La lucha de las burguesías europeas durante la Edad Media y la Moderna fue esencialmente una lucha por constituir y consolidar esos mercados nacionales, a través de la formación de los estados nacionales. Sólo a partir de ese momento fue posible el surgimiento y la expansión de la Revolución Industrial.

Por eso, y a riesgo de que se nos acuse de suplantarlo la dialéctica por el fatalismo histórico, diremos que no es la falta de la rama I —la industria pesada— lo que determina nuestro atraso, nuestra estructura colonial, sino que es nuestra estructura colonial, nuestra balcanización, la falta de un verdadero mercado nacional, lo que determina la falta de la industria pesada, con todo lo que eso implica.

Si América Latina hubiera podido seguir el **camino japonés**, si hubiéramos podido mantener nuestra unidad nacional y nuestra homogeneidad histórica y cultural frente a los embates del capitalismo europeo y yanqui y sus aliados locales —las oligarquías vendepatrias—, la industria pesada latinoamericana nada tendría que envidiarle a la japonesa, y otro coloso más alternaría en las luchas económicas y políticas del mundo contemporáneo.

X. CONTRADICCIONES QUE NO LO SON TANTO

Los errores de Spilimbergo llegan al colmo cuando afirma que “hay una **contradicción insoslayable** entre la ley de la acumulación burguesa y del mercado interno, por un lado, y la ley del consumo de la renta, por otro. El ingreso fundamental de la oligarquía, en cuanto clase terrateniente, no ha dependido del proceso de valorización del capital sino de su monopolio del suelo. Ha tendido, por lo tanto, a transformar en renta el porcentaje más amplio posible de plusvalía... De este modo, la oligarquía terrateniente, pese a ser una clase capitalista, se yergue como obstáculo formidable opuesto al desarrollo capitalista, es decir, al proceso de acumulación de capitales, de formación de un mercado interno y de crecimiento de las fuerzas productivas. La contradicción entre un capitalismo agrario «anticapitalista» (!) manejado por el bloque de los terratenientes, capital comercial importador y capital imperialista, por un lado, y el resto del país colonizado, por el otro, es la **contradicción fundamental** que buscan, sin encontrarla, los comunistas disidentes”.

Aquí hay puntos básicos a dilucidar. **No es cierto** que haya una “contradicción insoslayable” entre la acumulación capitalista, por una parte, y la apropiación de la renta territorial por los monopolistas del suelo, por la otra. Toda la historia del capitalismo demuestra **lo contrario**: que el monopolio del suelo subsiste **codo a codo** con la acumulación del capital por la burguesía. Y esto por varias, sólidas y elementales razones que Spilimbergo puede ir a buscar a cualquier texto marxista de economía: 1) Por-

que la abolición de la propiedad territorial en el régimen burgués amenazaría **todas** las formas de propiedad; 2) Por la penetración de los capitales burgueses en la propiedad de la tierra; 3) Por la transformación de la renta territorial en capital bancario e industrial. Todos estos factores determinan la formación de un sólido frente burgués-monopolistas del suelo, que les permite “soslayar” perfectamente sus contradicciones internas y coexistir pacíficamente en todos los países capitalistas. No ocurre lo mismo en los países dependientes, claro está. Pero sostener que la **contradicción fundamental**, en nuestro país, se establece entre el bloque de los terratenientes, capital comercial importador y capital imperialista, por un lado, y **el resto del país colonizado**, por el otro, es caer directamente en una forma **apenas disfrazada** de frigerismo.

El cual, a su vez, y no sin razón, toma sus esquemas básicos del stalinismo, con su división de la burguesía en sectores “progresistas” y “reaccionarios”. Frigerio ha actualizado esos esquemas, reemplazando a los “ganaderos progresistas” de Rodolfo Ghioldi por los “inversores progresistas” de la “nueva frontera” de Kennedy.

Spilimbergo, por su parte, deja afuera a los inversores cuyo comisionista es Frigerio, pero deja adentro “el resto”. Por eso puede afirmar, sin ruborizarse, que “esta contradicción, **generada en el marco de la balcanización latinoamericana** (!), es la que define el contenido **nacional-democrático** de la revolución argentina”. Una confesión más abierta de menchevismo sería imposible. Si la “revolución argentina” tiene un contenido **nacional-democrático** y presenta el carácter de una lucha entre la oligarquía y “el resto”, es necesario formar a la mayor brevedad **un amplio frente** que conglomere a todo ese “resto”, por supuesto, sin dejar ningún **resto** afuera. Es la tesis de Frigerio, y nos parece muy bien que la sostenga, pues es la que corresponde exactamente a sus intereses y a los de sus mandantes. Fue la tesis que pudieron sostener con la frente alta los mencheviques hace cinco décadas, cuando la historia no había resuelto aún el algebraico problema del carácter de la revolución rusa. Pero sostener esa tesis ahora obliga a Spilimbergo a alinearse con los comisionistas del imperialismo y a conjurar a todas las potestades del infierno en contra de cualquier cosa **que se parezca seriamente al socialismo**.

Sí, sobre todo nada de programas “socialistas puros”. No asustemos a nadie y evitemos, ante todo, que la burguesía nacional dé la espalda a la revolución. No olvidemos que la **contradicción fundamental**

“explica el sentido democrático-burgués de nuestros movimientos de masa, tanto del yrigoyenismo como del peronismo”. No cometamos “el error garrafal de los pontífices del socialismo puro”, que no quieren comprender “la racionalidad histórica objetiva” de estos movimientos.

Además, cualquier planteo **socialista puro** “choca con la naturaleza misma de los hechos, pues el **proletariado no existe en un limbo ideológico, sino que está compactamente ubicado en el campo del nacionalismo burgués**, por causas que... tienen bastante que ver con la naturaleza de la famosa “contradicción fundamental” (énfasis agregado).

El razonamiento es de una lógica impecable. El país está dividido en dos: la oligarquía y “el resto”. Esa es la “contradicción fundamental”. La clase obrera está “compactamente ubicada” en el “resto” y, por consiguiente, sus intereses generales coinciden con los del resto del “resto”: la burguesía nacional y la clase media. Llamaremos a esto la “coincidencia general”, para ponernos a tono con el léxico de los polemistas. La “contradicción fundamental” define el contenido **nacional-democrático** de la “revolución argentina”. A su vez, la “coincidencia general” explica el sentido **democrático-burgués** del yrigoyenismo y del peronismo.

Luego, la ideología del proletariado es **lo que debe ser**: democrático-burgués. Y el proletariado **está donde debe estar**: compactamente ubicado en el campo del nacionalismo burgués. Quienes se nieguen al “reconocimiento de las leyes de nuestro desarrollo objetivo y de la relación entre tareas nacionales y lucha revolucionario-socialista”, caerán “en abstracciones pedantes que sólo pueden llenarse de un contenido oligárquico”.

XI. LA “REVOLUCIÓN ARGENTINA” Y EL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

Como se ve, Spilimbergo es un perfecto hegeliano: para él, todo lo real es racional. A partir de esta premisa trataremos de reconstruir su verdadero razonamiento. He lo aquí: la clase obrera es peronista; **luego**, el peronismo es la ideología de la clase obrera. Ahora bien, el peronismo es un movimiento democrático-burgués; **luego**, los objetivos de la clase obrera en la “revolución argentina” tienen un contenido **nacional-democrático**.

Obsérvese que Spilimbergo habla de “revolución argentina” y no **latinoamericana**. Se dirá que se habla también, corrientemente, de la Revolución Cubana, sin que nadie pueda objetar el término. De acuerdo. Pero

hay una **pequeña diferencia** entre la Revolución Cubana y la "revolución argentina". La primera es algo real, **objetivo**, para emplear el vocabulario grato a Spilimbergo. La segunda es una **abstracción**, no sabemos si pedante o no, como tampoco sabemos cuál será el "contenido" con que pueda llenarse.

Nosotros renunciamos al uso de esa abstracción y hablamos de la **revolución latinoamericana**, cuyas manifestaciones concretas en la Argentina están aún por verse. Para señalar sin lugar a dudas ni ambigüedades el conjunto de nuestras tareas —nacional-democráticas y socialistas—, empleamos la fórmula de los **Estados Unidos Socialistas de América Latina**.

Para nosotros, la **única tarea nacional** es la unificación de América Latina en una federación socialista, a través de la lucha contra el imperialismo y sus aliados internos. Nosotros somos **nacionalistas latinoamericanos**, única forma en que se puede ser **verdaderamente nacionalistas** en esta tierra. Rechazamos el uso del término "nacional" por los epígonos del nacionalismo burgués, que han abandonado hace mucho tiempo la lucha por la formación del estado nacional latinoamericano, y acusamos a Spilimbergo, Ramos y Cía. de sembrar el confusiónismo y de actuar **en la práctica** como aliados de ese nacionalismo burgués, antinacional, capitulante, entreguista.

XII. CONSECUENCIAS SUPERESTRUCTURALES DE LA EXCEPCIONALIDAD DEL DESARROLLO ARGENTINO

Llegados a este punto de la exposición, cabe preguntar: ¿cómo se explica que intelectuales de formación marxista como Spilimbergo y otros, que comparten sus puntos de vista, hayan podido caer en el seguidismo más incondicional, inclinándose supinamente ante "la naturaleza misma de los hechos", como si la teoría marxista se redujera a un vulgar pragmatismo y no tratara de desentrañar **las tendencias generales** del proceso histórico, que a veces inclusive se contraponen a algunas de sus corrientes particulares? ¿Cómo es posible que una tendencia que pretendió arrancar de "los supuestos teóricos mismos del problema" haya podido caer tan bajo y se haya desprestigiado tanto?

Las explicaciones de tipo personal o psicológico fallan totalmente en casos como éste. Ninguna tendencia política logra manifestarse, adquirir coherencia y estabilizarse durante años —o décadas— sin una cierta base material, que sólo puede ser **una base de clase**. Intentaremos mostrar cuál es esa base.

Para eso, haremos hincapié en la excepcionalidad del proceso histórico-social de la Argentina. Siendo parte irredenta de América Latina, escapó al destino común de miseria y de hambre. Sus pampas, plétoricas de vacas y de trigo, la convirtieron en un país de cucaña, al cual llegaron muy amortiguados y como en sordina los conflictos mundiales. En un continente sometido a los Estados Unidos, miró siempre hacia Europa, tanto en lo económico como en lo cultural. Dio la espalda al resto de América Latina y pretendió encontrar en sí misma su destino.

La caracterización anterior abarca a **todas** las clases sociales argentinas: la oligarquía, la burguesía nacional, la clase media, el proletariado. Nadie está obligado a pensar en el futuro, en los grandes empalmes históricos, en las tareas generales de una época, si las alforjas del presente están bien repletas. Nadie cree, en el fondo, en el lema de D'Annunzio: "Es preferible vivir un solo día como leones que veinte años como corderos". Es cierto que a veces veinte años transcurren como si fueran un día, y que un día puede condensar en sí procesos que en otras condiciones durarían veinte años. Pero ese día aún no ha alborcado para nosotros. Mientras tanto, el hedonismo, el conformismo, el respeto a lo establecido, a lo vigente —aunque lo vigente esté por entero carcomido— son la norma para adaptarse al presente y el módulo para predeterminar lo por venir. Sólo en la base de la pirámide social la sorda rebeldía proletaria, que únicamente aflora en los momentos de lucha, tiende a quebrantar este cuadro conformista, pagado de sí mismo, para el cual "Dios es argentino".

La intelectualidad argentina de izquierda no ha podido substraerse a esa atmósfera mental. En su variedad cipaya, quiso hacer una adaptación mecánica de los moldes del socialismo europeo a nuestra realidad nacional. En varios de sus trabajos, Spilimbergo y Ramos han hecho la eficazísima y demoledora crítica de esas concepciones cipayas. Esa es la parte perdurable de su obra, su innegable aporte al esclarecimiento de los problemas nacionales, que sólo la envidia o la mala fe —ambas con fundamento de clase— podrían negar.

En su variedad "nacional", la intelectualidad de izquierda invirtió el esquema, intentó arrancar del país real, compenetrándose y consustanciándose con su proceso histórico, con sus tradiciones y sus luchas. Pero en su desesperación por **dar con el país**, y en ausencia de un clima revolucionario que le permitiera encontrar una auténtica base de sustentación proletaria, terminó por mimetizarse con los únicos movi-

mientos que de alguna manera han representado al país: el yrigoyenismo y el peronismo.

Del yrigoyenismo tomó la técnica política. Al peronismo lo identificó con **lo nacional**, convirtiéndolo en cartabón y piedra de toque para juzgar el acontecer político y ubicarse frente al mismo. Y desgraciadamente, por la dialéctica misma de ese proceso de mimetización, terminó por amalgamar la forma con el contenido, la dirección burguesa con la base proletaria, el 17 de octubre con el 16 de setiembre. Así fue su drama particular, que la llevó al mismo callejón sin salida en que ha venido a desembocar la Argentina en su conjunto: una burguesía sin dirección, un proletariado sin dirección, y entre ambos, una clase media desorientada y a la deriva, aún en sus exponentes políticos más lúcidos. **Ahí está la base de clase** de las desviaciones de la izquierda "nacional". Su horizonte mental es el de la clase media. Para ella, el peronismo es lo proletario, lo argentino es lo nacional. Confunde así la parte con el todo, y esa confusión la arrastra al oportunismo.

XIII. ALIENACIÓN Y BUROCRACIA

Pero esta tentativa de señalar las bases de clase de las concepciones nacional-izquierdistas sería insuficiente, por sí sola, para aclarar totalmente la cuestión, y acarrearía forzosamente una merecida acusación de esquematismo mecánico. En efecto, toda desviación política, o en general toda posición política presuponen fuerzas de clase que la determinan. ¿Pero cuáles son en este caso las instancias, las mediaciones del proceso?

Observemos, ante todo, que cada generación vive sumergida en un conjunto de ideas generales, que son las de las clases dominantes. La actitud de cada individuo —en la medida en que una concepción revolucionaria no lo haya emancipado de sí mismo y de las ideas generales de su época— es la de **acatamiento** a esas ideas, sobre todo si pertenece a la clase media, que padece de una manera terrible la presión ideológica de las clases superiores de la sociedad.

Ahora bien, los dirigentes políticos de izquierda, del mismo modo que los dirigentes sindicales, provienen de la clase media o de lo contrario adquieren sus hábitos mentales. Estos dirigentes se ven enfrentados por un lado con la tendencia histórica de la sociedad hacia el socialismo, y por el otro con la resistencia de las clases dominantes a la transformación. El primer factor los ubica en la izquierda; el segundo los obliga a detenerse, a medir la importancia del obstáculo y a determinar hasta dónde pue-

den llegar. La forma en que encaran el segundo factor los ubica como oportunistas o como revolucionarios.

Los dirigentes oportunistas consideran que el obstáculo es infranqueable, o que costaría mucho franquearlo, y se dedican a adaptarse pasivamente al mayor o menor empuje de las masas, tratando que la ola ascendente los deje en posiciones de privilegio, y que la ola descendente no los arrastre con ellos. Se mantienen en contacto con el fuego de la rebeldía, pero "ni tan lejos que se enfríen, ni tan cerca que se quemem" (Ramos). Analizando el asunto a fondo se descubriría que, así como todo viejo crápula tiene veinte años en algún lugar de su corazón, todo dirigente oportunista que ha conquistado una posición en el movimiento obrero se siente revolucionario en algún recoveco de su alma.

Pero la revolución que él desea debería ser indolora, incolora, inodora e insípida; debería respetar las posiciones por él conquistadas como burócrata o aspirante a tal dentro del movimiento obrero; debería mantener de alguna manera el aparato de coerción que lo convierte actualmente en un personaje indispensable como representante de los obreros ante la burguesía, y de la burguesía frente a los obreros; debería crear, en suma, un mundo muy parecido al actual, con las transformaciones necesarias para que sus posiciones de privilegio se vieran confirmadas, consolidadas y aseguradas.

En tales condiciones es perfectamente explicable la secreta atracción que las burocracias obreras del mundo no socialista experimentan hacia la burocracia soviética. Para un burócrata no hay nada mejor que otro burócrata. ¿Y qué mejor sistema burocrático que aquél que permite el tranquilo disfrute de su posición, disponiendo de un aparato coercitivo y represivo que lo ponga a cubierto de sobresaltos? Marx será un gran pensador, y su teoría de la revolución como un trascendental proceso de desalienación individual y colectiva será una gran teoría, pero el burócrata se siente más cerca de Khrushchev, que le exige menos y le da más.

Observemos que en esa misma tesitura mental se colocan sectores cada vez más vastos de la clase media (sobre todo entre los técnicos con vocación de tecnócratas) y hasta de la burguesía. La Unión Soviética es un país que provoca cada vez más el respeto de esos sectores, pues allí no sólo es básico el acatamiento a las jerarquías establecidas y uniformadas, sino que existe **orden dentro del progreso y progreso dentro del orden**. Por supuesto, a esos sectores poco les importa la asfixiante atmósfera de crasa mediocridad intelectual, la falta absoluta de grandes

talentos, la mortecina medianía, la aplastante uniformidad y el aburrimento provinciano que constituyen los rasgos salientes de la vida diaria en la Unión Soviética, a casi cincuenta años de la gran Revolución de Octubre. Todo lo contrario: este presente los reconcilia con aquel pasado, y les permite llamarse "socialistas" o "comunistas" sin tener que abandonar **absolutamente** nada de sus posiciones, sus privilegios, sus formas de vida y sus prejuicios burgueses o su moralina pequeño-burguesa.

Hasta la Iglesia, con su sabiduría dos veces milenaria, ha terminado por comprender. Juan XXIII es el gran hito, la mano tendida —con condiciones— hacia Oriente. La Iglesia piensa que así como logró adaptarse a la sociedad feudal y luego a la capitalista, logrará adaptarse también a la sociedad socialista, sobre todo si ésta mantuviera las instituciones burocráticas y las formas jerárquicas de la Unión Soviética actual.

XIV. "EL GENERAL"

Esta actitud mental se manifiesta igualmente en el enfoque de las posibles salidas, inmediatas y mediatas, a los problemas políticos de fondo. Todo el mundo sabe, por supuesto, que **de alguna manera** esto va a cambiar, y que ningún régimen de derecha, de centro o de izquierda puede hacer otra cosa que frenar o acelerar ese unívoco proceso de transformación.

Pero, ¿de qué manera?

Y aquí entran en juego las recetas, las técnicas que cada uno considera más adecuadas para producir el pasaje del presente al porvenir, el parto sin dolor de la sociedad futura.

Entre estas recetas, figura una que posee a los ojos de sus propugnadores, que son muchos e importantes, virtudes casi taumaturgicas. La llamaremos "El General".

"El General" es un militar, preferiblemente en actividad (pues ha quedado demostrado que los retirados "no corren") con mando de tropa o con gran influencia sobre sus camaradas de armas, o con ambas cosas. No es forzoso que sea izquierdista, ni siquiera del centro. Por el contrario, es casi preferible que sea un hombre de derechas, pues así la burguesía no se alarmará tanto.

"El General" está rodeado por un conjunto de jóvenes técnicos, que poseen una respuesta concreta para todos y cada uno de los problemas de la hora: un verdadero arsenal de medidas, que pueden ser puestas rápidamente en ejecución. En efecto, de lo que se trata es de "producir hechos ciertos", sin tar-

danza, drásticamente, obteniendo así un efecto catártico y logrando un fuerte apoyo de masas, necesario para estabilizar el nuevo régimen.

Este apoyo de masas debe ser, en lo posible, pasivo. Cuanto más pasivo sea, mejor, pues así se evitarán iniciativas propias, innecesarias, de las masas, que precipitarían la resistencia de la burguesía y su pasaje "en bloc" al campo de la reacción.

En su búsqueda de puntos de referencia concretos para proporcionar un poco de carne y sangre a la figura de "El General", sus forjadores piensan, entre otros, en Kemal Atatürk, en Cárdenas, en Perón, en Nasser, en De Gaulle, en Franco.

Sí, en Franco también. ¿Por qué no? Es cierto que hace un cuarto de siglo Franco fue el verdugo del pueblo español. Pero eso —en un mundo que cambia tan rápidamente— es historia antigua. Ahora Franco logra ventajas para España maniobrando con suma habilidad entre todos los grandes bloques. Cuenta con la complacencia de Washington, el Vaticano, el Mercado Común Europeo y la Unión Soviética. Luego es un gran estadista. La Historia le ha dado la razón, como se la dio a Stalin frente a Trotsky. "There is nothing more successful than success", dicen los yanquis. Nada hay más exitoso que el éxito. Los únicos criterios de la verdad son la eficiencia y el éxito. No hay nada más importante ni conmovedor que un millón de dólares. El que tiene dinero y poder tiene razón.

¿Qué importa que esta filosofía pragmatista haya producido en los Estados Unidos una sociedad de botarates, que ven acercarse con pavor el fin de semana, porque no saben qué hacer de sus vidas?... Ese es el modelo de sociedad por el cual hay que luchar. Lo dice el propio Khrushchev, quien propone a los trabajadores rusos, como meta, alcanzar para 1970 el actual "standard" de vida yanqui. Pensar en otra cosa, pensar en una sociedad que desarrolle al máximo el control, la iniciativa y la capacidad creadora de las masas sería, para los secuaces de "El General", un peligroso salto en el vacío. Ese terror a lo desconocido, esa desconfianza absoluta hacia las masas, típico de la clase media, los convierte en partidarios de una revolución de izquierda con métodos de derecha.

Sin embargo, la teoría de "El General", si bien constituye una hipótesis simplificadora, o consoladora, que tiende a esquematizar el porvenir sobre la base de unos pocos factores incomplejos, no deja de tener cierto fundamento histórico. Sus creadores piensan en la revolución egipcia, en la argelina, hasta en la cubana, como ejemplos típicos de movimientos

no-marxistas, que en su origen y en su desarrollo no han obedecido a ninguno de los cánones de la ortodoxia leninista. En realidad, movimientos revolucionarios capaces de tomar el poder, sin la presencia de las clásicas organizaciones bolcheviques: ¡he aquí algo que no estaba en los papeles de nadie!

Lenin, evidentemente, ha envejecido más que Marx, y hoy en día hay muchos que se declaran "nasseristas" creyendo estar pisando terreno firme. En otros términos, el cipayismo intelectual, en una nueva variante, sigue haciendo estragos en nuestro país.

No obstante, las tentativas de los secuaces de "El General" para corporizar su abstracta figura, frecuentes desde 1955 en adelante, han fracasado una tras otra. Y no porque faltara algún militar inteligente dispuesto a asumir la representación material de "El General", sino porque a la prueba de los hechos la cosa se revelaba mucho más compleja y dudosa de lo que parecía en los "organogramas" de los aspirantes a tecnócratas. La Argentina no es Egipto; no es Argelia; no es Cuba. Tampoco es Yugoslavia ni China. Los caminos del socialismo son tantos como los caminos del Señor. Es inútil profetizar, pero si de algo estamos seguros es que nuestro camino no está escrito en ningún libro y no se parecerá a ningún otro.

Además, señores partidarios de "El General", se olvidan ustedes de algo muy importante: que en la Argentina ya hemos pasado por esa etapa, en inmejorables condiciones, entre 1945 y 1955. Y la rueda de la historia no da nunca vuelta hacia atrás. Tenemos, indudablemente, generales a la vista. Pero es muy posible que, de ser necesaria su aparición, se parezcan más a Castelo Branco que a Perón.

Los partidarios de "El General" olvidan, en suma, que revolución no es sinónimo de golpe de mano, y que **toda auténtica revolución implica siempre un nuevo punto de partida**, una ruptura con el pasado. Mirar hacia atrás, según el Evangelio, es la forma más segura de no entrar al reino de los cielos.

Y ése es el fondo de la cuestión. Los izquierdistas-derechistas están dispuestos a entrar en el porvenir, pero retrocediendo, como lo postulaba aquel lúcido ideólogo de la burguesía que fue Paul Valéry. Están dispuestos a aceptar el futuro, pero siempre que se parezca mucho al pasado. Cuando hablan de "producir hechos ciertos", piensan en la nacionalización del sistema bancario, en el IAPI, en la comunión Ejército-C.G.T., en lo que ellos creen que fue la inflación sistemática del decenio peronista, etc. No parecen comprender que el conjunto de medidas aplicadas en ese período está tan perimido como las circunstancias que lo originaron y lo hicieron viable.

XV. OTROS TEMAS EN DISCUSIÓN

Preferimos dejar de lado otros temas que sugiere el artículo de Spilimbergo, por ahora, y hacer un sólo una breve referencia a la discusión bizantina y pueril emprendida por Spilimbergo acerca del imperialismo como factor externo o interno. Le tendría que bastar una simple re-lectura de "El Imperialismo, etapa superior del capitalismo", para convencerse que el imperialismo —en cualquier país— es factor externo e interno a la vez. Y al decir "en cualquier país" no pensamos únicamente en los países atrasados. La interpenetración de los capitales, el salto por encima de las barreras proteccionistas es un hecho en todos los países capitalistas. Más aún, el imperialismo es un factor externo e interno en la Unión Soviética misma, pues la burocracia expresa y refleja allí en el orden interno la presión inflexible del imperialismo mundial.

Más importancia tiene, a nuestro entender, analizar críticamente la actitud general asumida por Spilimbergo frente a los comunistas disidentes. La costumbre de "sobrar" es una manía nuestra, tremendamente negativa, y que se origina, entre otras cosas, en la tentativa de resolver verbalmente, o por medio de desplantes, problemas que no podemos resolver en los hechos. Entendemos que la impotencia histórica del país en encontrar una salida real tiende a buscar allí una compensación o gratificación psicológica.

Spilimbergo pretende "sobrar" a los disidentes. Les dice con suficiencia que la función no empezó cuando ellos llegaron. En otras palabras, que empezó mucho antes, cuando ellos eran aún unos lactantes, cuando aún no habían aprendido el abecé de la política argentina, etc. En vez de objetivizar la polémica, dando toda su importancia al acontecimiento trascendente que significa la salida del P. C. de fracciones organizadas que se separan, por primera vez desde la década del 20, con un sólido bagaje ideológico, Spilimbergo **adopta la actitud del intelectual pequeño-burgués irritado**, que teme perder su sitial pontifical ante la irrupción de los nuevos valores.

Y en realidad, Spilimbergo no tiene razón. **La función comienza constantemente de nuevo.** El desarrollo dialéctico se hace a lo largo de una espiral abierta, no en circuito cerrado. Nadie tiene el monopolio de la verdad, y una dirección que pretenda ser revolucionaria debe ser capaz de demostrar, todos los días, a cualquier hora, en cualquier lugar, su derecho a la dirección. Cuando Spilimbergo sea capaz de hacer —por ejemplo— un análisis tan claro, y en lo esencial tan correcto, del problema chino-soviético como el

realizado por Avalos en "Táctica", tendría el derecho —que un verdadero revolucionario no ejercerá jamás— de mirar de arriba abajo a los comunistas disidentes.

Lo anterior no significa en lo más mínimo que compartamos las posiciones de "Táctica" y "El Obrero". Estos dos núcleos están evidentemente en la etapa inicial de su evolución y diferenciación políticas. No queremos caer en el mismo error de Spilimbergo, vale decir en un análisis superficial de sus posiciones, que por consiguiente estudiaremos con el

detenimiento necesario en próximas ediciones de **PROGRAMA**.

Pero de dos cosas estamos seguros: 1) que el análisis de una tendencia política debe desentrañar las fuerzas de clase que determinan, en última instancia, sus concepciones —y de eso no hay **ni noticias** en el artículo de Spilimbergo; 2) que ese análisis se desvirtúa si se pretende realizarlo por medio de una comparación mecánica entre las posiciones que se estudian y una cartilla previamente confeccionada, donde se supone que están las respuestas correctas.

PROGRAMA puede adquirirse en
Buenos Aires, en:

Latina, Esmeralda 561 - Locales 41-42
A. Peña Lillo, Sarmiento 1422 - 2º piso
Jorge Alvarez, Talcahuano 485
D. E. R., Tucumán 865

y en las buenas librerías de América Latina

De las ilustraciones de esta edición, se han impreso 100 láminas numeradas del 1 al 99 inclusive, que con la firma autógrafa de sus realizadores, están en venta al precio de \$ 120.- cada una.

S U M A R I O

**Las Reivindicaciones
Económicas del Plan de Lucha**

ALBERTO BELLONI Sobre la Cuestión Nacional

RICARDO CARPANI El Arte y la Vanguardia Obrera

**RUBEN BORTNIK Esquema para la Revisión
Socialista de la Historia Argentina**

**La Política Mundial de la
Burocracia Soviética**

Acerca de una Polémica

PROGRAMA

\$ 150.-

PROGRAMA

PARA LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMERICA LATINA